
AGUSTÍN DE LUCA
el gesto final
lcrj



el gesto final

AGUSTÍN **DE LUCA**

el gesto final

La Crujía

Índice de contenido

Primera parte El crimen

Segunda parte La investigación

Tercera parte El juicio

Cuarta parte El castigo

Puntos de referencia

Portada

Portadilla

Legales

Tabla de contenidos

De Luca, Agustín
El gesto final / Agustín De Luca. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: La Crujía, 2026.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-601-397-0

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura. I. Título.
CDD A860

1.ª edición en Argentina: abril de 2026

Todos los derechos reservados
© 2026 Agustín De Luca
© 2026 Pablo De Santis, por el texto de contratapa
© 2026 La Crujía, de todas las ediciones
Viamonte 1984 –C1056ABD Ciudad Autónoma de Buenos Aires– Argentina
Tel.: (+54911) 4170-4232 | ventas@lacrujia.com.ar | www.lacrujia.com.ar

Diseño de tapa: Departamento de Arte de La Crujía
Imagen de cubierta: © Aaron Vandagriff/Shutterstock.com
Fotografía del autor: © Alejandra López
Imagen de cortesía: © The Mount Bird Studio/Shutterstock.com

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-601-397-0
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto 451

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, la transformación, el alquiler, la distribución, la difusión, la venta, la cesión, la transferencia o la entrega de toda o parte de esta obra en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopias, digitalización u otros), sin el permiso previo y por escrito del editor. Tampoco se podrán crear obras derivadas de esta obra, ni realizar cualquier acto que viole los derechos de autor de la misma. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual y está penada por las leyes 11.723 y 25.446, y los Tratados Internacionales ratificados por la República Argentina.

Hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Para Aline, Sofía y Helena.

Nota del autor

Los hechos que aquí narro son verídicos y sucedieron, a grandes rasgos, tal y como son contados. Solo modifiqué algunos nombres por respeto a la privacidad de los involucrados. Si bien tuve que recurrir a la ficción para completar algún que otro espacio vacío, sea la forma concreta que adoptó un diálogo o una acción o reacción que creí necesaria, siempre intenté atenerme a la información con la que contaba.

Los errores que puedan existir corresponden a los límites de mi memoria y a los excesos de la imaginación.

Primera parte
El crimen

1.

La imagen no es nítida, pero la secuencia se sigue con claridad.

Gonzalo Rojas está sentado en el banco de la plaza, con la mirada fija en la fachada de la torre en cuyo quinto piso funciona el estudio contable en el que la víctima trabaja. Está ahí desde las catorce y espera, sin moverse, unas tres horas. No hay una toma en la que aparezca de frente, pero me cuesta imaginarlo parpadeando.

Esa inmovilidad, que se extiende hasta parecer definitiva, se rompe en el momento en el que Lucía Cruz aparece. Ese es un detalle curioso, el primero que me llamó la atención: él no se levanta en el momento en el que ella sale, sino cuando entra en escena, cruzando la avenida. La tuvo que haber visto salir, está hace horas esperándola, pero solo se mueve cuando ella aparece en la pantalla. Como si conociera el encuadre exacto de la cámara que los filma. Sabemos que no lo conoce, así que no queda otra opción más que achacárselo a la casualidad. Decía que la inmovilidad se rompe, aunque sería más preciso decir que estalla. La ve cruzar la avenida y corre en su dirección. La alcanza un instante antes de que ella apoye el pie izquierdo en la vereda. El segundo dato llamativo: ella no se sorprende ni se asusta al verlo.

Cuando me enteré del caso, en los medios de comunicación, como todos, ese fue el momento en el que sentí el primer chispazo de inquietud: si se suponía que no se conocían, ¿cómo podía ser que ella no se asustase cuando un extraño prácticamente le salta encima? La calidad de la imagen no me permite reconstruir rasgos con precisión, pero podría decir que la reacción de ella es de ligera sorpresa, como si encontrara a un amigo después de muchos años.

Cambio de cámara. Ella se detiene un instante, un par de segundos como máximo, lo mira y sigue caminando. Él la sigue y gesticula, gesticula mucho, como un actor de cine mudo. Ella podría

acelerar el paso, tendría todo el sentido del mundo que acelerase el paso, pero no lo hace. Camina a un ritmo firme y pausado, y si pudiéramos medir la velocidad a la que se mueve, antes y después de verlo, la variación sería mínima, si existiese alguna. No se escapa de él, no corre. Tampoco se detiene. Sigue caminando al mismo paso hasta que entran juntos en la boca del subte. Acá la imagen gana resolución. Tal vez porque el espacio que cubre es menor o porque las cámaras pertenecen a organismos distintos, pero el interior de la línea B se aprecia con más detalle. Esta es la secuencia que los medios repetirán todas las noches, la escena que analizarán cuadro a cuadro y a la que le dedicarán horas de programación, al menos hasta encontrar algo más interesante.

Me viene a la cabeza un momento de *Tesis*, de Amenábar, el plano secuencia con el que se cierra la película. La protagonista camina por el pasillo de un hospital y en todas las habitaciones está la televisión prendida en el mismo canal: una periodista habla de los depravados que consumen videos *snuff*, imágenes de crímenes reales que la gente ve por morbo, curiosidad o lo que fuera. Después del sermón, la presentadora advierte que las imágenes que siguen (la filmación de uno de los crímenes) son muy impactantes y que pueden resultar desagradables para el espectador. En cada una de las habitaciones que vislumbramos mientras la cámara sigue a la protagonista hay gente expectante, con los ojos clavados en la pantalla.

Yo también me obsesioné con esta secuencia, pero por motivos distintos, más elevados, me gustaría decir, que el morbo. Rojas y Cruz bajaron juntos por las escaleras. No vemos esa parte del trayecto porque no hay cámaras que lo cubran, y en esos diez segundos pudo haber pasado cualquier cosa. En la primera imagen que tenemos de los dos dentro de la estación, ella mira hacia ambos lados. Él está más calmado y ya no gesticula como antes. O al menos eso parece porque, un momento después, se da vuelta y sube por la escalera, desapareciendo de escena.

Ella está parada cerca del andén, nerviosa. Pareciera que la tranquilidad anterior fue una fachada que mantuvo mientras él

estaba cerca. Ahora se tironea del pelo, en un gesto que hace pensar en alguien muchos años menor. Sigue mirando alrededor.

Y Rojas regresa, se materializa en un instante. Le agarra el brazo con insistencia y le habla, es imposible saber lo que le dice. Ella debería estar asustada, pero no lo está. Al verlo, la muralla se levanta de nuevo y aparece imperturbable, fría, entera. O no, no puedo estar seguro, porque, si bien la resolución es mejor, no deja de ser una imagen de mala calidad en blanco y negro y sin sonido. De todas las personas que estuvieron ahí ese día, cerca de ellos, nadie pudo aportar un solo dato relevante para entender qué sucedió. Lo que sí se llega a ver, lo que veo cada vez que pienso en el caso, la génesis de esta historia que me puede costar el cargo, entre otras cosas, es su sonrisa. Cuando la formación está a punto de llegar, un instante antes de que él la arroje a las vías, ella sonríe.

2.

Eran las cuatro de la tarde de un viernes cuando supe que nos había tocado la causa Rojas. Juan, el escribiente que habíamos contratado hacía menos de un año, se lo comentaba a Carolina, una chica que acababa de cumplir su primer mes como auxiliar, el último cargo del escalafón. Los escuché de casualidad mientras iba al despacho de Martina Aguirre, la secretaria del tribunal, para preguntarle si estábamos en condiciones de cerrar la jornada.

—La puta madre, nos clavaron una causa mediática; las causas mediáticas son lo peor que te puede pasar —escuché que decía Juan, pero cuando me vio se quedó en silencio, mirando al piso. Tuve que hacer un esfuerzo para no reírme; este chico, que si había cumplido los veinte no los aparentaba, no podía tener demasiadas causas mediáticas en sus espaldas.

—A mí se me ocurren ejemplos de cosas peores que causas mediáticas —le dije, para divertirme un poco. No aclaré cuáles porque, en el fondo, sabía que él tenía razón.

—Por supuesto, doctor —contestó.

Estuve a punto de corregirlo, me contuve. Era una batalla perdida; había estado meses insistiendo en que no me dijeran doctor y hasta caí en el chiste obvio de responderles que el doctorado lo había cursado, pero me faltaba terminar la tesis. Al final, Martina me convenció de que el *doctor* estaba ahí para quedarse.

—¿De qué causa mediática se trata? —le pregunté un poco arrepentido de haberle hecho pasar un mal momento. No me terminaba de acostumbrar a sus reacciones; cada vez que me veía se ponía serio y enderezaba la espalda, como un conscripto.

—Es un homicidio que tuvo bastante repercusión hace unos meses, doctor, un hombre que empujó a una mujer a las vías del subte.

No tuvo que decirme mucho más porque enseguida las imágenes del caso me vinieron a la cabeza. Las habían repetido hasta el hartazgo por la televisión, por lo dramático del método elegido por el homicida y porque, hasta donde se sabía, el crimen había sido cometido al azar: el hombre y la mujer no se conocían, la había arrojado a ella como podría haberlo hecho con cualquiera. También escuché que el crimen había tenido un efecto secundario positivo: la gente comenzó, al menos por un tiempo, a mantenerse detrás de la bendita línea amarilla para esperar la llegada de la formación.

—El caso es sencillo igual, doctor —siguió al ver que me quedaba ensimismado—, el hecho fue filmado, hay varios testigos y el tipo confesó.

—¿Se supo por qué lo hizo?

—No que yo sepa, doctor, pero la causa acaba de llegar, todavía no pudimos hacer la revisión preliminar.

—¿Y a quién le toca presidir? —le pregunté y, en ese momento, me di cuenta de que quería que me tocase a mí.

—A la doctora Tavares.

—¿Es la única causa que entró hoy? ¿El resto ya las ingresaron?

—No, doctor, las tenemos todas para ingresar, ya nos ponemos con eso.

No sé si ya para ese momento, en algún nivel subconsciente, había decidido lo que iba a hacer. De lo que estoy seguro es de que no fue planificado. Simplemente la oportunidad apareció y la aproveché; después de todo, era un detalle menor. Mis colegas iban a estar agradecidos de no tener que presidir esa causa.

—Olvídense, no hay problema, ustedes ya cumplieron de sobra las ocho horas, así que vayan nomás. Las ingresan el lunes.

—Gracias, doctor, pero la doctora Aguirre siempre nos pide que no nos vayamos sin ingresar todas las causas, por si hay algún problema con uno de los detenidos durante el fin de semana y hay que actuar de urgencia.

—Yo me encargo de hablar con Martina. Vayan a disfrutar del sol. ¿Esas tres son las causas sin ingresar?

Juan puso cara de horror al verme agarrar la pila de expedientes y estuvo a punto de decir algo, pero el temor reverencial fue más

fuerte. No me acordaba de dónde había venido, sospechaba que en algún trabajo anterior se había chocado con un jefe maltratador. Algún día tendría que hablar del tema con Martina. Pero, seguro, no iba a ser hoy.

3.

Al derecho penal no le interesa el porqué. O sí, pero no siempre. Si tenemos a un autor confeso, tenemos testigos que presenciaron el crimen, no se alega ninguna causa de justificación y la pena a imponer no está discutida, esa pregunta tiende a pasar a un segundo, tercer o cuarto plano o simplemente desaparecer.

Eso fue un poco lo que sucedió en el caso de Gonzalo Rojas. Al principio, claro, todos querían entender la razón que había llevado a un hombre de treinta años a arrojar a las vías del subte a una mujer de sesenta y cinco a la que no conocía. La circunstancia de que el asesino se quedase sentado esperando a que llegase la policía (diez minutos que están filmados, con la gente que se agolpa a su alrededor, algunos pensando en lincharlo, otros filmando, parados, casi tan inmutables como él) colaboró en generar intriga.

Para el momento en el que la causa entró al tribunal donde trabajo, a ocho meses de la fecha del hecho, el mundo se había olvidado de Gonzalo Rojas y de su crimen absurdo e inexplicable. El fiscal tenía un caso fácil, con un criminal confeso; tan sencillo que decidió imputarle un homicidio simple y no se animó a perseguir alguno de los supuestos agravados (podría haber peleado una agravante por alevosía, por la indefensión de la víctima). A nadie le interesaba saber por qué Gonzalo Rojas empujó a esa mujer a las vías del subterráneo. Si estaba fuera de duda que lo había hecho y la información no era relevante para el juicio, ¿qué sentido tenía complicarse la vida?

A mí la pregunta me carcomía la cabeza tanto como la sonrisa de la víctima un instante antes de caer. Pero nada me había intrigado tanto como su silencio posterior. Lo único que Rojas dijo a lo largo de todo el proceso, al ser llamado a indagatoria y en la audiencia de

juicio, cuando lo tuve a pocos metros, fue: *me hago cargo de lo que hice*.

Digo que no nos interesa el porqué, aunque esa es solo una parte de la respuesta. Lo sabe cualquier alumno de primer año de Derecho. El fin de todo proceso penal, la razón por la que se hacen investigaciones y juicios, es la búsqueda de la verdad. La verdad es inevitable, pero se la debe buscar sabiendo que lo que perseguimos es un recorte, un fragmento de contornos demarcados y con un universo de detalles suprimidos.

La discusión está en cuánto dejamos afuera.

4.

—A ver si entendí bien: te llama la atención la causa, querés que tache el horario en el que entró, ponga un horario distinto y lo salve con mi firma. Técnicamente una falsedad ideológica, ¿no?

Martina Aguirre ya ocupaba el cargo de secretaria cuando a mí me nombraron juez. Había estado ahí los últimos diez años y nadie entendía por qué no concursaba para ser magistrada. Cuando se lo preguntaban (y se lo preguntaban seguido porque el cargo de secretario, en un tribunal oral, en el que se responde a tres jueces a la vez, tiende a ser insalubre), solía contestar que lo intentó algunas veces y se frustró, que no se creía capaz de tomar decisiones en las que estuviese en juego la vida de las personas, que la diferencia salarial no compensaba la responsabilidad o cualquier otra excusa que se le viniera a la cabeza. Y aunque esas explicaciones podían ser ciertas, siempre supe que había algo más.

Martina y yo nos conocimos a los dieciocho años sufriendo el comienzo de la carrera, en el Ciclo Básico Común que se cursaba en Ciudad Universitaria. Ambos habíamos llegado al derecho como segunda opción: ella cantaba en una banda de rock alternativo que estaba a punto de separarse y yo había abandonado las esperanzas de estudiar cine para dedicarme a algo que me diera más chances de tener cierta autonomía económica en el futuro.

Los dos éramos artistas frustrados, pero ella lo llevaba mejor. Cuando se lo dije, respondió que la vida de artista bohemio era más sencilla cuando uno venía de una familia acomodada y podía darse el lujo de que, si las cosas salían mal, como suelen salir, el trabajo en la empresa de papá seguía disponible. Se lo quise discutir enumerando músicos, directores y novelistas que salieron de la clase media/baja; su respuesta fue que por cada uno de esos había otros

miles que se quedaron viviendo con los padres hasta los cuarenta y terminaron en algún trabajo precarizado.

En todos estos años nunca fuimos otra cosa más que amigos. Me creí enamorado un par de veces, pero ella atravesó la carrera entera metida en una relación con un chico que conocía de su pasado en la música. Cuando al final abandonó ese desastre, yo ya estaba en una relación con Dolores.

Sin embargo, el momento que busco es más reciente, una década atrás más o menos, cuando los dos estábamos recibidos y encaminados en nuestras carreras judiciales. Compartíamos un grupo de amigos de la facultad y nos veíamos, con frecuencia irregular, en algún bar de Palermo para contarnos las pocas novedades de nuestras vidas. Yo llevaba un par de años como secretario y a ella la acababan de nombrar. Planeamos salir en grupo, a último momento se largó a llover y casi todos encontraron un buen motivo para no salir de sus casas. Estuvimos a punto de suspender, pero Martina me escribió diciendo que, si no tenía nada que hacer, a ella le vendrían bien algunos consejos sobre cómo sobrevivir en el cargo, así que no le hicimos caso a la deserción masiva y nos encontramos en Mitos, un bar de moda, cerca de plaza Serrano.

Me acuerdo de que llegué y ella ya estaba esperando. Mitos era lo mejor que se podía encontrar en esa zona superpoblada y carísima. A la noche, cuando se convertía en boliche y la gente empezaba a amontonarse para bailar, no se lo podía distinguir de cualquier otro de esos bares de la zona, pero si llegabas temprano, el lugar era una cosa distinta. Un patio amplio, casi un jardín, con la barra a la derecha y unas pocas mesas ubicadas a la izquierda, cerca de una pared cubierta por una enredadera.

Si tuviese que señalar una noche en la que nuestras vidas podrían haber tomado otro camino, esa sería la ideal. Lo pensé en ese instante, cuando la vi sentada sola y con la mirada perdida. Me dije que era el momento, tenía que intentarlo o me iba a quedar con la espina para toda la vida. Lo pensé de nuevo unas horas después, con unas copas encima y los frenos inhibitorios algo más relajados, pero no hice nada. Ella tampoco.

Me gustaría poder decir que fue un acto de fidelidad (¿a mi futura esposa?, ¿a mí mismo?), pero lo más probable es que no haya sido más que cobardía. Mientras ella me hablaba sobre algún amigo en común, yo reproducía imágenes mentales de una realidad alternativa en la que esa noche marcaba el comienzo de nuestra relación. Pero también veía la cara con lágrimas de Dolores y a mi juez —su padre— diciéndome que no iba a poder renovarme el contrato como secretario. No pude evitar sentir algo parecido a la paranoia; si alguien nos veía en ese momento, con las risas afectadas por el alcohol y nuestras caras a pocos centímetros de distancia, se podía llevar una idea equivocada de la situación.

Ella se dio cuenta de que algo me estaba pasando porque me preguntó si estaba bien. Le respondí con una excusa incomprensible. Después, ya decidido a escapar, le pregunté sobre sus primeros días como secretaria. No me iba a poder ir antes de hablar del motivo formal de nuestro encuentro, así que era mejor sacármelo de encima lo antes posible.

—Bien, qué sé yo —respondió, todavía algo confundida por mi comportamiento errático—, pero no creo que dure mucho en el cargo.

—¿Por qué decís eso?

—Porque soy un desastre, porque no me banco que me hablen mal, porque si veo algo que no me gusta lo digo y esas cosas los jueces no se las bancan.

—No estoy tan seguro, por algo te eligieron, ¿no?

—Me eligieron porque el resto del equipo está muy verde y necesitaban a alguien con urgencia. Seguro están buscando un reemplazo.

—No es tan fácil, el cargo es tuyo.

—Es un contrato, Andrés, se renueva cada seis meses. A la primera que me hagan la cruz vuelvo a ser relatora de Iriarte. Él ya me conoce y me quiere como soy, pero tengo la impresión de que los otros dos no me fuman. Igual, si me bajan del cargo tampoco me va a cambiar la vida. No tengo apuro, no me interesa concursar.

—¿No querés ser jueza?

—Ni loca, no podría. Andar condenando a los tipos más vulnerables por afanarse un teléfono mientras cualquier garca de primer nivel que lava guita o evade impuestos termina sobreseído.

—Pero ese justamente sería un buen motivo para que seas jueza.

—No entendés, es que no podría. Aparte no me sé relacionar; tendría que ser más bicha, como vos, que te llevás bien hasta con gente detestable.

—Y sí, los que no tenemos a papá juez no nos podemos dar el lujo de andar eligiendo contactos.

—Bueno, no tenés papá juez, pero tenés suegro juez.

—Al doctor le gané por cansancio, pero durante años no me podía ni ver. ¿Te imaginás? La hija perdiendo el tiempo con el hijo de un remisero.

—¿Te dijo eso?

—A mí no, se lo dijo a ella.

—Andrés, sabés que yo no me meto en esas cosas, pero ¿te gustar estar con ese tipo de gente?

Ese fue el momento.

La escena se congela y el camino se bifurca: en uno tomo un trago largo y le digo que no, que no soporto la vida en la que me estoy hundiendo, o me quedo callado y se lo sugiero con la mirada, y terminamos la noche juntos sepultando para siempre mi carrera judicial; tal vez renuncio y vuelvo a dedicarme al cine o me quedo en un cargo menor hasta que me llega la edad para jubilarme. El otro camino es el que, fatalmente, elegí: le digo que sí, que eso fue hace muchos años y que ahora soy uno más de la *famiglia*. Le recomiendo que no sea tan intransigente y le suelto un discurso que acabó con cualquier posibilidad de que pasara algo entre nosotros.

—Esa actitud que tenés, de no hacer nada que no te parezca moralmente intachable, también es cómoda, ¿no?

—¿Cómoda?

—Sí. No te lo digo mal, no te enojes. Pensalo así: te sentás a despotricar, decís que todo es un desastre, que solo se persigue a los pobres, que a los jueces no les interesan las vidas de las

personas implicadas. En algunos casos será cierto y en otros no, pero el punto es que vos tenés la posibilidad de acceder a un puesto de poder, a un lugar donde se toman decisiones que pueden mejorar la vida de la gente.

—Si resolviese casos según mis convicciones, duraría una semana como jueza.

—No, claro, no vas a hacer la revolución, pero podés tener un margen de acción importante, incluso dentro de un sistema con reglas de juego que no te cierran.

—Y así legitimás el sistema.

—Y sí, pero como secretarios también lo legitimamos —usé el plural para matizar un poco la afirmación— y no estoy del todo convencido de que no haya que legitimarlo. No sé a vos, a mí ya no me cierran tanto los discursos abolicionistas como cuando estábamos en la facultad. Aunque no pienses como yo, igual tendrías que aspirar a ser jueza, porque la alternativa es hablar de lo mal que está el mundo mientras tomamos un *gin-tonic*.

Diez años después estoy más convencido de lo dicho que antes, pero no tardé mucho en darme cuenta de que ella, que acababa de ser nombrada secretaria, esperaba que le contase cómo hacía para lidiar con los jueces, en lugar de que le vomitara ese discurso acerca de la crítica conformista.

Ese fue el final de la noche. Creo que no llegó a terminar lo que estaba tomando; pidió la cuenta, pagó la mitad y se fue casi corriendo. Después de eso, nuestra amistad se enfrió: nos vimos alguna que otra vez junto al resto de los chicos, pero nunca volvimos a tener una conversación así. Con el tiempo, nuestro grupo se desintegró y llegué a pensar que mi vínculo con Martina pertenecía al pasado (a esa clase de pasado que está ahí para alimentar ensueños en los momentos en los que la vida elegida parece un error). Años después, cuando concursé, lo hice sabiendo que uno de los cargos era en el tribunal en el que ella ejercía y hasta hice discretas averiguaciones para confirmar que siguiese ahí.

***

—¿No estás exagerando un poco?

—Para nada —dijo sonriendo—, modificar el horario de ingreso de una causa para alterar el orden de votación es insertar en un documento público una declaración falsa: es afirmar que la causa llegó en un horario distinto al real.

—Hagamos como que esta conversación no existió —dije, convencido de que se estaba riendo a costa mía.

—Omisión de denuncia, nuevo delito. Ofreceme una cena cara a cambio y sumamos un cohecho.

—Hablá más bajo, Martina, se supone que acá la gente me respeta.

Estuvo a punto de replicar, de decir algo como *ponele*. Pero los años que pasamos sin contacto hicieron mella en nuestra relación, como también el hecho de que yo fuera juez y su superior directo. De todas formas, no me hubiese acusado burlonamente de cometer delitos si no existiese algo de complicidad entre nosotros.

—Ok —dijo y se quedó mirando la causa. Por un momento pareció apagarse, pero luego se encendió de nuevo—. Te ayudo, pero vas a tener que decirme por qué querés hacer el cambio.

—No lo tengo muy claro. Me llamó la atención el silencio del tipo, lo azaroso del crimen.

—Pero ¿para qué presidir la causa si vas a intervenir igual?

Podría haberle dicho que quería tener contacto con el expediente, leer cuando quisiera el relato de los hechos, ver las filmaciones o leer las declaraciones de los testigos y que todo eso era más sencillo si la preparación del juicio estaba a mi cargo; pero Martina era una firme seguidora del credo acusatorio y estaba convencida de que los jueces no deberían tener contacto con la causa antes del día del juicio para no contaminar su perspectiva y formar un juicio anticipado. Yo compartía esa opinión, aunque con matices.

—¿Estás pensando en retomar la carrera de cine? ¿Te dio curiosidad la historia y te parece un buen material para un guion? —parecía que el hecho de haberme agarrado en una infracción

intrascendente ayudaba a que me tratase como en los viejos tiempos.

—O una novela —respondí, contento por salir del paso con un chiste—. Hablando en serio, te juro que no lo tengo claro, pero prefiero que mis primeros votos sean sobre temas interesantes, en lugar del típico robo con armas.

—Te complicás la vida solo, Andrés, en eso la magistratura no te cambió en nada.

—Es que a mí no me molesta.

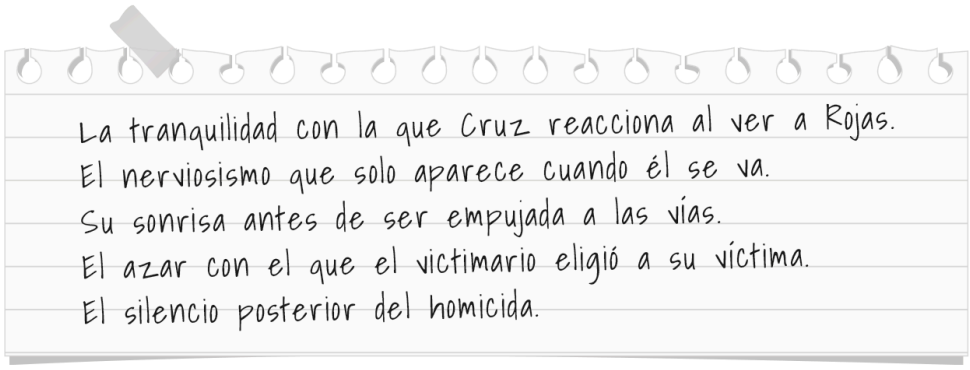
—No me vengas con uno de tus discursos de juez trabajador que no te estoy hablando del caudal de trabajo. Digo que te complicás la vida porque lo que querés hacer se puede lograr de una forma más sencilla. No es necesario tachar nada. Ingresamos la causa al sistema con vos de presidente, aunque no te toque. Vas a recibir dos causas seguidas y a un tipo como vos seguro no le molesta agarrar más trabajo.

—¿Y no puede ser que alguien se dé cuenta?

Estaba exagerando porque no estábamos haciendo nada grave. Los jueces que iban a intervenir eran los mismos, lo único que cambiaba era quién se hacía cargo del trabajo administrativo y quién iba a opinar primero.

—No pasa nada. Tus colegas van a estar encantados de no agarrar esa papa caliente. Si escuchás a tu relatora quejándose por el reparto de trabajo, le repetís tu discurso sobre la justicia como servicio público y listo.

5.



En estas cinco oraciones, anotadas en un papel que todavía guardo, está cifrada mi desgracia.

Es indudable que algunos homicidios son más llamativos (estuve por decir *atractivos*) que otros. Puede ser lo complejo de los motivos, asesinatos *à la* Polanski o *à la* Hitchcock, el exceso de sangre, *à la* Dario Argento, o de crueldad, *à la* Eli Roth, o cualquier otra particularidad que distinga a un crimen de los miles que se producen cada año. Pero si solo hubiese sido por esos detalles, esta historia habría tenido un final distinto. Habría juzgado el caso como cualquier otro, le habría dedicado algunas noches de insomnio y tarde o temprano hubiera quedado archivado en el cementerio de recuerdos, amontonado entre otros casos. Lo que hizo que el caso de Rojas fuera distinto fue la intuición de que detrás de esos detalles había algo que apuntaba hacia el motivo del crimen.

Había un elemento en la serie que era incompatible con los demás. Si ella reaccionó con tranquilidad al verlo, a pesar de que él gesticulaba como un loco; si al creer que había desaparecido se permitió exhibir señales de nerviosismo; si le sonrió antes de que él la arrojase a las vías (si cabe incluso imaginar que fue esa sonrisa lo que terminó de convencer a Rojas de empujarla), y si el asesino

luego no dijo una palabra que no fuera lo justo y necesario para hacerse responsable, era imposible que ese crimen hubiese sido cometido al azar. El factor aleatorio podría convivir, a duras penas, con cualquiera de los otros elementos, pero no con todos al mismo tiempo.

Entender que era una deducción obvia fue lo que me llevó, de a poco, a desviarme del rol de juez de tribunal oral y comenzar a investigar qué fue lo que pasó. Primero fue algo tan inocente como pedirle a Juan que me hiciera unas fotocopias del expediente, pero la situación escaló rápido. Se podría pensar que estaba tratando de conocer mejor el caso que iba a tener que juzgar. El problema estaba en que, como juez de juicio, tenía prohibido investigar por mi cuenta el caso. Y mucho menos hacerlo a escondidas.

Era consciente de que me hundía a cada paso que daba, que me alejaba de lo que correspondía hacer y no hacer en mi rol de juez. Pero incluso cuando supe que había ido demasiado lejos, siempre imaginé que el regreso era posible. Y nunca estuve tan equivocado.

6.

Después de otras dos o tres chicanas amistosas, Martina me confirmó la asignación y que el lunes, Fernanda, mi relatora, la tendría sobre el escritorio. Cuando ya me había dado vuelta para salir, recordé el motivo original de mi visita y le dije que, si era por mí, ya podíamos dar el día por terminado. Ella respondió que me iba a proponer lo mismo.

Mis dos colegas se habían retirado unas horas antes y sus empleados los habían seguido sin demorarse. Alejandro Pietro Costa y Pilar Tavares ya eran jueces en este tribunal cuando yo cursaba la carrera de Derecho. Él tenía sesenta y cinco años y había iniciado los trámites para jubilarse. Ella, que tenía una energía y una capacidad de trabajo que nunca vi en otro ser humano, aunque tenía años de sobra para el retiro pensaba quedarse mientras se lo permitieran.

En el año que llevaba como juez, no había tenido demasiada relación con ninguno de los dos, aunque nos llevábamos bastante bien. A ambos, creo, les molestaba un poco mi forma de trabajar, pero por motivos distintos. A él, porque siempre le salía con disidencias en cuestiones que creía indiscutibles y lo obligaba a desarrollar más sus votos. Sentía, lo supe por Martina, que tenía que estar contestando mis argumentos tanto o más que los de las partes. A ella, porque mi forma de trabajar, organizando pequeños ateneos con el equipo para discutir cuestiones jurídicas o jurisprudencia reciente, terminaba haciendo mermar la cantidad de causas que podíamos resolver y demoraba el trabajo. Y había un factor más: por supuesto, ambos eran amigos de mi suegro.

La relación, de todos modos, era cordial y conservábamos la costumbre de discutir un rato después de cada audiencia. Parece poco, pero conocí casos de jueces que, integrando un mismo

tribunal, no se dirigían la palabra entre sí, y eso afectaba la calidad de las sentencias que se dictaban.

Juan y Carolina habían seguido mi consejo y debían estar llegando a sus casas. Si descontaba a Fernanda, que ultimaba detalles de un juicio que empezaba la semana siguiente, Martina y yo estábamos solos.

Pensé en decirle a mi relatora que fuese directo a la facultad y que aprovechase para descansar un poco antes de la clase. Tenía que estar en la UBA a las seis, todavía me quedaba un rato libre, el tiempo suficiente para ir a tomarnos un café. Pero era una idea con riesgos altos y pocas posibilidades de éxito, así que me limité a preguntarle, una vez más, si había pensado en mi oferta de unirse al cuerpo docente de la materia que tenía a cargo.

—Hoy empieza la cursada. ¿Por qué no venís? Aunque sea para ver cómo es la dinámica, sin compromisos.

—Qué egocéntrico, su señoría, ¿no le alcanza con su relatora como público?

Por la confianza que teníamos nos costaba mucho tratarnos de usted. El problema eran los colegas: en las reuniones semanales, para discutir cuestiones de agenda o casos, que Martina me tratara de vos solo a mí, además de incomodidad, podía generar consecuencias negativas. Era un secreto a voces que nos conocíamos de antes y desde el momento en el que supimos que íbamos a trabajar juntos asumimos que habría rumores de todo tipo. Pero una cosa era soportar esos rumores y otra, alimentarlos. La posición de secretario de un tribunal viene con la carga de mantener un equilibrio difícil. Si la doctora Tavares o el doctor Pietro Costa hubieran observado que su secretaria, con la que trabajaban desde hacía años, hacía exhibiciones de intimidad con el juez nuevo, los días de Martina en el tribunal iban a estar contados. Por eso, siempre que había un tercero, manteníamos el respetuoso usted. Hubo errores, por supuesto, pero la mayor parte del tiempo lo lográbamos. Al menos hasta que llegó el desastre.

—Fernanda está lejos de ser solo público. Hoy viene a darme una mano, los martes está a cargo de la clase.

—A veces me parece que la sobreestimás un poco a esa chica.El hecho de que tome cada palabra que sale de tu boca como si viniese del mismísimo Claus Roxin no significa que sea una mente jurídica privilegiada.

—¿En serio te parece que la sobreestimo?

—No, sabés que no. Es de lo mejorcito que tenemos. Pero admitime que te gusta que te adulen.

La posibilidad mínima de que Martina estuviese sintiendo algo parecido a los celos me divertía. Fernanda había sido alumna mía seis años atrás, la primera vez que di el curso sobre justificación del castigo. Al principio me costó lidiar con ella, yo no tenía demasiada experiencia como docente y Fernanda podía ser intimidante. Tenía el aspecto de ser tímida: anteojos de cristal grueso, con el pelo castaño hasta los hombros y un flequillo que le caía de manera desprolija (nunca supe si era intencional o gracias a un peluquero de mala técnica) y la ropa tan holgada que, si hubiese tenido diez años menos, cualquiera habría podido pensar que era heredada de una hermana mayor. Pero cualquier imagen que pudiese haber tenido desapareció en el momento en el que la escuché hablar. En los noventa minutos de la primera clase me discutió la interpretación de uno de los autores que les había dado para leer, dijo que en la bibliografía faltaban mujeres y hasta le dijo a un muchacho con ínfulas de líder, que se le quiso hacer el *aliado* cuando le pedí si podíamos seguir con la clase y discutir la bibliografía después, que ella podía argumentar sin necesidad de un traductor.

Terminé esa primera clase pensando en Tracy Flick, la estudiante ambiciosa e insufrible que interpreta Reese Witherspoon en *Election*, el debut de Alexander Payne. La sensación me duró poco, antes de empezar la clase siguiente hablé con ella y escuché sus sugerencias; tuve que admitir que había, como mínimo, dos mujeres con trabajos interesantes, y cercanos a mi postura, que había obviado por completo. Para la mitad del cuatrimestre estaba seguro de que Fernanda iba a aprobar la materia con diez. Le puse la nota en la planilla y le ofrecí un lugar como ayudante de cátedra. Años después, cuando me nombraron, la rescaté del juzgado de

instrucción en el que hacía años la desperdiciaban en un cargo menor y la traje como relatora al tribunal.

Martina rechazó una vez más mi ofrecimiento y dijo que, tal vez, el próximo cuatrimestre lo intentaría. Asumí que era una forma amable de decirme no. No insistí. No supe muy bien si su rechazo se debía, como argumentaba ella, a la falta de tiempo y a no sentirse cómoda hablando ante veinte o treinta alumnos, o para evitar compartir más espacios conmigo.

7.

Este texto no es un alegato de defensa. No quiero justificar mis acciones ni mitigar mi responsabilidad. Me aparté de mis obligaciones como juez y lo hice con conocimiento y voluntad. Con dolo, en nuestra jerga.

Siempre me resultó imposible aceptar que algunas cosas simplemente sucedieran. Que un buen día alguien se levantase cruzado y decidiera seguir a una desconocida y empujarla a las vías. Es aceptable que un crimen se cometa al azar, con indiferencia de quién sea la víctima, pero entonces es necesaria una explicación para el elemento aleatorio, como en esas matanzas de tintes racistas o religiosos. Acá no había nada semejante.

El fiscal que instruyó el caso, Marcelo Velázquez, era un tipo meticuloso. En los primeros momentos a solas con las fotocopias del expediente me dediqué a revisar las declaraciones que tomó en la instrucción. Entrevistó a todos los testigos del hecho (a todos los que logró identificar); habló con el hermano de Rojas y con el esposo y la hija de la víctima, pero nadie aportó nada relevante.

Primera deducción: si la conexión entre víctima y victimario hubiese sido reciente, si hubiesen tenido una historia de amor o algún entredicho económico, Velázquez lo habría descubierto.

El vínculo entre Rojas y Cruz, si existía, debía estar enterrado en el pasado.

8.

Llegamos a la Facultad de Derecho con el tiempo justo para tomar un café. Entramos por la puerta lateral. Mientras Fernanda esquivaba a los militantes que querían asegurarse un voto más en las elecciones del centro de estudiantes, vi cómo miraba con asco a un chico rubio con remera amarilla con el estampado de una serpiente y la frase *don't tread on me,* y pensé en los años que hacía que nadie me ofrecía uno de esos folletos. Entré por esa puerta una o dos veces a la semana de manera ininterrumpida los últimos treinta años, primero como alumno, luego como ayudante y ahora como profesor.

El rubio se le acercó a Fernanda e intentó darle uno de esos panfletos que también tenían el logo de la serpiente. Ella lo aceptó sonriendo, hizo un bollo y lo tiró, con una puntería envidiable, al tacho que estaba a unos metros.

—Perdoname, Andrés —dijo mientras subíamos las escaleras—, pero estos tarados me enervan.

Fernanda era la única persona, aparte de Martina, que en la intimidad me llamaba Andrés. La primera vez que nos vimos después de mi nombramiento, cuando le ofrecí venir a trabajar al tribunal, me preguntó, un poco en broma y un poco en serio, si tendría que llamarme doctor y le respondí que con que no me dijera boludo delante de los otros jueces iba a estar bien.

Después de firmar en bedelía para dejar constancia de nuestra asistencia, rutina que manteníamos a pesar de la certeza de que nadie examinaba esos registros, fuimos a la sala de profesores, le dije a Fernanda que ocupara un par de sillones y fui a buscar los cafés.

—¿Viste que nos tocó la causa del homicidio en el subte? —le pregunté, para sacar el tema.

—¿Qué homicidio?

—Salió en la televisión hace unos meses, un loco que empujó a una señora debajo del subte en la línea B, creo que en la estación Alem.

—Me suena —dijo, sin demasiada convicción—, ¿un femicidio?

—No sé. Estoy esperando que mi relatora me la informe.

—Ni estaba al tanto de que había llegado. Qué raro que Juan no me haya dicho nada, siempre se pone histérico cuando ve llegar una causa mediática.

—No seas dura con él, parece buen pibe. ¿Sabés si estuvo en algún lugar jodido antes? Lo noto medio magistradofóbico.

—Sí, sí, viene de TOC 35, era relator de Gómez Landa y relegó el cargo para escaparse de ahí.

—¿Y acá cómo está? ¿Te parece que en un futuro lo podemos traer para la vocalía?

Fernanda torció la boca en una mueca de asco nuevamente.

—No, Andrés, que se lo fume otro. Le tengo mucha más fe a la chica esa que entró hace poco. No es mal pibe, pero es un nacido y criado. Entró derechito al Poder Judicial cuando cumplió los dieciocho. El padre y Gómez Landa son compañeros de golf o algo parecido.

—Gómez Landa es del grupo de mi suegro. ¿Y le hacía *bullying* igual, a pesar de ser amigo del padre? Qué gente rara.

Empezamos a caminar hacia el aula. Era la doscientos treinta y cinco, lo que significaba cuatro tramos de escalera. Fernanda, sin decir nada, miró el reloj, aceleró el paso y enfiló derecho para el ascensor.

Pensé en hacer algún chiste acerca de mi estado físico, pero me pareció más digno callarme. Saqué el teléfono para ponerlo en modo vibración y me encontré con que estaba silenciado y tenía llamadas perdidas de Dolores. Me había dejado un mensaje de voz diciendo que iba a tener que trabajar hasta tarde y se le iba a complicar ir a la casa de sus padres a buscar a Gabriel. Dolores es un ser especial, en muchos sentidos, y uno no menor es que no utiliza chats, costumbre inculcada por el padre. Si uno quería hablar con ella, tenía que llamarla o mandarle un mensaje de texto con la esperanza

de que lo viese y lo respondiera. Me tenté con la opción de hacer como si no hubiese visto el llamado y entrar al aula, pero no podía hacerle eso a Gabi. Bastante odiaba tener que pasar una tarde cada quince días en la casa de mi suegro como para que yo aumentase su sufrimiento dejándolo a su suerte. Lo más probable era que Dolores no lo fuese a buscar y que el doctor, que estaba jubilado y tenía mucho tiempo libre, viese la oportunidad para que su nieto se quedase a dormir y así poder minar su autoestima algunas horas más.

—Hola, avisale a tu papá que yo lo paso a buscar cuando salgo de la facultad, a las siete como mucho estoy ahí.

—Ya está, Andrés, lo tuve que arreglar yo —casi pude escuchar el *como siempre*—. Gabi se queda a dormir allá.

—No, no, yo lo paso a buscar a las siete.

—Te estoy diciendo que se queda a dormir allá, ¿tenés mala señal?

Tuve ganas de contestarle, pero no se me ocurría ninguna respuesta que no fuese ofensiva. Dolores, con todos sus defectos, lo amaba a Gabriel tanto como yo y la única diferencia que teníamos en ese aspecto era que ella todavía creía que abuelo y nieto podían construir una buena relación.

—Es viernes —le dije—, sabés que los viernes hacemos noche de cine.

—La harán mañana.

—Mañana se junta con los amigos, Dolores.

—¿Querés que te enumere el resto de los días de la semana?

Estábamos lo suficientemente cerca del aula como para que mis nuevos alumnos me escuchasen, así que la saludé con un *después hablamos* y corté. Fernanda me miró con ganas de decir algo, pero me adelanté y le dije que entráramos, los chicos nos estaban esperando.

9.

Gonzalo Rojas nació en Remedios de Escalada, una pequeña localidad ubicada entre Banfield y Lanús, el 11 de diciembre de 1983. En los últimos meses de embarazo de Alicia Berro, el clima en la casa era ambiguo: la alegría que todavía duraba por el final de la dictadura se había empañado un poco por la inesperada victoria de Alfonsín. De todas formas, nada que opacara el nacimiento de Gonzalo.

Si bien tenían las esperanzas puestas en un nuevo gobierno peronista, la militancia en la familia había empezado y terminado con su abuelo, Ricardo Rojas, homónimo del poeta, que emigró de España en los albores del franquismo junto con varios compañeros del Partido Comunista e hizo una lenta y vacilante carrera política en su nueva tierra hasta llegar, a comienzos de 1976, a ser presidente del Concejo Deliberante de Lomas de Zamora. El cenit de su carrera política coincidió con el comienzo de la última dictadura militar y a Ricardo, que era conocido dentro de la izquierda peronista, le recomendaron que escapara del país, con destino a España. Pero hubo algo que le hizo pensar que no podía volver a escapar de su destino. Renunció al cargo que detentaba hacía unos meses, pasó a la clandestinidad y, unas semanas después, fue secuestrado en la vía pública por efectivos de la Policía de la Provincia de Buenos Aires y trasladado al Pozo de Banfield, donde, según diversos testimonios de otras víctimas, fue torturado, fusilado y enterrado (el crimen de Rojas se cuenta con detalle en la sentencia dictada en el expediente FLP 2435/2015 por el Tribunal Oral en lo Criminal Federal N°5 de Lomas de Zamora).

Mario Rojas, hijo de Ricardo, padre de Gonzalo, había confiado en una victoria aplastante de Ítalo Luder y le costó aceptar que los primeros años de la renacida democracia estarían a cargo de un

radical. Pero la promesa de que se anulasen las leyes de autoamnistía y la posibilidad, que iba a tardar décadas en materializarse, de que existiese justicia por el crimen de su padre lo habían tranquilizado, y sentía cierta expectativa de lo que estaba por venir.

En enero de 1989, Mario Rojas y Alicia Berro tuvieron a su segundo hijo, Pedro, y se atiborraron de pañales y leche de fórmula para intentar protegerse de la hiperinflación.

A la incertidumbre por el futuro del país y al esfuerzo que trae criar a un niño se sumó, a comienzos de la década del noventa, el despido de Mario, sin indemnización, de Ferrocarriles Argentinos, por oponerse a la eliminación de algunos ramales de larga distancia. Cuando vio que su situación se complicaba, intentó invocar ante sus superiores la figura de su padre, que era tenido como héroe en algunos círculos del peronismo, aunque no le sirvió de nada.

Se conserva algún que otro dato de esa historia a través de un vetusto expediente por demanda laboral que Rojas le inició a Ferrocarriles y que, si bien ganó, nunca pudo cobrar, porque para el momento en el que el pago judicial era exigible, la empresa ya estaba en liquidación, y su demanda se extravió en un limbo burocrático junto a la de muchos otros trabajadores que no tenían los recursos ni los contactos necesarios para mover esos expedientes.

En ese momento se perdía el rastro de la familia hasta que, a mediados de 1996, tuvieron lugar tres sucesos —en realidad uno solo y sus derivaciones— que pusieron en marcha el curso causal que terminó, décadas después, con el asesinato de Lucía Cruz.

Es el 13 agosto de 1996 y Gonzalo Rojas está cerca de cumplir los trece años. Una cena familiar tensa. Pedro está en la casa de unos amigos. En un momento su padre va al baño y su madre, que había estado hipnotizada mirando, pero sin tocar, los tallarines con bolognesa que siempre preparaba los domingos, se levanta, entra en el cuarto de Gonzalo y le pide que la siga. Cierra la puerta con llave, se sienta en la cama y le dice que haga lo mismo. Hay una bandera

argentina que cuelga del barral, resabio de un nacionalismo preadolescente que va a terminar de desaparecer en unos meses, junto con el padre; a Alicia le molesta, en diversos sentidos, así que la aparta de manera brusca. Cuando Gonzalo se sienta a su lado, lo mira con una cara que intenta transmitir tranquilidad, pero irradia algo parecido a la locura. Le pone una mano en el hombro y le dice: *Tu papá me está engañando y no es la primera vez.*

Mario Rojas, aquejado por esa depresión típica de los hombres que rondan los cuarenta (y más aún si están desempleados), abandona a su mujer y viaja a España por una oferta laboral que le llega por medio de unos amigos de su padre. Le dice a ella que rehaga su vida, que él piensa hacer lo mismo y que no va a viajar solo.

Alicia Berro, que nunca había tomado una copa más que en un brindis ocasional, comienza una larga e intensa relación con el alcohol, que la va a llevar al suicidio en menos de dos años. Primero, como bebedora social, probablemente con alguna amiga que la va a visitar con un malbec para ayudarla a pasar el mal momento. Al poco tiempo empieza a tomar sola, pero únicamente por las noches. Del vino pasa al whisky y, cuando se puede dar cuenta, sus hijos dejan de llevar a los amigos a la casa por miedo de que vean a su madre borracha.

Alicia y Mario no lo saben, pero acaban de poner a su hijo en un camino que, luego de muchos años y tras conocer diversas clases de sufrimiento, termina en la sala de audiencias de mi tribunal.

10.

Eran quince, el público habitual. Una sola chica sentada en la primera fila; cinco chicos apretados en la última y el resto dispersos en el medio, pero con una concentración importante en la mitad trasera.

La distribución me preocupaba. Mis clases tienden a ser participativas, mi tipo ideal es un debate, con una voz autorizada que lidera la discusión, pero debate al fin.

Los chicos del fondo se amontonaban para ver algo que uno de ellos, sentado en el medio, con el pelo corto, la cara ovalada y un cierto aire a Adam Sandler, les mostraba. Por las risas inhibidas y las caras de complicidad que ponían, asumí que estaban viendo pornografía, pero al momento dudé. Hoy por hoy el porno está en todos lados, y ver a una mina o a un tipo en bolas no es ningún acontecimiento, así que ahí había algo más. Y, sin embargo, estaba casi dispuesto a apostar que lo que se veía en los ojos de Adam y, en cierta medida, en los de sus amigos era calentura. Al mirarlo un poco más, vi que en su sonrisa había también unas notas de orgullo: fotos de su novia o de una chica con la que se había acostado.

—Bueno —arranqué, levantando la voz, como hacía todos los cuatrimestres—, si están acá es porque aprobaron Elementos del Derecho Penal, así que empecemos con una pregunta básica: ¿por qué castigamos?

Silencio. Adam pareció percatarse por primera vez de mi presencia y guardó el teléfono. El golpe de efecto siempre funciona igual. Los alumnos están acostumbrados a que se les dé intervención, pero no de forma tan abrupta. Después de unos segundos de desconcierto general, la chica de la primera fila levantó la mano.

—Para resocializar a las personas que cometieron un delito. Sale de los tratados que se incorporaron en el 94: el único fin legítimo de la pena es darle al individuo las herramientas para reinsertarse en la sociedad.

—Muy bien, ¿nombre?

—Juliana Iglesias.

—Punto para Juliana —dije e hice una marca al lado de su nombre en mi lista—. En esta materia los exámenes son solo parte de la nota, una parte importante, claro, pero no la única. La nota final puede subir o bajar hasta dos puntos en razón de sus intervenciones en clase.

—¿Eso está previsto en el reglamento? —preguntó un chico sentado en el centro.

—¿Nombre?

—Guido Peña.

—Punto negativo para Guido, por pregunta inconducente. Mal comienzo, che —como vi que el muchacho se ponía blanco, me apresuré a avisar que los puntos negativos no existían—. Y, respondiendo a la pregunta, sí, está en el reglamento. Se llama nota de concepto e integra también los trabajos prácticos que realicemos durante la cursada. ¿Alguna otra respuesta sobre la justificación del castigo?

—Para evitar que la gente cometa delitos —dijo uno de los del fondo, sentado a la izquierda de Adam. Debía tener unos veinte años y estaba tan despeinado que cabía pensar que el efecto era adrede.

—Bien, ¿podés desarrollar más la idea?

El chico no dijo nada y, mirando su expresión, casi parecía decepcionado por el hecho de que le pidiese que ampliara la respuesta. El que contestó, como si los cinco fueran una sola identidad, fue el que se sentaba a su izquierda.

—Cuando castigamos a la persona que comete un delito, intimidamos a los demás para que no hagan lo mismo.

—¿Y cómo se llama la corriente que sostiene eso?

—Prevención general negativa —respondió.

—¿Nombre?

—Alejandro Guerra.

—Punto para Alejandro.

—¿Para mí no? —preguntó el despeinado.

—No, faltó desarrollar; no se premian monosílabos ni ideas inconexas.

Era muy común que más de un alumno me odiase la primera clase. Cuando entendían que era una manera relativamente fácil de subir el promedio, el rencor solía desaparecer.

—Bueno, tenemos a la Dra. Iglesias, que castiga para resocializar, y al Dr. Guerra, que, haciéndole honor a su apellido hobbesiano, castiga para intimidar. ¿Alguien más?

Iglesias, la chica de la primera fila, levantó de nuevo la mano, pero si le daba otro punto los compañeros la iban a odiar. Así que esperé a que alguien más se animara. Otro del club de los cinco. El del extremo derecho.

—La teoría de la prevención especial negativa habla de castigar para neutralizar a los delincuentes peligrosos, tipo los violadores.

—Bien, ¿nombre?

—Cristian Estévez.

—Y, Cristian, decime una cosa, ¿qué te parece esa justificación?

—El concepto de peligrosidad es incompatible con el derecho penal de acto, profesor.

—Me podés decir Andrés. Bien la respuesta, se nota que leíste y ya tenés el punto. Pero ¿qué opinás vos?

—Y no sé, tengo miedo de decir una burrada, pero capaz que en algún caso tiene sentido encerrar a un tipo, no sé, qué sé yo, a un violador para que no siga violando.

—Dos puntos para Cristian, por valiente.

Nada mejor que un elogio, aun si era inmerecido, para fomentar la participación.

—Están bien las respuestas, casi cubrieron el índice de un manual de derecho penal. Castigo para resocializar, castigo para neutralizar, castigo para inhibir. La única que les faltó fue castigar para reafirmar el valor de la norma, negado por quien delinque. Sí, sí, era justo lo que ibas a decir, ¿no? —le dije a Juliana, que ya estaba levantando la mano de nuevo—. ¿A alguno se le ocurre qué problema tenemos con todas estas respuestas?

Juliana bajó la mano como si se le hubiese acalambrado; esa respuesta no la había visto en el manual. El único que levantó la mano fue un señor de cincuenta y pico en el que no me había fijado antes.

—¿Nombre? —le pregunté antes de que respondiese.

—Pablo García, profesor.

—Y, Pablo, qué problema les ves a las respuestas que dan tus compañeros.

—Que no funcionan. La cárcel no resocializa, no previene delitos, no sirve para nada —lo dijo casi mirando al piso. Era curioso porque su respuesta, que era, en parte, la que buscaba, sonaba desafiante, pero su tono era lo único en él que tenía esa característica. Parecía un perro con miedo a que le partieran algo por la cabeza. Supuse que ahí había una historia.

—Bien, Pablo, excelente —y le anoté el punto—. El gran problema de estas teorías es que no sabemos si funcionan; de hecho, la investigación empírica tiende a demostrar lo contrario. Los penalistas hacemos consecuencialismo sin que nos importen las consecuencias, algo único en las ciencias sociales. Entonces, si estamos de acuerdo en que las teorías consecuencialistas no nos alcanzan para justificar el castigo, ¿a qué conclusión llegamos? ¿La pena no sirve para nada? ¿O tenemos otra teoría dando vueltas?

—¿El retribucionismo? —pregunta Adam, para mi sorpresa.

—Muy bien —por un terrible segundo estuve a punto de llamarlo por el nombre que le asigné mentalmente—. ¿Nombre?

—Gastón Reyes. ¿Me gané un punto, profesor? —dijo y los amigos se rieron. Confirmar prejuicios puede ser triste.

—Depende, ¿podés explicarnos qué es el retribucionismo?

—Es una teoría en la que el castigo se justifica a sí mismo. Castigo a alguien porque se lo merece y punto, ahí se acaba la discusión.

Ahí se acaba la discusión, dijo el salame, como si supiera algo. Reprimí las ganas de pasearlo un poco por cien años de filosofía del castigo y forcé a mi mano a asignarle el punto; la respuesta era correcta, al menos para una primera clase.

—¿Y qué opinión o críticas les merece?

Adam ya no me prestaba atención. Se conformó con el punto y ya estaba con el teléfono entre las piernas, asumo que pidiéndole más fotos a su amiga. Como nadie contestaba, continué.

—Muchos llegan a este curso con la idea de que el retribucionismo es una cosa de dinosaurios, una teoría irracional, que nace de la distorsión hegeliana de pensar que la suma de un mal con otro mal produce un bien, que castigar al asesino no le devuelve la vida a los muertos, que el castigo así entendido no se distingue de la venganza y un largo etcétera. Y puede que tengan razón. Sin embargo, y con esto vamos terminando por hoy, tal vez valga la pena preguntarse si el rechazo que estas teorías les producen no es, en cierta medida, de origen terminológico. Si en lugar de hablar, como dijo el compañero, de *castigar al que se lo merece* decimos *evitar la impunidad* o, por qué no, *hacer justicia*, el efecto parece ser distinto. De golpe, la idea de que quien comete un crimen grave debe sufrir algún tipo de consecuencia no parece ser tan arcaica.

11.

¿Qué sabemos de la infancia de Gonzalo Rojas? Todo parece indicar que su vida, hasta el 13 de agosto de 1996, fue relativamente feliz.

Casi todas sus docentes de primaria me dijeron que no lo recordaban o, si lo hacían, no tenían nada importante para decir. La única excepción fue Cristina García, una mujer de voz rasposa cuya edad debía rondar los setenta, que le dio clases de Lengua y Literatura el año en que su vida se dio vuelta. Según ella, Gonzalo era un chico tranquilo, alegre y tal vez algo inquieto, sin ninguna cualidad ni defecto que lo destacase del promedio.

—Lo único que hacía era hablar, hablar mucho, con cualquiera. Probé cambiarlo de compañero varias veces, pero no había caso. Yo le decía que si lo sentaba al lado de un poste se iba a poner a conversar con el poste. ¿Se imagina lo que era? Al final una mañana me agarró de malas y lo mandé a sentarse solo por el resto del día. Obvio que después me sentí culpable, cuando pasó lo que pasó.

Esa fue la primera vez que encontré a alguien con algo interesante que contarme acerca de Gonzalo. *Lo que pasó*, obviamente, era la separación de sus padres. Fue Cristina la que me contó los puntos más importantes de esa historia.

—Lo recuerdo por eso. Si no, ya me hubiese olvidado. Son demasiados años y demasiados chicos como para recordar a todos. Imagínese que en estos cuarenta años de docencia debo haber tenido más de cincuenta mil caras enfrente —el cálculo me sonó exagerado, pero preferí no interrumpirla— y sin embargo de Gonzalo me acuerdo. Fue tan triste enterarme que se había metido en ese lío. ¿Ustedes están seguros de que fue él? Bueno, bueno, no es necesario que me conteste. La cuestión es que cuando pasó lo de sus padres él cambió mucho. Pero no le hablo de un proceso paulatino, no. Esto fue una cosa abrupta. De un día para el otro era

un chico distinto. Se pasaba toda la clase mirando al frente, como si me prestase atención, pero yo sabía que no me estaba escuchando. Entonces lo que hice, después de un par de días de verlo apagado, fue sentarlo otra vez con el amigo, un chico muy bueno, un pan de Dios; no consigo acordarme el nombre, pero si le sirve se lo puedo averiguar.

Le dije que sí, que cualquier dato podía ser útil.

—Bueno, resulta que se fue a sentar con el amigo y siguió en la misma situación. Mirando al frente sin decir nada. Yo lo veía al amigo que le hablaba, que intentaba sacarle una sonrisa. Pero no había caso. Pasó un buen tiempo hasta que logré que se enganchara de nuevo con mis clases, casi al final del trimestre. Le digo que me acuerdo porque lo que me pasó con él no me pasó nunca más. Fue una experiencia muy fuerte, ¿me entiende?

—Claro —le dije, ansioso de que continuase.

—A mí siempre me gustó despertarles a los chicos el placer por la lectura, entonces lo que hacía era hacerles elegir un tema y darles un *shock* de literatura acerca de lo que fuera que eligiesen. Yo les ofrecía una novela o cuentos, y ellos tenían que buscar más material, escribir algunas obras propias y armar una carpeta, con tapa y todo, como si fuese un libro. El tema era que la mayoría de los chicos elegía el fútbol, autos, armas o cosas así; y las chicas, amor, tristeza, soledad, lo de siempre. Alguna vez pensé en elegir yo los temas, porque era desmotivante estar todos los años con esas categorías; pero eran chicos de trece, catorce años, tampoco les podía exigir demasiado. Imagínese mi sorpresa al escuchar a Gonzalo cuando hablando bajo, casi con vergüenza, me dijo: *Suicidio*.

—¿Le dijo qué?

—Lo que escuchó, oficial. Suicidio. Yo reaccioné así, igual que usted. Pero lo dijo claro y las caras de sus compañeros me lo confirmaban, estaban todos tan sorprendidos como yo.

—¿Y le asignó ese tema? —le pregunté, convencido de que había encontrado una mina de oro.

—Ay, oficial. Fui muy desprolija. Es como que no lo pensé. Estaba emocionada por partida doble: porque al fin lo volvía a escuchar a

Gonzalito y porque alguien había elegido un buen tema. Al resto de los chicos casi que no los escuché después, solo tenía cabeza para pensar en el material que le iba a pasar. Pensé en Casona, que ya estaba en el programa, pero también algo de Shakespeare: Romeo, Julieta, ¡Ofelia!, hasta Goethe y Tolstói. Era lo que siempre había tenido en mente cuando armé el ejercicio; no ese tema en particular, claro, pero algo que me permitiera hacerles conocer la buena literatura, que ellos se empapasen a partir de lo que les generaba curiosidad. Pero la idea duró hasta que la compartí con alguien, con Clarita, que en esa época era preceptora. Ella me dijo que si los padres se enteraban iba a ser un escándalo, que si el chico se lastimaba por cualquier motivo me iban a echar la culpa a mí y un montón de cosas más. Era sensata Clarita. Me dijo también que si había elegido ese tema era porque algo le estaba pasando, que a un chico normal no le llaman la atención esas cosas. Y ahí me sentí mal, claro. Yo, feliz por el tema que él había elegido y capaz que me estaba mandando una señal, un grito desesperado de ayuda, eso me había dicho Clara. Al día siguiente, le pregunté a Gonzalito si se podía quedar un rato después de clase y ahí fue cuando me contó todo. Yo sabía que era sensible, pero nunca vi a un nene abrirse así.

Me relató la separación de los padres, el abandono de Mario Rojas y los primeros coqueteos de su madre con la bebida. Información que pude corroborar y completar con otras fuentes.

—Era evidente que su mamá no estaba bien, por la forma en la que le dijo a Gonzalo lo que el padre le había hecho y todo lo que vino después. Igual no la puedo juzgar, estaba claro que la estaba pasando mal. Sabe que se suicidó, ¿no? Una historia terrible. ¡Y yo que le hice leer *Hamlet*! ¡Yo entusiasmada con Ofelia! Pero qué iba a saber yo lo que iba a pasar. El tipo, un sinvergüenza, que se va para el primer mundo y deja a los chicos con una persona que no está en sus facultades. Lo único que me da cierto consuelo es que, de alguna manera, logré que canalizara un poco el enojo que sentía al elegir un nuevo tema. Bueno, no es que lo eligió él directamente. Él me insistía con el tema del suicidio, creo que me intentaba convencer de que era solo interés literario, entonces yo le empecé a sugerir temas parecidos: la locura, la culpa, el arrepentimiento…

—¿Y qué eligió? —la interrumpí, fascinado por la respuesta que ya sabía que iba a escuchar.

—¡La venganza! No le puedo transmitir el entusiasmo que tenía. Una pulga de trece años fascinada con la idea de la venganza. Me imaginé que era la bronca contra el padre, bronca bien ganada, si me preguntan a mí, pero no le quise comentar nada a nadie, ni siquiera a Clara. A mí lo único que me importaba era haber logrado engancharlo de nuevo con la materia. Le dije que era una gran elección, le busqué lecturas e hizo un trabajo excelente. Creo que todavía lo tengo por algún lado.

12.

Fue darme cuenta de que se estaba terminando y sentir que la amargura me volvía al cuerpo. La docencia me había regalado una hora y media de olvido, de saludable abstracción, pero la clase había acabado y tuve que volver a pensar en Gabriel, que en ese mismo momento podía estar bajo el asedio de la homofobia de su abuelo.

Mientras me ponía el abrigo y sopesaba mis opciones, vi que Juliana se me acercaba. Supe que quería preguntarme algo y busqué con la mirada a Fernanda para que me cubriera, pero mi relatora estaba hablando con uno de los miembros de la banda de Adam, así que no tuve otra opción más que enfrentarla. Me imaginaba que iba a tener alguna duda acerca del método de evaluación, pero, para mi sorpresa, se había quedado con ganas de seguir discutiendo.

—¡No puede terminar la clase así! ¿En serio a usted le parece que en el retribucionismo están todas las respuestas?

—Juliana, qué alegría que el tema te interese tanto.

Le recomendé un texto del programa y ni bien me dio la espalda empecé a pensar otra vez en Gabriel. La decisión que tenía entre manos, como tantas otras en la vida, era una forma de deontologismo contra consecuencialismo. Acción racional orientada a valores o acción racional orientada a fines. Ir a buscar a Gabriel era lo correcto; dejarlo en la casa de los abuelos y no profundizar mi crisis matrimonial, lo más útil. Gabriel iba a sobrevivir a una noche con el abuelo; mi matrimonio tal vez no soportara otra pelea. Y si Dolores y yo nos terminábamos separando, Gabriel también la iba a pasar mal, así que la opción de dejar que le hiciera compañía al doctor parecía el mal menor. Punto para el consecuencialismo.

Mientras salíamos de la facultad, otra vez Fernanda atosigada a folletos, otra vez yo ignorado, cambié de opinión y decidí que este

era uno de esos casos en los que correspondía hacer lo correcto, a pesar de las consecuencias. Me gustaría estar convencido de que lo hice pura y exclusivamente por el bienestar de Gabriel, pero la perspectiva de pasar la noche solo con Dolores también gravitó en la decisión. Si estábamos solos, era muy probable que termináramos la noche discutiendo.

Mientras bajábamos las escaleras que llevaban al subte, Fernanda me dijo que faltaba terminar de definir las películas del cuatrimestre y que tenía una buena candidata que yo debía ver, si es que no la había visto todavía. Mencionó el nombre, incluso, pero no le estaba prestando demasiada atención.

Apenas pasé el molinete le avisé que solo la acompañaba dos estaciones porque tenía que pasar a buscar a Gabriel por la casa del abuelo. Fernanda, sin llegar a ser mi confidente, tenía una idea más o menos clara de que mi matrimonio subsistía en estado de crisis perpetua (decir crisis era suavizarlo, *agonía* sería más preciso) y que la relación con mi suegro no era la mejor. No hablamos mucho durante el trayecto. Ella estaba mirando el teléfono con cara de ofuscada. Fernanda no era de las personas que se colgaban mirando el teléfono, así que me imaginé que le estaba pasando algo. Pensé en preguntárselo, pero decidí que ya tenía suficiente carga emocional como para absorber la de un tercero.

—¿Vas a ver la película que te recomendé? —me preguntó cuando ya me había levantado y el tren empezaba a perder velocidad.

—¿Cómo se llamaba?

—*Remember*. Es de Atom Egoyan, con Cristopher Plummer y Martin Landau. Seguro que la viste.

—Me suena —alcancé a decirle mientras me alejaba. Más allá de que era mi respuesta habitual, en este caso era cierto, me sonaba de algún lado, y sin embargo no la recordaba.

Mientras subía por las escaleras mecánicas, me dije que, si todo salía bien, tal vez podríamos verla esa misma noche con Gabriel.

13.

Parece que al principio fue algo imperceptible.

Los *affaires* con el alcohol no son como esos fuegos que queman fuerte y se apagan rápido. Son más como el carbón, que tarda en prender pero, una vez que lo hace, puede permanecer encendido mucho tiempo, consume el oxígeno del lugar y al final solo deja cenizas.

Puede que Alicia haya empezado a tomar cuando Mario todavía vivía en la casa. Si elegimos creerle a él, fue una causa, entre muchas, del colapso de su matrimonio. Tal vez era cierto o solo un recurso para calmar una conciencia agitada. Entender las raíces de la infelicidad en una relación es complejo. Lo cierto es que una vez que Mario desapareció de escena, el problema de la bebida pasó a ocupar el centro de la vida de Alicia, Gonzalo y Pedro.

Para entender la dinámica de esa casa y los efectos que tuvo en sus habitantes, es necesario explicar su distribución: eran cuatro ambientes y un pequeño patio de cemento que daba a la calle, con apenas lugar suficiente para que Mario entrase el auto y para ubicar una parrilla, el cual fue el escenario de muchas de las crisis que madre e hijos sufrieron. En la planta baja, había un living, cocina, comedor y la habitación de Gonzalo. En la planta alta, a la que se accedía por unas escaleras que no transmitían mucha seguridad, un rellano donde se ubicaba la computadora de escritorio, la habitación de Pedro y el dormitorio principal, que había sido pensado para Mario y Alicia pero que el primero apenas conoció.

Los chicos, el mayor con trece, el menor con diez, tardaron en comprender lo que estaba sucediendo. El primero en detectar que algo andaba mal fue Pedro. Tal vez porque era el que estaba en la casa todo el día, o porque siempre fue más perceptivo que su hermano mayor, pero no pasó mucho desde la huida del padre hasta

que una noche, cuando se suponía que los tres estaban durmiendo, Pedro entró al cuarto de su hermano y le dijo, sin mucho preámbulo, que algo extraño le estaba sucediendo a la madre.

Un andar medio torpe, reacciones más lentas de las habituales, una exacerbación del tabaquismo a niveles casi inimaginables, los ojos enrojecidos y, por sobre todas las cosas, un aliento que no se podía disimular por más caramelos de menta con miel que consumiera, supuestamente, para calmar la tos.

De todas esas evidencias, la única que no era prueba directa del alcoholismo era la que más estragos causaba. Los chicos perdieron la capacidad de reconocer a su madre sin un cigarrillo en la boca. Fumaba durante horas al despertarse, sin salir de la cama; fumaba mientras les preparaba la comida, y no era nada extraño que los fideos con bolognesa de los domingos (costumbre que, pese a todo, mantuvo hasta el final) se vieran invadidos por el sabor de las cenizas; fumaba mientras comía; lo hacía adelante de amigos suyos o de los de sus hijos y hasta al momento de irse a dormir. Que los tres no muriesen en un incendio originado en unas sábanas prendidas fuego fue algo de suerte y mucho de Gonzalo, quien todas las noches esperaba a que la madre se durmiese para sacarle con cuidado el cigarrillo de las manos. Alicia solo se contenía si estaba cerca de una embarazada; ahí, por respeto y recordando el esfuerzo que le había costado dejarlo esas dos tandas de nueve meses, no se le ocurría fumar; el resto del tiempo siempre tenía un cigarrillo encendido.

Según mis fuentes, y en esto son diversas, fumaba cuatro atados de veinte por día, todos los días. La cantidad, además de un dispendio económico, parecía exagerada: haciendo cálculos y sin contar las horas en las que dormía, porque en algún momento debía dormir, daba un resultado de un cigarrillo encendido cada dieciocho minutos, sin parar, todo el día y toda la noche. Estaba convencido de que había algún error, hasta que alguien me contó la forma en la que Alicia fumaba. Lo hacía seguido, sí, casi sin parar en algunos momentos, pero el secreto estaba en que siempre dejaba los cigarrillos por la mitad. Prendía un cigarrillo, lo succionaba nerviosa y

enseguida lo apagaba, intentaba pasar a otra cosa y a los pocos minutos ya estaba con uno nuevo en la boca.

Los amigos de Gonzalo que habían empezado a fumar precozmente (hasta donde sé, él nunca probó el tabaco) sentían que su casa era un paraíso. Más allá de la falta total de control, era una fuente inagotable de cigarrillos a medio consumir, a donde acudían cada vez que necesitaban fumar y no tenían con qué. Ese rol de proveedor de tabaco le ayudó a ganarse la amistad de compañeros que, en otras circunstancias, no le hubieran dirigido la palabra.

¿Por qué esa obsesión de fumar delante de los hijos, de conocidos y desconocidos? Es solo una hipótesis, pero asumo que la sobreexposición de esa adicción era una forma de conseguir que la otra permaneciera en secreto.

14.

Las cosas, como era de suponer, no salieron bien.

En el momento en el que salí a la superficie, sentí un viento rasposo que había aparecido de la nada en los diez minutos que había durado el viaje en subte. Tenía que caminar tres cuadras, hasta Azcuénaga y Arenales, pero no había dado dos pasos, haciendo caso omiso al frío, cuando me di cuenta de que no iba a ser tan simple.

El doctor no iba a aceptar de buena manera quedarse sin el nieto. En su lógica, era probable que creyera haber adquirido un derecho a torturar a Gabi el resto de la noche y tener una oportunidad para *enderezarlo*. Apuré el paso. Cada vez que Gabriel visitaba al abuelo volvía con alguna historia desagradable para compartir. Si tenía suerte, y el doctor no había bebido demasiado, solo le preguntaba si se había puesto de novio, pero, en general, la cosa iba mucho más allá: desde indagar sobre su orientación sexual hasta dejar abierta una página de fotos eróticas en la computadora.

Creo que lo mejor que se podía decir del *doctor* era que siempre fue un tipo coherente: toda la vida había sido un pajero. Tuvo alguna que otra denuncia por acoso, pero habían terminado juntando polvo en el archivo. Las malas lenguas decían que el tipo tenía un fetiche con los interrogatorios: le gustaba indagar a las empleadas y hacerlas pasar un mal momento. Me corrijo, no solo a las empleadas; las únicas indagatorias que tomaba él mismo eran a imputadas mujeres, el resto las delegaba en su secretario.

Con este frío, pensé, no puedo solo tocarle el timbre y decirle que vengo a buscar a Gabriel. Me diría que estoy loco, que nos vamos a enfermar, me invitaría a tomar una copa y cuando me quisiera dar cuenta me estaría pidiendo un auto para que me fuera a

casa a descansar y a disfrutar de mi esposa. ¿Y yo qué le podría decir?

Si quería tener alguna posibilidad de éxito, necesitaba contar con un plan. Lo más importante era subirme a un taxi, a pesar de estar a dos cuadras del destino. El taxi en la puerta iba a imponer premura, no podría pasar ni siquiera un minuto a su casa porque tenía el auto esperando afuera. Lo siguiente era fingir que no había hablado con Dolores, o que habíamos tenido algún error de comunicación. ¿Se iba a quedar a dormir con usted? Uh, no tenía idea, pero no hay problema, otro día arreglamos con más anticipación.

No era un plan perfecto, pero era lo mejor que podía improvisar. Mientras esperaba en la esquina de Santa Fe y Larrea, sentí el teléfono vibrando en el bolsillo. Supe que era Dolores antes de ver su nombre en la pantalla, imaginé que no se había quedado convencida por la conversación y quería asegurarse de que estuviese camino a casa, tomando algo con mis colegas, acostándome con mi ayudante o haciendo cualquier otra cosa que no fuera ir a buscar a Gabriel a casa de su padre. Decidí no atender; cada palabra que intercambiásemos ahora iba a agravar la pelea futura. Por fortuna, solía andar con el teléfono en silencio y no era nada extraño que me perdiese alguna llamada. Sonó unas cinco veces, se detuvo y luego empezó a sonar de nuevo. Dudé, pero al final lo dejé estar.

Vi un Peugeot 408 con el cartel iluminado y extendí el brazo para llamarlo. Estaba decidido a rescatar a Gabriel y enfrentar las consecuencias.

Después de decirle la dirección al conductor, recosté la cabeza en el asiento y repasé el discurso que había preparado. Tenía que hacer todo lo posible por mantener la compostura. No quería pelearme con mi suegro. No porque me pudiera afectar en la carrera; esos tiempos habían quedado atrás desde el día en que me nombraron juez y, además, la influencia del viejo disminuía a cada año. No, el tema era Gabriel, que, a pesar de todo, decía que era su único abuelo y que quería esforzarse por tener la mejor relación que fuera posible.

Mientras el taxista aceleraba, sentí el teléfono vibrar una sola vez. Me resultó raro que alguien me mandase un mensaje de texto a esa hora y estaba a punto de consultar quién era cuando vi a Gabriel

parado en la esquina de Azcuénaga, al lado de un kiosco veinticuatro horas que, curiosamente, estaba cerrado. La poca luz que irradiaba de los escaparates era suficiente para ver que a mi hijo le pasaba algo. Le dije al taxista que se detuviera y le empecé a hacer señas. Al principio pareció no verme, así que le dije al conductor que me esperase y me bajé del auto para llamarlo.

—¿Qué hacés acá, papá? —me preguntó antes de saludarme.

—Te estaba yendo a buscar —le dije mientras nos metíamos dentro del taxi—, a tu mamá se le complicaba, ¿qué hacías en la calle?

—No importa, no quiero hablar de eso —dijo mirando fijo al frente. Al verlo de cerca percibí que tenía la cara enrojecida, pero no lograba distinguir si era por llanto u otra cosa—. Mamá me dijo que no podías ir a buscarme, que me quedara a dormir.

Dolores no perdía la oportunidad de demostrarle a Gabi que yo tenía cosas más importantes que hacer que ayudarlo cuando me necesitaba.

—Tu mamá me entendió mal —dije, por decir algo—. Igual eso no es lo importante, ¿me podés contar qué pasó con tu abuelo?

Yo me hacía una idea de qué había motivado la pelea y me dividía entre la preocupación por lo que ese viejo le pudiera haber dicho y la satisfacción de que Gabi le hubiera puesto los puntos.

—No es lo que vos pensás, pa. No tiene nada que ver con eso.

—¿Y entonces? —le dije, y en ese momento me empezó a vibrar el teléfono de nuevo.

—Debe ser mamá, a mí también me estuvo llamando.

Saqué el aparato del bolsillo para constatar que no fuera alguien del tribunal y al confirmar que era Dolores ya me disponía a guardarlo de nuevo cuando caí en la cuenta de lo que me había dicho Gabriel.

—¿Te estuvo llamando a vos? ¿Por qué?

—No sé, no la atendí, pero seguro que el abuelo le avisó lo que pasó. Estoy hace un rato en la calle.

En ese momento vi que el mensaje que había recibido era de ella. Lo único que decía era *llamame, por favor, es sobre Gabi*. Dolores nunca me escribía, así que entendí al momento que la cosa

era grave. Mientras el teléfono todavía sonaba, Gabriel me miró de frente por primera vez en todo el viaje y ahí empecé a comprender, solo un poco más, lo que estaba pasando.

—¿Te pegó? —le pregunté, barajando la idea de pedirle al taxista que regresara a la casa de mi suegro.

—No quiero hablar de eso.

—¿Te pegó?

Como no me respondía, agarré el teléfono y le devolví la llamada a Dolores. Hacía años que no la escuchaba llorando.

—Estoy acá con Gabriel, ¿vos tenés alguna idea de qué carajo está pasando? —le pregunté. Lo que fuera que hubiese pasado había sido por su culpa, por esa manía de forzar una relación entre nuestro hijo gay y su abuelo homofóbico.

—¿Estás con él? ¿Cómo está papá?

Estuve a punto de decirle que estaba confundida, que el sopapo se lo había comido nuestro hijo, pero entonces miré a Gabriel y distinguí esa expresión de culpa que conozco desde que tenía tres años y pintaba el parqué con marcadores.

—Ahora te llamo —le dije antes de cortar.

—¿Me podés explicar qué pasó? —le pregunté, con una tranquilidad que me sorprendió—. Tu mamá cree que le hiciste algo a tu abuelo.

Como seguía callado, decidí darle el tratamiento de testigo hostil.

—Gabriel, necesito que me digas qué pasó. Lo que sea que hayas hecho se puede arreglar, pero si no me hablás no te puedo ayudar. ¿Le pegaste?

No dijo nada, pero asintió.

—¿Antes o después del cachetazo? —no me interesaba tanto saber si el golpe de Gabriel había sido defensivo, lo que quería averiguar era si el viejo había quedado en condiciones de devolver el golpe.

—Después. Pero está bien, papá, te juro que está exagerando.

En toda su vida, Gabriel jamás le había pegado a nadie.

—¿Qué te hizo? ¿Te dijo algo? ¿Por qué mierda se pelearon?

—Por vos, papá, por defenderte a vos.

15.

Los dos primeros estallidos ocurrieron en una misma semana, la última de noviembre. El primero tuvo lugar un lunes; el segundo, la madrugada del sábado. Hasta ese momento,
el alcoholismo de Alicia había sido un tema tabú, al menos, frente a ella, porque para Pedro y Gonzalo era casi el único tema de conversación.

La noche en que Pedro entró al cuarto de Gonzalo y exteriorizó su preocupación terminó con los hermanos convencidos de que su madre se estaba convirtiendo en una alcohólica. Pensaron en confrontarla, pero no se animaban a hacerlo, y tampoco tenían a nadie a quien pedir ayuda, así que decidieron que, antes de hacer cualquier cosa, necesitaban estar seguros. La única forma de obtener esa certeza era mediante alguna prueba indiscutible, y la primera que se les ocurrió fue el clásico método de hacer marcas en las botellas.

El principal sospechoso era el Old Smuggler que se guardaba en un pequeño despensero de la cocina. Gonzalo, con su ubicación estratégica en la planta baja, salió una noche a marcarlo, pero descubrió que la botella había desaparecido. A la mañana siguiente, aprovechando que la madre estaba en el baño, volvió a revisar y la encontró en el lugar de siempre. Esa sola circunstancia podría haber sido suficiente para convencerse, pero de todos modos hizo la marca. Una cosa era que su madre tomase por las noches, ¡cuántos adultos lo hacían!, y otra era que tomase tanto que se estuviese volviendo un problema.

A poco de empezar con el método confirmaron que era innecesario: era tal la frecuencia con la que las botellas se vaciaban y se iban reemplazando que ni precisaban un marcador. Y, sin embargo, fue esa tinta negra la que originó el primer estallido. Era

un martes por la tarde, Gonzalo había vuelto de educación física en bicicleta y, al llegar a su casa, se encontró a su madre esperándolo sentada en el living, con la botella arriba de la mesa.

El plan de la madre era sermonearlo por poner en peligro a su hermano. Esa mañana había reparado en la sutil marca que tenía la botella y su primera reacción había sido preguntarle a su hijo menor. Pedro, que siempre fue muy ingenioso, inventó que estaban probando sorbos a escondidas, ya que los amigos de Gonzalo tomaban y ellos sentían curiosidad por el whisky. Alicia, que no terminaba de creer en la historia, le preguntó qué sabor tenía y Pedro, que jamás había tocado el whisky pero que una vez, por accidente, había probado ginebra pensando que era agua, le respondió que cuando tomaba sentía como si tuviese fuego bajando por la garganta. ¿Por qué prefirió asumir la culpa de algo que no había hecho en lugar de decirle a su madre la verdad? Porque Pedro, con su sensibilidad, entendía que si no encontraban una forma cuidada de decirle lo que sabían los resultados podían ser catastróficos.

Gonzalo no tenía esa sensibilidad, así que cuando su madre lo encaró diciéndole que era una vergüenza que a los trece años estuviese tomando a escondidas y, para peor, emborrachando a su hermano, su reacción fue echarle en cara todo lo que sabían. Alicia simuló no creerle y le dijo que mentir no le iba a servir de nada.

La cosa podría haber terminado ahí, y tal vez Alicia seguiría viva y hubiese vencido o aprendido a convivir con su adicción, si no fuera porque Pedro entró en escena y, en un intento torpe, aunque noble, por ayudar a su hermano le dijo a la madre llorando que le había mentido y que él también estaba preocupado por ella.

El efecto de esta confrontación fue paradójico. Lejos de inhibirse y empezar a consumir menos, o al menos hacerlo con más cuidado, Alicia se sintió liberada. El único cambio que operó a partir de esa discusión fue que dejó de intentar esconder su adicción ante sus hijos. Y si bien los intentos previos de disimular no habían sido muy exitosos, por lo menos le había puesto ciertos límites a su consumo. A partir de esa tarde, los límites desaparecieron.

Al día siguiente, Gonzalo se despertó tarde, viendo cómo los rayos del sol se colaban por las hendijas de su persiana, y entendió que su madre se había quedado dormida. Su primera reacción fue abrir el despensero para ver cuánto había tomado, pero la botella no estaba ahí. Subió para ver si estaba bien y la encontró acostada, con el whisky al pie de la cama. Gonzalo comprendió al momento lo que pasaba y tuvo la tentación de salir corriendo de ahí, hasta que vio a Pedro que entraba al cuarto y se paraba al lado de la madre preguntándole si estaba bien. Alicia apenas movió los ojos en su dirección y empezó a decirle que se preocupara por su padre, que debía estar cogiéndose a la puta por Europa mientras ella se pudría en esa casa haciéndose cargo de ellos. En ese momento, Gonzalo reaccionó y arrastró a su hermano fuera del cuarto. Le dijo que si no se apuraban iban a llegar tarde a la escuela.

Había galletitas de agua y mermelada de naranja en la heladera. Gonzalo le untó tres y le dijo que se las comiera mientras él preparaba todo para salir. Volvió a subir las escaleras cuidando de no hacer ruido y agarró el guardapolvo y la mochila de su hermano, bajó a su pieza a cambiarse, le dijo a Pedro que terminase de comer e hiciera lo mismo, le mojó el pelo para aplastarlo y, en unos quince minutos, los dos estaban saliendo de la casa. Pensó en subir y avisarle a la madre que salían, pero al final no se animó. Todavía no se había acostumbrado a verla de esa manera.

Al volver a la casa, al mediodía, no la encontraron, así que asumieron que había ido a trabajar. Tampoco encontraron el almuerzo preparado ni vieron nada que pudiesen cocinar, por lo que se comieron el resto de las galletitas de agua con un poco de leche, para matar el hambre.

Cuando la madre llegó, sobria, a eso de las cinco de la tarde, les dio el mismo abrazo de todos los días de su vida y les dijo que se bañasen y se pusieran ropa linda así salían los tres a comer pizzas. Gonzalo estuvo a punto de recriminarle lo que había sucedido, pero le pareció que lo mejor que podía hacer era aceptar la tregua.

La cena transcurrió en tranquilidad, incluso la tensión que los dos chicos habían experimentado se fue diluyendo entre vasos de gaseosa y porciones de fugazzeta. Lo único que les dijo fue que esa

noche iba a marcar un nuevo comienzo para ellos y que tenían que empezar a acostumbrarse a convivir como una familia de tres.

Al regresar caminando a su casa, pasaron por el frente del kiosco de el *Sucio,* conocido por venderle alcohol a cualquiera toda la noche. Ella les preguntó si querían unos caramelos; los chicos no pudieron evitar mirarse antes de decirle que no al unísono; ella insistió y luego, entre ofendida y molesta, siguió de largo y recorrió a paso apresurado las dos cuadras que la separaban de la casa.

Unos minutos después, ya en su cama, Gonzalo escuchó el chirrido de la puerta que daba al patio al abrirse y supo que su madre había salido. Pensó en esperarla en la puerta y no dejarla pasar hasta que no tirase la botella que había ido a comprar, pero cuando escuchó la puerta chirriar de nuevo, unos minutos después, se quedó congelado, intentando no hacer ningún ruido, convencido de que era él el que estaba en falta. Fue la primera de muchas noches sin dormir.

16.

Mientras el taxi avanzaba a paso de hombre por Junín, logré que Gabriel me hiciera un resumen de lo que había sucedido. El viejo lo había atosigado, como lo hacía siempre, pero advirtiendo que por el lado de la sexualidad no iba a conseguir nada, había decidido probar algo nuevo. Empezó con una pregunta inocente: *¿Tu papá ya te llevó a conocer su despacho?* Ante la negativa de Gabriel, el viejo puso cara de extrañado y le dijo que él siempre la había llevado a Dolores, desde el día en que lo hicieron juez. Cuando pensó que el tema estaba saldado, el viejo arremetió de nuevo y le preguntó si al menos había conocido a la gente que trabajaba para mí. Gabriel le dijo que no, que yo mantenía muy separada mi vida profesional de la personal, y el viejo le sonrió con sorna, como diciéndole —palabras de Gabriel— que tenía buenos motivos para mantener esa división. Ahí mi hijo no pudo evitar morder el anzuelo y le preguntó a qué se refería. El viejo, después de dar algunas vueltas, le dijo que siempre le había parecido extraño que, de los treinta tribunales que había en el fuero, yo hubiese terminado justo en uno que tenía como secretaria a un amor de juventud.

Ahí lo tuve que parar, primero para decirle que eso era mentira y después para preguntarle si el viejo le había dicho de dónde había sacado esa idea. Se lo dije sin pensarlo, la respuesta era obvia: Dolores conocía a Martina, sabía incluso que en algún momento muy lejano yo había sentido algo por ella (pura sinceridad de jóvenes enamorados; si pudiera volver al pasado y darme un consejo, sería *todo lo que usted diga puede ser usado en su contra*). Gabriel me dijo que no se lo preguntó y él siguió con su relato: en pocas palabras, le insinuó que yo me estaba acostando con Martina.

Escuchar a mi hijo decir esas palabras fue un golpe duro, por varios motivos: porque estaba pagando el precio sin haber hecho

nada, porque si el rumor de que ella y yo teníamos algo llegaba a mis colegas todos íbamos a vivir una situación muy incómoda, y Martina probablemente iba a tener que buscarse otro tribunal, pero también porque era verdad que yo sentía algo por ella y no estaba acostumbrado a que Gabriel me descubriera mintiendo.

—Yo ya sé quién es, papá, mamá me la mencionó mil veces —me dijo, para mi sorpresa.

—Te juro por lo que más quieras que lo que dijo tu abuelo es mentira.

—Está todo bien. Te creo, y si tuvieras algo con ella también estaría todo bien. La monogamia es una construcción y la gente no es feliz viviendo así. Yo ya te dije que…

—No vamos a tener esta conversación ahora —le dije. Quería creer que Gabriel no estaba listo para hablar de la ausencia de amor entre sus padres, pero lo más probable era que el que no estuviera listo fuera yo—. Terminá de contarme qué pasó.

—Le dije que se callara, que no me iba a pasar la noche escuchando críticas a mi viejo, y ahí se puso colorado y empezó con lo de siempre, que los jóvenes no respetan a nadie, que en su época un nieto jamás le hablaría así a un abuelo. Yo le grité algo así como que menos mal que no vivíamos en su siglo, y ahí me puso el cachetazo.

—¿Vos en dónde le pegaste?

—No lo pensé, pa, te juro que no lo pensé. Tampoco fue para tanto, es un exagerado. Se puso a gritar como loco diciendo que lo estaba agrediendo, no sé si quería que lo escucharan los vecinos o qué.

—¿En dónde le pegaste? —repetí, sin alterarme.

—Pegar no le pegué… le tiré el vaso que tenía en la mano y le pegó en el hombro, creo. Estalló cuando cayó en el piso, pero por lo que vi ni se cortó. Te juro que no era para tanto.

—¿Le tiraste un vaso de vidrio?

—No lo pensé, fue un acto reflejo.

—Eso no es un acto reflejo, Gabriel, y no tengo idea de cómo le vamos a explicar esto a tu madre.

Lo que más me preocupaba era cómo le iba a contar que lo que había disparado la pelea había sido una alusión a que yo tenía un *affaire* con mi secretaria. Eso era secundario, me dije, lo importante era que yo tenía razón: a Gabriel no le hacía bien quedarse solo con su abuelo; esto había pasado porque ella había insistido en forzar un vínculo que a todas luces no funcionaba. Ese iba a ser el tema a discutir, no los delirios del viejo ni sus insinuaciones.

Esa parte de la noche salió mejor de lo que esperaba, al menos al principio. Todas las preguntas que Dolores hubiera tenido asomándose por la garganta se convirtieron, al ver el rostro enrojecido de Gabriel, en una sola: ¿quién te hizo eso? Al principio no le creía que había sido su padre, tal vez pensó que lo había hecho yo y Gabriel me estaba protegiendo. Pero al final le creyó; quizá incluso le creyó de entrada y solo le tomó un tiempo procesar lo que había sucedido.

El padre la había llamado de nuevo, pero se negaba a compartirle el motivo por el que se habían peleado. Lo único que le dijo, o lo único que ella nos dijo que él le había dicho, era que *el pendejo* era un maleducado y que hasta que no le pidiese disculpas no quería que volviese a pisar su casa, que tenía suerte de que no hubiera llamado a la policía.

Gabriel se fue a su habitación sin agregar nada más y ella me preguntó por fin si conocía el motivo de la disputa. Consideré decirle la verdad; contra el clásico consejo de los abogados defensores de guardar silencio, yo siempre estuve convencido de que cuando uno tiene una buena versión de los hechos lo mejor es exponerla desde el principio; pero al final decidí callarme: las cosas estaban saliendo bien y no quería hacer nada que pudiese afectar el equilibrio en el que estábamos.

Me estaba acercando a la habitación de Gabriel, para ver si existía alguna posibilidad de remontar el viernes de películas. Si teníamos que ver una sola película, y por la hora y la carga emocional del día era un escenario probable, prefería que viésemos la suya. Había leído sobre esos padres que, ansiosos por inculcarles a los hijos el gusto por las buenas cosas de la vida (el cine, la música, la literatura o lo que fuera) terminaban agobiándolos,

generándoles rechazo por esas mismas cosas. El secreto era dejarles un espacio para que ellos también pudiesen aportar algo propio y nunca deslegitimar sus gustos. Por eso los viernes de cine tenían una doble función: una primera película que elegía yo y una segunda elegida por él.

No había llegado a tocarle la puerta cuando sentí que Dolores me llamaba desde la cocina. Odiaba esa costumbre suya de llamarme como si fuera su lacayo siempre que me quería decir algo. Pensé en hacer caso omiso, pero una vez más me dejé llevar por la razón orientada a fines y volví a la cocina a preguntarle qué necesitaba.

—Necesitar nada, pero me quedó una duda.

Me estaba preparando para hablarle de Martina. Era obvio que el viejo se lo había dicho y yo había perdido la oportunidad de hablar sin que me lo exigieran. Si hay algo peor que una confesión, es una confesión tardía.

—Yo te mandé el mensaje a las siete y cuarto, y vos, sin contestarme, claro, siete y veinte ya estabas con Gabriel, ¿cómo hiciste para llegar tan rápido?

—Es que ya lo estaba yendo a buscar desde antes que me escribieras.

—¿Cómo?

Al final, entendí, íbamos a tener exactamente la misma pelea que había esperado unas horas antes, cuando decidí ir a buscar a Gabriel.

17.

La explosión llegó ese sábado, mientras Gonzalo festejaba sus catorce años. Aunque hablar de festejo es una exageración, apenas había invitado a Marcelo Alonso, amigo desde el jardín de infantes y compañero de pupitre, a dormir a su casa.

Fue una decisión difícil. Gonzalo invitó y desinvitó a Marcelo tres veces, hasta llegar a un punto en que su amigo le preguntó si de verdad estaba interesado en que fuera. Ahí, cuando vio la posibilidad de que Marcelo hiciera otros planes, Gonzalo pareció ganar fuerzas y le dijo que volvieran juntos de educación física y que, si quería, se podía quedar a dormir.

Cuando escuché la historia, de boca del propio Marcelo, me costó entender por qué Gonzalo se había empecinado en invitarlo a la casa cuando, conociendo cómo estaban las cosas, era tan sencillo predecir el final de esa noche. Pero claro, Gonzalo necesitaba compartir con alguien lo que estaba atravesando y la única manera de darle a su amigo una muestra de su infierno cotidiano era invitándolo a entrar. El dato curioso era que, de acuerdo con Marcelo, su amigo no le había adelantado en lo más mínimo cuál era la situación familiar.

Gonzalo y Marcelo llegaron a la casa por la tarde, después de la clase de educación física. Pedro se había ido a dormir, un poco a regañadientes, a la casa de un amigo que cumplía años el mismo día que Gonzalo. La idea no le atraía mucho, más que nada porque era uno de los compañeros que acostumbraba a atormentarlo en los recreos, así que tenía miedo de que la invitación fuera solo una trampa para hacerle pasar un mal momento, pero su hermano lo había convencido de que fuera, que nada podía ser peor que aislarse de los demás.

Lo primero que hizo Gonzalo al entrar a su casa fue inspeccionar el aire. Una vez que te acostumbrabas al olor a cigarrillo, había todo un conjunto de olores que podía funcionar como alerta. El olor a vómito, por supuesto, sobre todo si Alicia no había llegado al baño, pero también el simple olor a whisky o el tufo indefinido que dejaba al respirar. Esa tarde no encontró nada de eso. Igual no quiso correr riesgos. Le dijo a Marcelo que fueran directo a su habitación, cerró la puerta, encendió el equipo de música y puso *Greatest hits* de los Red Hot Chili Peppers, que su amigo, experto en hacer copias piratas, le había regalado para el cumpleaños.

Pasaron una hora hablando de la escuela y de las posibilidades amorosas de Gonzalo con una de sus compañeras, a la que le había dedicado, hasta ese momento sin respuestas, esas cartas que solo se pueden escribir con dignidad cuando tenés menos de quince años. Gonzalo no hizo ni dijo nada que pudiese anticiparle al amigo la situación que estaba por vivir. Puede ser que todavía confiara en que esa noche no iba a pasar nada, o que no estuviese preparado para poner en palabras lo que le pasaba y prefiriera que los hechos hablasen por sí mismos.

No tuvieron noticias de Alicia hasta que empezó a atardecer. Casi en el mismo momento en el que Gonzalo le dijo a Marcelo que podían pedirse una pizza para cenar, que la madre siempre dejaba algo de plata en un cajón del armario para esas situaciones (en realidad había comenzado a hacerlo cuando dejó de cocinar y cenar con regularidad), escucharon sus pasos pesados bajando las escaleras. Gonzalo, con el tiempo, había aprendido a reconocer los sonidos, pisada lenta y pesada, mamá, pisada suave y apresurada, Pedro.

Ese era otro aspecto importante de la casa: las escaleras, además de inseguras, crujían de una manera inverosímil cada vez que alguien ponía un pie encima, reforzando la idea de que estaban a punto de caerse a pedazos. Pero era una debilidad aparente: pasaron veinte años, las vidas de todos los que vivieron en esa casa se derrumbaron y, por lo que pude ver en mi visita, la escalera sigue ahí, intacta y engañosamente frágil.

Gonzalo se apresuró a salir del cuarto, cerrando la puerta detrás, y le dijo a la madre que no se preocupara por la cena, que él iba a encargar pizzas. Alicia, que todavía aparentaba estar sobria, le dijo que no se lo podía permitir, que por mal que estuvieran las cosas ella no iba a dejar de cocinarle a su hijo el día de su cumpleaños. Lo dijo convencida y Gonzalo le creyó o tal vez intuyó que insistir con la pizza podía terminar saliéndole más caro. Le agradeció y como vio que ella estaba a punto de echarse a llorar salió disparado para la habitación, cerró la puerta, se acercó al estéreo y volvió a darle *play* al disco, pero esta vez salteando temas hasta llegar a uno que no conocía y que le había gustado mucho.

—¿Qué le pasa a tu mamá? —le preguntó Marcelo, que no terminaba de entender lo que estaba sucediendo.

—Nada, olvidate. Es muy bueno este tema, ¿en qué disco está?

—En ninguno. Es de la banda sonora de una peli, creo.

—Es buenísimo, ¿cómo se llama?

Sin esperar una respuesta, agarró la caja y buscó entre los títulos hasta encontrarlo.

—Acá, el tema cinco, "Soul to Squeeze". *Soul* es alma, ¿no?

—Sí, sí, en MTV dijeron que era algo así como "Alma para exprimir".

—Mi mamá es alcohólica.

Marcelo no se lo tomó en serio. Hasta ese momento, la palabra alcohólico le remitía a un tío bonachón que siempre terminaba las reuniones familiares roncando en el sillón. Se lo dijo.

—No, no entendés, no es así. Es otra cosa. Es algo distinto.

La conversación me fue referida por Marcelo, que recordaba todo lo que sucedió esa noche con bastante claridad; sobre todo ese momento, porque Gonzalo había dejado el tema en *repeat* y se lo había hecho escuchar unas siete u ocho veces y, además, porque fue cuando empezó a tomarse en serio las sospechas de que algo no andaba del todo bien en la casa de su amigo.

18.

Al final, Dolores me dijo que me había dejado la cena en el horno y que ella se iba a acostar, que estaba *demasiado extenuada* y que iba a ser mejor que siguiéramos la charla al día siguiente, más tranquilos. Yo hubiese preferido olvidarme del tema para siempre, más que nada porque, hasta el momento, había logrado esquivar la pregunta de por qué se habían peleado Gonzalo y su abuelo.

Nombrar a Martina en casa nunca traía nada bueno. Era como si esas siete letras tuviesen anexada una maldición: no sucedía nada en el momento, de forma directa, pero, tarde o temprano, la sangre llegaba al río. Las peleas nunca estaban conectadas directamente con ella. No, Dolores jamás se rebajaría a hacer una escena de celos. Las veces en que, por algún motivo, casi siempre por contar algo de mi día a día, la había mencionado, mi esposa se había limitado a sonreír o había seguido hablando de otra cosa, como si no me hubiese escuchado, para horas o días después poner en tela de juicio nuestros quince años de matrimonio por cualquier motivo nimio que se pudiese imaginar.

Cuando finalmente pude ir al cuarto de Gabriel, lo hice sin expectativas, convencido de que él también se iba a sentir *demasiado extenuado* como para nuestra noche de cine. Me equivoqué.

—Tengo un problema —me dijo ni bien abrí la puerta—. No elegí película. Ya sé, pa, soy el peor. Iba a buscar una en la casa del abuelo con el teléfono y con todo lo que pasó…

—Olvidate, a mí justo hoy me recomendaron una. Comemos rápido lo que nos dejó tu mamá en el horno y la vemos. Después, si no tenemos mucho sueño, enganchamos algo en Netflix.

Abrí el horno y saqué una fuente de carne con papas, batatas y boniatos. La perspectiva de comer no me tentaba demasiado, pero

no lo iba a dejar a Gabi cenando solo, así que, después de llenarle el plato, me serví el pedazo más pequeño que encontré.

—No tengo hambre —me dijo, mientras jugueteaba con una batata medio chamuscada.

—¿Querés hablar de algo? —le dije, pensando en que tal vez fuera un buen momento para contarle acerca de Martina. Mejor que lo poco que había lo supiera por mí.

—Quiero ver la película que te recomendaron, pa. No quiero hablar, y la comida no me llama.

—¿Abrazamos definitivamente el vegetarianismo?

Hacía rato que Gabriel estaba en una relación conflictiva con la carne.

—Me voy a hacer vegano para infartar al viejo.

No pude evitar reírme, con algo de culpa. Después de todo, el viejo era su abuelo, y mi rol como padre era fomentar ese vínculo. Al final le dije que yo tampoco tenía hambre, que cualquier cosa después pedíamos helado.

La película me pareció pésima, a un punto que no pude entender cómo se le había ocurrido a Fernanda que la podíamos usar en el curso. A Gabriel le había gustado, se le notaba en los ojos que se había entusiasmado, pero se quedaba callado, precavido, intentando adivinar mi parecer antes de arriesgarse a darme el suyo; tenía que convencerlo de que no respetara tanto mis opiniones.

—¿Y… qué te pareció? —le pregunté.

—No sé —respondió en su mejor intento de sonar ambiguo—. Tiene algunos puntos interesantes.

—A mí no me convenció demasiado —le anticipé, hoy no era el día para poner a prueba sus dotes como crítico.

En realidad, podía predecir la respuesta que me iba a dar Fernanda unos días después: *Estás dando un curso de derecho penal, no de lenguaje cinematográfico*. Tenía razón, pero no me importaba, había límites. No podía recomendar algo que fuera abiertamente malo, incluso si habilitaba discusiones interesantes. Ya nos había pasado antes, con un capítulo de una serie inglesa de moda lleno de lugares comunes y golpes bajos. Tenía que empezar a asumir que los gustos de mi relatora eran un poco dudosos.

—Me gustó el final —me dijo, después de estar un rato en silencio—. No lo vi venir.

Por eso mismo le había gustado a Fernanda, que tenía una obsesión con los finales sorpresivos o con vueltas de tuercas. Ahí entrábamos en la discusión de qué era un final bien ejecutado. Para ella, alcanzaba con que fuera algo que no se le hubiera ocurrido durante el transcurso de la película.

—Es todo un tema el de los giros argumentales —dije, con cautela.

—Pero ¿vos te imaginabas que el tipo era nazi y no lo sabía?

—No.

—¿Y entonces?

—El tema es que la sorpresa por sí sola no puede ser suficiente, Gabi, porque sorprender es muy fácil. Tirás a la parrilla cualquier información nueva que le cambie la perspectiva al espectador y listo, como hace cualquier novela de las tres de la tarde cuando revela que los amantes en realidad son hermanos o que la niña pobre es hija de millonarios: ¿dónde está lo meritorio? Es la sorpresa por amor a la sorpresa, pero sin nada por detrás. Lo que hace que una revelación final esté bien ejecutada es la planificación: te tiene que sorprender, claro, pero además tenés que tener la sensación de que el guionista lo tuvo planeado desde el comienzo, que si volvieras a ver la película no entenderías cómo te pudiste pasar de largo las señales. Tiene que ser retrospectivamente previsible, ¿me entendés?

—¿Como en *Sexto sentido*?

—Exacto, como en *Sexto sentido*. Te acordás de que la vimos dos veces y nos reíamos de cómo nadie le habla a Bruce en toda la película. Está ahí, raya lo obvio y uno lo pasa de largo. El punto es que el giro tiene que estar justificado, contenido en el argumento, tiene que correr el riesgo de ser previsible y superarlo. Si no, no es más que un truco barato —me di cuenta de que lo estaba perdiendo —. ¿Vemos otra?

—No, pa, me parece que me voy a dormir. De última el domingo a la tarde.

Me arrepentí al momento de haberme puesto en modo docente. No era la noche para hacer narratología.

—Igual, me quedé pensando, la película va perfecto para tus clases, ¿no? El tipo hizo cosas horribles en el pasado pero está tan perdido que no lo sabe, es como si las hubiese hecho otro.

—Es un viernes a la noche y no vamos a meternos en el tema, pero sí, te diría que tenés un problema ahí. Dale unas vueltas y en estos días lo hablamos.

Punto para Fernanda. Cómo el paso del tiempo afectaba el juicio de reproche, en qué medida un hecho cometido hace diez o veinte años fue realizado por el mismo sujeto; era un gran tema para meter en las clases. Lástima que fuera a costa de que vieran esa porquería.

El resto del fin de semana transcurrió sin ningún acontecimiento, ni siquiera los esperables coletazos del golpe de Gabriel. El doctor estaba sumido en el silencio y, en ese aspecto, era igual a un nene de dos años. Si pasaba demasiado tiempo callado, era motivo para preocuparse. Mi relación con Dolores seguía fría, aunque un poco más de lo habitual. Lo más importante era que no había vuelto a mencionar el motivo de la pelea entre Gabriel y su padre. Ya en ese momento imaginé que algo estaba sucediendo, pero decidí que iba a disfrutar de esa inesperada paz mientras durase.

Aproveché para ponerme al día con la sentencia de un caso que habíamos juzgado la semana anterior, un tipo que había golpeado a la esposa hasta dejarla inconsciente y, tomándola por muerta, había llamado a la policía diciendo que al llegar del trabajo la había encontrado así. La sentencia estaba casi terminada, Fernanda había hecho una buena base y Martina había agregado un par de sugerencias interesantes, más que nada acerca de las implicancias de juzgar con perspectiva de género este tipo de casos. El único punto que me trababa era la mensuración de la pena. En el proyecto original, Fernanda había puesto una pena cercana al mínimo: diez años. Pero había varias agravantes en juego: la gravedad del delito, la conducta posterior de intentar responsabilizar a terceros, un historial de maltrato a la mujer y una relación de clara asimetría (él era abogado; ella, ama de casa, sin ingresos propios y con una dependencia total en lo económico), y poco que atenuara la pena,

apenas la ausencia de antecedentes. Diez años era poco, estaba demasiado cerca del mínimo, aunque fuera un mínimo alto.

El tiempo que no estuve trabajando en el caso lo pasé preparando mi clase del martes y perdiendo el tiempo en internet, buscando información sobre el caso de Rojas, leyendo notas sobre lo que había pasado, la mayoría calcadas entre sí. Encontré también el video del homicidio, subido a YouTube por un diario sensacionalista, y descubrí que me producía una sensación hipnótica, que lo podía ver una y otra vez sin cansarme, como si tuviese la certeza de que la próxima vez iba a encontrar algo que le diera sentido a lo incomprensible. Al final, y sin darme cuenta, algo encontré en esas imágenes que vi hasta el hartazgo, pero tuvo que pasar mucho tiempo hasta que comprendiese lo que había descubierto.

Por supuesto que es sencillo reducir mi investigación a un intento de escaparme de mi vida personal, como se dijo en esos días, de tener alguna excusa para no tener que compartir espacios con mi mujer. Pobre Dolores, al final del día siento más lástima que otra cosa. Ella también se imaginó que el futuro iba a estar lleno de misterios y al fin de cuentas el único misterio que tuvo que resolver fue el de por qué nos empecinábamos en prolongar una relación muerta hacía mucho; se imaginó que iba a vivir una historia de amor, y lo único que tuvo, lo único que tuvimos, fueron años y años de desencuentros, una breve reconciliación durante nueve meses y luego el distanciamiento definitivo. Ni siquiera tenía el consuelo de que su matrimonio hubiera propulsado su carrera profesional, como su padre empujó la mía. Todo lo contrario, la maternidad congeló su trabajo como arquitecta y en los últimos años apenas había hecho un par de remodelaciones, siempre para parejas amigas.

19.

Retrasó todo lo que pudo el momento de salir de la habitación, hasta que los llamados de la madre y la extrañeza de su amigo fueron demasiado intensos como para ignorarlos. Ella arrastraba las palabras, pero no tanto como para que pareciera una emergencia; Gonzalo pudo haber tenido una expectativa razonable de que la noche iba a terminar bien. Igual no dudó en hacerle algunas advertencias al amigo: si la madre se comportaba raro, había que seguirle la corriente; si hacía preguntas incómodas, lo mejor era bajar la mirada y no responder; por ningún motivo contradecirla, etc. Dicho así, con esa claridad seca, parece un discurso demasiado elaborado para un chico de catorce años recién cumplidos; sin embargo, tengo motivos para creer que, básicamente, fue lo que le dijo.

Al salir, Gonzalo vio los ojos de su madre y confirmó la hipótesis: había tomado, pero no lo suficiente como para hacerle pasar un papelón. Se sentaron y ella trajo una bandeja llena de milanesas fritas, con papeles de cocina puestos a modo de separadores para que absorbiesen el aceite. Gonzalo, mientras la madre iba a buscar las bebidas, escudriñó entre los pedazos de carne rebozada para asegurarse de que no hubiera cenizas de cigarrillo, pero no encontró nada.

Alicia se sentó y les preguntó a los chicos qué querían tomar. Les dijo que había comprado Coca-Cola y que, si no, había algo de soda tibia, porque se había olvidado de poner los sifones a enfriar. Ella se sirvió una copa de vino de una botella recién abierta. Al hacerlo miró a Gonzalo, como si lo estuviera desafiando a hacerle algún comentario. Al final sonrió, luciendo la dentadura oscurecida por años de tabaquismo, y le dijo que si quería, solo porque era el cumpleaños, le podía servir un poco.

—Después de todo, ya tenés catorce años. Ese es un tema que siempre discutíamos con tu papá, ¿te acordás? Él era partidario de que los primeros sorbos los dieras en casa, para que aprendieras a tomar con moderación y cuando tus amigos se empedaran vos fueras lo suficientemente avispado como para medirte. A mí antes me parecía una locura, pero qué sé yo, al final puede que tuviera razón. Tu papá siempre tiene la razón en todo, ¿no, Gonza?

La provocación fue clara, pero Gonzalo la pasó de largo y se limitó a decirle que no, que tenía miedo de que le cayera mal, al menos según recuerda el único testigo que me quiso referir la historia.

De las muchas cosas que Marcelo no iba a olvidar de esa noche, una de las más triviales era el intenso olor a ajo que llenaba el living de su amigo. Parecía que Alicia tenía la costumbre de freír una cabeza entera cada vez que hacía milanesas, un poco para darle sabor al aceite, pero sobre todo porque a ella, a Mario y a los chicos les encantaba comerse los ajos. A Marcelo, en cambio, le provocaba ganas de vomitar. Me dijo que era algo que arrastraba desde la infancia, aunque me costaba creer que el mal momento de esa noche no tuviera nada que ver con su disgusto.

—¿Querés unos ajitos? —le habría preguntado varias veces, según lo que recordaba, casi siempre mientras volvía a llenar el vaso de vino.

—No, señora, gracias —le habría respondido él, una y otra vez.

Cuando la botella estaba por la mitad, Alicia empezó a hacerle preguntas sobre su familia, de incomodidad ascendente: si los padres seguían juntos, si salían los domingos a la plaza, si él, Marcelo, tenía novia, si Gonzalo tenía, *porque este siempre me dice que no pero yo estoy segura de que anda en algo* y varias cosas más por el estilo, a las que el pobre chico respondió casi exclusivamente con monosílabos y algunas frases entrecortadas. Al final, se sirvió el resto de la botella en la copa, casi hasta rebalsar, se lo tomó en dos tragos y, prendiéndose un cigarrillo, les dijo a los dos que no importaba si estaban de novios o no, que ya iban a tener tiempo para eso, pero que ella, que ya había vivido y aprendido bastante, les iba a regalar un consejo que les iba a hacer la vida más fácil.

—Si el día de mañana se ponen en pareja, no importa qué tan enamorados estén, siempre guárdense algo para ustedes. Nunca se muestren del todo como son ni dejen que el otro lo sepa todo sobre ustedes.

—¿Cómo? —no pudo evitar preguntarle Marcelo, que inmediatamente sintió la mirada de reproche del amigo.

Según me dijo, años después, tenía claro el pedido que le había hecho su amigo, pero la tentación de preguntar le había ganado. Nunca un adulto le había hablado de esa manera.

—El misterio. Guárdense siempre un poquito de misterio. Salgan con amigos, tengan actividades suyas y solo suyas, y si no saben qué hacer vayan a darles de comer a las palomas o a cualquier otro lado, pero simulen que están haciendo algo interesante. Nunca dejen que su pareja lo sepa todo sobre ustedes, porque así te volvés predecible en un abrir y cerrar los ojos.

El discurso tenía ese gustillo a reelaboración, como suelen tener los diálogos directos referidos décadas después de que fueron pronunciados. Pero, por más cambios que Marcelo, que no es nada más y nada menos que profesor de literatura, le hubiese hecho, el contenido no se podía haber alejado demasiado y no era difícil entender a quiénes estaba haciendo alusión.

En el momento en el que terminó de hablar, y antes de que Gonzalo le pudiera contestar algo, apagó el cigarrillo, que apenas había probado, en el cenicero y, como si de repente la cena le hubiera parecido el espectáculo más aburrido del mundo, se prendió otro y les dijo que se iba a leer acostada en la habitación.

Los dos se quedaron sentados, sin decirse nada y sin saber muy bien qué hacer. Marcelo, por un momento, barajó la posibilidad de llamar a su papá para que lo fuera a buscar y si no lo hizo, más que por lealtad con su amigo o para ahorrarle el mal momento, fue porque sabía que el padre le iba a cobrar tener que salir a la noche a buscarlo a casa de su amigo porque se había asustado de la madre. Podía ser algo tan sencillo como lavar los platos durante el resto del fin de semana o cortar el pasto del jardín. Así que, viendo que su amigo seguía ensimismado, le preguntó si quería que levantasen la mesa. Gonzalo, saliendo del trance, le dijo que no, que dejaran todo

así como estaba y que aprovechasen que la madre se había ido a dormir para hacer pochoclo y ver la película que habían alquilado.

20.

Lo primero que hice el lunes por la mañana, al llegar al tribunal, fue pedirle a Juan que me sacara un juego completo de fotocopias del caso Rojas. Como sabía que para ese chico cada palabra que salía de mi boca sonaba a amenaza, por más amabilidad que me esforzara en mostrar, le aclaré que no tenía ninguna urgencia, que ni siquiera tenía que ser en ese mismo día.

No me extrañé cuando media hora después me golpeó la puerta del despacho para entregarme el juego de copias, unidas en el medio por dos gruesos ganchos mariposas y con carátulas de cartón para que el interior no se deteriorase.

—No era necesario que las hicieras tan rápido, Juan, muchísimas gracias.

—No hay por qué —consiguió articular antes de salir disparado del despacho.

Estaba ansioso por revisar el expediente. Cuando era adolescente, en esa edad en la que las lecturas o películas que consumís te pueden configurar el sentido estético para toda la vida, tuve un amor breve pero intenso por las novelas policiales, más que nada por las de Agatha Christie, que se podían conseguir en las librerías de saldos de Corrientes. Lo que sentía ante ese expediente era algo parecido a lo que me había pasado al leer *Diez indiecitos* o *Asesinato en el Expreso del Oriente*: me envolvía en el misterio y anticipaba, casi desde que se planteaba, la respuesta. La diferencia con esos libros era que, al leerlos, tenía una certeza de que iba a obtener algún tipo de respuesta, más o menos satisfactoria pero nunca tan atractiva como el misterio en sí. Acá, en cambio, solo había una promesa vaga, una revelación que podía o no darse y cuya suerte, no podía evitar sentirlo, dependía en gran medida de mí.

Aprovechando la intimidad que me daba el despacho, me puse a revisar el expediente. La precaución era innecesaria. Si alguien me llegara a preguntar por qué perdía la mañana leyendo un expediente cuyo juicio sería en meses, no tendría ninguna buena respuesta para ofrecer, pero no había ningún escenario real en el que alguno de mis asesores me hiciera una pregunta semejante. Ni siquiera Fernanda, con toda la cercanía que le daba conocerme desde antes de que fuera juez, y mucho menos Juan o la chica nueva. La única persona que me podría haber preguntado algo, Martina, ya estaba al tanto de mi interés.

El acta inicial y las primeras declaraciones no me aportaron demasiado. Maribel Pérez, una oficial veinteañera de la Policía de la Ciudad, fue la primera en llegar al lugar. Estaba a tres cuadras de la estación cuando la convocaron por la radio. Para el momento en el que llegó, unos diez minutos después de haberse cometido el crimen, Gonzalo estaba sentado y lo rodeaba un grupo de gente que se debatía entre la indignación y la confusión. Le puso las esposas sin ningún inconveniente, convocó a dos testigos para el acta y le avisó a la central que había aprehendido al sospechoso. Aguardó dentro del andén hasta que le avisaron que el patrullero la esperaba afuera, y luego dejó a Rojas en manos de Joaquín Basílico y Javier González, conductor y acompañante del auto. Lo único que consignó en su informe, agregado justo después del acta, como observación personal, fue que Rojas se mostró tranquilo en todo momento y que las únicas palabras que salieron de su boca fueron: *Sí, lo entiendo*, al momento de la lectura de derechos.

Las declaraciones de Basílico y González tampoco contenían nada interesante. Habían sido convocados por la radio mientras patrullaban la zona, tomaron contacto con su compañera y trasladaron al detenido hasta la Comisaría nº 25, donde lo ingresaron y se desentendieron de él.

Me carcomía la cabeza pensar en todo lo que debía haber quedado afuera de esos documentos, las preguntas que Pérez le pudo haber hecho en el corto tiempo que estuvo con Rojas o las chicanas que Basílico y González le debían haber dirigido en el trayecto a la comisaría. Un acta policial es un documento público;

cualquier cosa que se escribe en ella cobra carácter de verdadera, salvo que se demuestre su falsedad. Por eso mismo la policía suele ser cuidadosa al decidir qué información hacer ingresar al proceso. Si le habían sacado alguna información a Rojas, en el calor del momento, seguro se la habían guardado. Después de que Rojas confesara, cualquier cosa que les hubiese dicho a los policías no serviría para empeorar su situación procesal y le facilitaría al defensor argumentos para cuestionar el proceso. Pero lo que no era interesante a los fines del proceso sí me interesaba a mí, que no me conformaba con la confesión de Rojas y quería comprender la razón del homicidio.

Después de unos veinte minutos de lectura, en los que apenas avancé de esas primeras declaraciones, Fernanda me golpeó la puerta del despacho.

—Nos presentaron un abreviado en la causa de Alberto Bastianini.

—Bastianini, Bastianini, ¿no era el homicidio en la 1-11-14, el que tenía pinta de ajuste de cuentas narco? ¿Y qué quiere abreviar? ¿Se volvió loco el fiscal?

—Traen un abreviado por el mínimo.

—¿Qué mínimo? ¿No se había muerto el pibe?

—Sí, sí, el mínimo para el homicidio consumado, ocho años.

—¿Y el señor fiscal no sabe que el monto máximo para abreviar es de seis? —lo dije y me di cuenta de que me estaba irritando, no solo porque empezaba a entender por dónde venía el tema, sino también porque hubiera preferido seguir concentrado en la lectura.

—La defensa presentó un escrito acompañando el acuerdo, dice que la regla de los seis años está instaurada a favor del imputado y que es disponible.

—Yo no se lo voy a homologar.

—Pero ¿no tiene un punto? Si las dos partes están conformes con ocho años, nosotros qué potestad tenemos para invalidar lo que acuerdan.

—La potestad que me da el Código Procesal, Fernanda, al exigir que revise que los abreviados cumplan con los requisitos legales.

—¿Y si va a juicio y el fiscal le pide quince? ¿Y si le acreditan un agravante y termina con perpetua? Digo, si entendemos la regla de los seis años como una derivación del derecho de defensa no sé si tenemos mucho margen para no homologar.

—Una pena de ocho años por abreviado es ilegal, yo no voy a poner una pena ilegal. Está todo bien con el principio acusatorio, pero boludeces no. Haceme un favor, Fernanda —no tenía ganas de que me siguiera discutiendo—, ponela al tanto a Martina y decile que llame a la secretaria de la fiscalía, a ver si nos puede aclarar un poco el panorama.

Cuando Fernanda salió del despacho quise volver a la lectura, pero no pude concentrarme. Al escuchar que regresaba del despacho de Martina, me asomé a la puerta y le dije que se trajera los apuntes del caso Jiménez, la tentativa de femicidio, así terminábamos de ajustar algunos detalles de mi voto. Dejándome llevar por un impulso, descolgué el teléfono y llamé al interno de Martina.

—¿Estás para discutir un caso?

—Vos sabés que no soy tu relatora, ¿no? —sabía que la queja no iba en serio, pero detecté algo en su tono que no logré identificar.

—Sí, claro, pero me viene bien tu sentido común.

El elogio al sentido común de Martina era un chiste que arrastrábamos desde cuando éramos dos estudiantes de primer año inmersos en el efecto Dunning-Kruger y habíamos tenido una discusión filosófica sobre el concepto de sentido común; yo elogiándolo y ella, que para ese entonces militaba en una agrupación de izquierda y se divertía, o eso decía, leyendo a Althusser, lo criticaba.

—¿Te das cuenta de que pasaron veinte años desde esa conversación?

—Hay cosas que no envejecen. ¿Te comentó Fernanda lo del abreviado?

—Sí, y ya te digo que si te ponés duro vas a quedar en minoría.

—¿Segura? No veo a la doctora Tavares convalidando esto.

—Te vas a sorprender.

—Vení que hablamos del femicidio y lo charlamos, capaz que me convencés.

Me dijo *voy* y colgó. Sabía que ella no era, estrictamente, mi asesora y que convocarla muy seguido a mi despacho podía provocar algún cortocircuito con mis colegas, pero hasta ahora nunca le había molestado. Entraron las dos juntas, Martina primero, que nunca me golpeaba la puerta, seguida por Fernanda.

—Empecemos por lo más fácil. Primero la tentativa de femicidio, después el abreviado del sicario. Estoy dudando con la pena —les dije a las dos cuando se sentaron.

—Para el mínimo no está —me dijo Fernanda convencida.

—No, eso seguro, estoy pensando en aumentarla un poco más. Demasiados agravantes y casi nada que atenúe.

—No tiene antecedentes —acotó Fernanda mirando a Martina en busca de apoyo.

—Eso es cierto, pero es un atenuante contra demasiados agravantes. Y creo que el único motivo por el que no tiene otros procesos es porque la policía nunca le tomó la denuncia a la pobre mujer.

—Al defensor le va a encantar ese argumento —me dijo Martina, levantando las cejas.

—La maltrataba —seguí como si no la hubiese escuchado— física y verbalmente hacía años, le quiso echar la culpa del crimen a unos pibes chorros imaginarios. ¿Tenemos algo más que pueda operar como atenuante? Si no, me inclino más por ponerle trece.

—Le estás poniendo cinco años más que el mínimo de un homicidio simple consumado, acordate de que la señora está viva —otra provocación.

—Problema del legislador —le dije, algo seco, intentando darle a entender que no me iba a prestar a esos juegos delante de Fernanda.

—Tiene sesenta y dos años, y el delito no admite condicional bajo la nueva ley —dijo Fernanda, con un tono de voz que me hacía pensar en Gabi mediando entre Dolores y yo.

—Con que le pongas once —empezó Martina— va a salir a los setenta y tres. De cualquier manera, el último tercio de su vida va a

estar marcado por el tiempo que pase adentro, si es que sale, ¿cómo anda de salud?

—Del último informe médico no surge nada distinto a lo típico de la edad, algo de hipertensión y algunos problemas de vesícula. Hizo quimio hace unos años por un cáncer de próstata, pero está recuperado.

—Es de los que vuelven, ¿no? —le preguntó a Fernanda, para luego mirarme.

Lo que había sido una vaga sensación desde el momento en el que entró al despacho se convirtió en certeza, algo le estaba pasando.

—Lo tengo que pensar, pero estoy entre trece o doce, menos de eso no, es un delito grave, de violencia de género.

—Menos mal que hay jueces comprometidos con los derechos de las mujeres —me dijo sonriendo.

Estuve a punto de contestarle, pero me detuve. Martina nunca había sido de quedarse callada cuando algo le molestaba, así que si hasta el momento había elegido no verbalizar lo que fuera que le sucedía delante de Fernanda, yo no le iba a dar motivos para hacerlo.

—El psicólogo del penal —siguió Fernanda, que hacía un esfuerzo encomiable para simular normalidad— dice que probablemente haya sido víctima de maltratos o abusos por parte de su padre, que después los abandonó.

—Eso no lo justifica —les dije, aunque empezaba a admitirme que podían tener razón.

—La chica no dice que lo justifique, te está diciendo que hay más de un atenuante —acotó Martina, dirigiéndole una sonrisa a Fernanda. Esta, increíblemente, se ruborizó. Esa coordinación no tenía precedentes.

—Once años y no hablamos más del tema. Por ahora, igual. Habrá que ver qué opinan mis colegas.

—¿Les circulo el proyecto, entonces?

—Sí, sí, muchas gracias, Fernanda. Martina, quedate un segundo por favor.

Lo formulé de manera tal que no tuviese una forma educada de decirme que no.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Hablé recién con la secretaria de Arce. Dice que ese abreviado lo manejó directamente el fiscal. Es raro, porque nunca presentó un abreviado por ocho años.

—Martina, ¿qué te pasa?

—¿En serio me lo preguntás? ¿No tenés idea de qué me puede estar pasando?

—Te juro que no.

—Hablé con Dolores, hace media hora. Me llamó para recriminarme, en términos muy educados, el *affaire* que aparentemente tenemos.

21.

Marcelo se despertó con los gritos. Más tarde, cuando Gonzalo lo puso al tanto, entre lágrimas, de lo que había pasado esa noche, y de lo que estaba pasando en su vida, supo que todo había empezado a las dos de la mañana, cuando su amigo se despertó con las pisadas de la madre bajando la escalera.

Los dos se habían ido acostar apenas una hora atrás, luego de que Marcelo se quedase dormido en el sillón del living mientras intentaban ver una película de tres horas con la que Gonzalo había insistido toda la semana.

Gonzalo fue directo hasta la puerta que daba a la calle, sabiendo con qué se iba a encontrar, y mientras la madre atravesaba los últimos peldaños, cigarrillo en mano y vestida con un jogging y una de las pocas remeras de Mario que, por olvido, apego o comodidad, no había tirado, le dijo que no saliera, que era demasiado tarde y que no iba a encontrar nada abierto. Alicia, con la mirada perdida y dificultad para articular cada palabra, le dijo que volviese a la cama, que iba a despertar a su amigo.

Gonzalo, que había escuchado a su madre salir varias veces y venía madurando la idea de impedírselo, le dijo que era un peligro que saliera a esa hora y que él no se lo iba a permitir.

—¿Qué pasa? ¿Sos el hombre de la casa ahora? —le dijo ella, levantando la voz.

—Mamá, es un peligro, en serio.

—Ya estoy cansada de que me manejen la vida. Toda la vida el hijo de puta de *tu papá* me decía que hiciera esto o lo otro, que no me vistiera así, que no saliera con amigas, que no me hiciera la putita.

En ese momento, con la palabra *putita* saliendo de la boca de alguien que, en su esquema de cómo debía funcionar el mundo,

nunca podría haberla pronunciado, Marcelo se despertó.

—Mamá, son las dos de la mañana, andá a dormir. No estás bien.

—Salí de la puerta.

—Mamá, es mi cumpleaños, está mi amigo durmiendo, te lo pido por favor, no me hagas esto hoy.

—¿Todo es sobre vos? Tu amigo, tu fiesta, dejame hacer mi vida y andá a dormir.

—No quiero, no quiero que salgas. Te puede pasar algo y va a ser mi culpa.

—¿Qué me va a pasar a mí? ¿Me van a robar, me van violar?

—Callate —gritó Gonzalo y ahí, por primera vez, Marcelo consideró la posibilidad de salir del cuarto.

—Sos igual a tu *papá* —esas cuatro letras las pronunciaba con asco, como si tuviera algo desagradable en la boca e intentara escupirlo—, igual, pero igual, vas a ser un garca como él.

Marcelo estaba más preocupado porque nadie se enterase de que estaba despierto que por cualquier aporte que pudiese hacer a la situación. El contacto estrecho con sus padres, un matrimonio aburrido de clase media, le había hecho pensar que todos los seres humanos de más de cuarenta años eran incapaces de sentir emociones intensas y supo que estaba presenciando una escena que no había sido hecha para sus ojos. Pero cuando escuchó a su amigo gritar tuvo un arranque de valor y decidió salir del cuarto.

La imagen que vio a través de la puerta entornada le quedó tan grabada que veinte años después estuvo en condiciones de reproducírmela con un nivel de detalles que, hasta el momento, había estado ausente en su relato.

Su amigo estaba en calzoncillos, bloqueando la puerta que daba al patio, con los brazos abiertos, como si estuviera siendo crucificado. Alicia estaba parada, temblando de indignación delante de él.

En el instante en el que Marcelo terminaba de asomarse, antes incluso de que alguno de los dos pudiera ver que su drama familiar tenía un testigo, Alicia, que era muy menuda como para que su hijo grandulón de catorce años no le resultara un obstáculo considerable, intentó apartarlo por la fuerza, él la empujó para sacársela de

encima, ella perdió el equilibrio que le quedaba y cayó al piso. En la fricción del forcejeo, o por efecto de la caída, el jogging viejo que Alicia llevaba puesto se bajó lo suficiente como para que fuera posible ver la tela de una bombacha roja desteñida y unos centímetros de la piel pálida de sus muslos.

Marcelo sabía que tenía que intervenir, pero en ese momento sentía que la madera de la puerta era una balsa, y que si se llegaba a soltar algo oscuro lo iba a arrastrar de espectador a protagonista de esa escena (sus palabras, en la medida en que mi memoria las conserva).

Gonzalo intentó ayudarla, pero ella le esquivó la mano, se puso en pie por su cuenta, apoyando en la mesa la mano en la que, todavía, llevaba el cigarrillo encendido, casi a punto de consumirse, y, una vez parada, levantó la mano que tenía libre y le dio un cachetazo a Gonzalo que, siempre en palabras de Marcelo, retumbó por toda la casa.

Gonzalo se la quedó mirando, como si no entendiera del todo lo que había sucedido, y luego se apartó, sin decir una palabra. Ella amagó con decir algo pero no lo hizo, salió por la puerta, atravesó el patio y se perdió en la noche.

Recién en ese momento Gonzalo reparó en la presencia de su amigo.

22.

Tanta crueldad podía tener un solo origen.

—¿De qué *affaire* estaba hablando? —me dijo ella, bajando la voz.

El silencio del viejo siempre era una mala noticia. Intentó hacer daño mediante Gabriel, las cosas no le salieron como esperaba, así que se tuvo que conformar con llamar a Dolores. Y Dolores ¿cómo había podido dejar pasar la oportunidad de aclararle que cualquier escenario que pudiese haber pintado era falso? Me lo preguntaba y sin embargo sabía la respuesta: la había dejado pasar porque me incomodaba hablar del tema, porque aun si entre Martina y yo no había pasado nada, eso no eliminaba el hecho de que yo sentía algo por ella. Algo, no mucho. Una comezón, ese *qué hubiera sucedido si…* Tal vez algo más concreto, un *qué sucedería si…*. Un detalle, seguro, pero suficiente como para que me costara hablar del tema con Dolores y someterme a su cinismo.

—Creo que tengo una idea de lo que puede haber sucedido —le dije a Martina, que, como hacía siempre que se ponía nerviosa, estaba jugueteando con todo lo que tenía al alcance de la mano, en este caso un libro escrito en alemán que mi suegro me había regalado por mi nombramiento y que planeaba regalar a la biblioteca de la Facultad de Derecho.

—Andrés, te lo digo con todo el cariño que te tengo, no sé qué sucedió y creo que no me interesa saberlo. Lo que más quiero en este momento es que vos tengas bien claro que este tipo de rumores a mí me pueden costar el cargo.

—Ya sé, Martina.

—¿Lo sabés, estás seguro? ¿Lo entendés como una posibilidad real o es un *ya sé* hipotético? Porque vos no vas a dejar de ser juez por un quilombo como este, sabés bien cómo terminan estas

historias: yo soy la trola que se aprovecha del pobre juez recién nombrado que, como todo buen hombre, no pudo más que ceder ante sus instintos. Vos seguís en tu cargo, a lo sumo te comés algunas miradas de reojo en la próxima reunión de magistrados y un poco de malestar de tus colegas y a mí me mandan a trabajar a la última cueva del rincón más perdido del país.

—Martina, no va a pasar nada de eso, me voy a ocupar.

—Me encantaría quedarme tranquila, Andrés.

Pensé en insistir con la explicación, contarle que eran tejemanejes de mi suegro, pero lo que tenía para decirle no la iba a dejar más tranquila, así que decidí callar; en su lugar, le pregunté qué le había dicho Dolores.

—Básicamente, que todo el mundo anda diciendo que nosotros dos estamos en algo y que ella no se va a dejar humillar así.

—Es mentira, Martina. Estamos pasando un mal momento y se la agarra con vos.

Pasaba las páginas del libro con tanto ímpetu que por un momento tuve miedo de que las arrancara.

—¿Por qué yo?

Se me ocurrían varias respuestas verosímiles a esa pregunta. Pero ninguna iba a tranquilizarla demasiado, así que opté por una verdad a medias.

—Porque ella y yo no andamos bien, hace rato, y porque paso más tiempo con vos que con ella.

—Andrés, por Dios —me dijo, susurrando también, mientras se levantaba—, arreglá tu matrimonio. O divorciate, qué sé yo. Pero no me metas en quilombos.

Se levantó apresurada. Al llegar a la puerta se dio vuelta y me miró con una expresión de preocupación. Estuvo a punto de agregar algo, pero no dijo nada, cerró la puerta despacio y volvió a su oficina.

Yo me quedé pensando en ella, en el miedo que le había visto en los ojos, y me di cuenta de que tenía ganas de abrazarla y decirle que iba a estar todo bien. En fin, de hacer ese tipo de cosas que podían alimentar sospechas en ojos de terceros.

Pensé en llamar a Dolores y preguntarle qué se le había metido en la cabeza; también pensé en llamar al viejo y decirle que no se metiese nunca más en mi vida y hasta pensé en llamar a algún amigo para desahogarme y pedir un consejo, pero no tenía una sola persona con la confianza suficiente como para compartir una cuestión semejante. Pensé, hasta tal punto llegaban mi soledad y mi preocupación, en contarle a Fernanda lo que había sucedido.

Al final no hablé con nadie. Me quedé un rato sentado, mirando la única foto que tenía sobre el escritorio: Gabriel, Dolores y yo en el Congreso, el día en que me habían nombrado. A él se le notaban las ganas de sacarse de encima el saco y la corbata; a ella, los nervios porque el nene no rompiera la etiqueta. ¿Y a mí? A veces es muy difícil descifrar nuestras propias expresiones. Mi rostro era un misterio. Podría decir que estaba ansioso, y seguramente lo estaba, pero también parecía algo amargado, como si supiera que estaba llegando a ese lugar que había perseguido toda mi vida adulta y estuviera anticipando la revelación de que era solo una quimera más.

Esos rumores a los que había aludido Dolores ¿eran un invento del viejo o los había sacado de algún lado? ¿Alguien había reparado en que ella y yo nos conocíamos desde hacía mucho y había sacado conclusiones injustificadas? ¿Alguno de mis colegas? Tenían que ser un invento, Martina y yo no habíamos hecho nada que justificase que alguien pensara otra cosa. Si existían, mi situación rayaba lo cómico: podía divorciarme, tener que pelear la custodia de Gabriel, destruir mi relación con Martina y su futuro y crear un ambiente inhóspito en el tribunal, todo eso sin haberle tocado un pelo. Y si los había inventado y se esparcían lo suficiente, la situación igual era mala: ¿cómo los iba a desmentir? ¿Le iba a explicar a todo el mundo que me cruzase que la secretaria del tribunal y yo éramos solo buenos amigos?

23.

Cuando empezaron los intentos de suicidio, la vida de Gonzalo y de Pedro se convirtió en un conjunto de variaciones sobre unos pocos temas.

Había noches, como las del cumpleaños de Gonzalo, en las que Alicia tomaba más de lo que había planeado y tenía que salir en la madrugada a buscar más suministros. Después del cachetazo, Gonzalo nunca volvió a intentar detenerla, pero de todos modos no lograba conciliar el sueño hasta que la escuchaba regresar. Luego permanecía despierto o, si sentía que el sueño le ganaba, se ponía una alarma. Cuando estaba convencido de que su madre dormía, se asomaba al cuarto para asegurarse de que estuviera bien y con el cigarrillo apagado.

Otras noches el conflicto estallaba entre Gonzalo y su madre, con Pedro de espectador, cuando ella se ponía a hablar de Mario, de lo que les había hecho y de cómo les había arruinado la vida a todos. Gonzalo, si bien tenía mucho que reprocharle a su padre, creía que no era el rol de ellos ser depositarios del odio que sentía su madre. Pero había otra cosa. A medida que la convivencia con Alicia se iba haciendo más difícil, Gonzalo no podía dejar de sentir, aunque la idea le repugnaba, que su padre había tenido motivos para escapar de ese lugar. Que si tan solo se hubiera separado, y no los hubiese abandonado al irse a otro país, él no tendría nada para reprocharle. Pero su padre no estaba ahí, por lo que toda esa bronca estaba siempre latente. Entonces Alicia empezaba a hablar, casi siempre con unas copas encima, de qué poco importantes eran ellos tres para Mario como para abandonarlos e irse con *la puta* a España, y Gonzalo tenía que esforzarse para reprimir el odio. Si lograba quedarse callado y escucharla, a lo sumo asentir de vez en cuando, el temblor pasaba de largo sin consecuencias graves. Pero al más

mínimo gesto que pudiese llegar a considerarse de reproche o censura, ella cambiaba el eje de sus ataques y empezaba a confrontar con él. Que no la comprendía, que nunca la escuchaba, que siempre se ponía del lado del padre, etc. Él a veces respondía y otras se quedaba callado esperando que ella se cansara. Sabía que la segunda era la mejor estrategia, pero tenía catorce años y le hervía la sangre cuando escuchaba esas palabras que salían de la boca de su madre. Esas noches solían terminar cuando ella se iba a su cuarto, aburrida o cansada de la lucha con su hijo o quizá solo con ganas de tomarse un trago. Ahí le gritaba un poco desde la cama hasta que se quedaba dormida.

Pero también había otro tipo de noche, que se solía combinar con las anteriores y terminaba siendo la peor. En el medio de una discusión, o incluso sin ningún motivo aparente, pero casi siempre luego de algunas copas, Alicia insinuaba que se iba a suicidar. A veces era una alusión directa, otras solo lo sugería, pero el resultado era siempre el mismo. Gonzalo discutía, le decía que no podía decir esas cosas adelante de Pedro, que les hacía muy mal a los dos y que si a ella le pasaba algo, ellos se iban a quedar solos. Ella le respondía, gritos y lágrimas mediante, que así iban a ser más felices, que su padre iba a poder regresar para vivir todos juntos en esa casa, sin ella para amargarles la vida.

Más allá de las pequeñas variaciones, todas esas noches terminaban igual, con Alicia encerrándose con llave en su habitación y Gonzalo sentado en el piso, con el oído apoyado en la puerta, preguntándose si un sonido u otro era una pauta de alarma y si, en caso de ser necesario, sería capaz de romper la puerta. A veces le gritaba para que le abriera, temía no solo el suicidio, sino incluso un incendio accidental por la costumbre de su madre de fumar alcoholizada en la cama.

Las veces que se quedaba dormido ahí sentado tenía sueños de los que se despertaba agitado, pensando en que ella se había matado mientras él no estaba consciente. Y se quedaba ahí hasta que, aguzando el oído, conseguía escuchar el ligero ronquido que su madre había desarrollado junto al alcoholismo y se tranquilizaba lo suficiente como para volver a su habitación.

Al día siguiente, ella simulaba que no había sucedido nada y Gonzalo se debatía entre intentar confrontarla y arriesgarse a quebrar la paz que solía reinar durante el día o hacer él también como si no hubiese pasado nada y confiar en tener algunas noches relativamente tranquilas antes de la siguiente crisis. Las primeras tres noches con amenazas de suicidio se inclinó por confrontar a su madre, confiando en que iba lograr convencerla de que empezase algún tratamiento. Hasta que entendió que lo único que podía conseguir con sus peleas matutinas era que su madre incumpliese su regla de no tomar demasiado antes de las siete de la tarde.

Al final, abandonó también las guardias nocturnas. Comprendió que si su madre quería matarse lo iba a conseguir por más resistencia que él pusiera y hasta pensó en que si las amenazas de suicidio de Alicia eran solo una forma de llamar la atención, el hecho de que él les diera menos entidad podía terminar ayudando. Se dijo a sí mismo, probablemente para mitigar una culpa que ya se empezaba a asomar, que la mejor forma de desincentivar a la madre era ignorándola. Que todo lo que hacía era una forma retorcida de actuación que los tenía a ellos como únicos espectadores. Que tal vez lo hacía pensando en que iban a llamar al padre, que así iba a conseguir que regresara. Se dijo que, si empezaba a ignorarla, tarde o temprano ella se iba a cansar de representar la tragedia en un escenario vacío.

24.

El paso de los días me confirmó que los supuestos rumores provenían de la imaginación de mi suegro. No advertí ninguna mirada recriminadora de parte de mis colegas ni cambio alguno en la forma en la que se dirigían a Martina. Teniendo en cuenta la velocidad con la que ese tipo de información se suele propagar, era razonable asumir que nadie más se había enterado, al menos de momento; de lo contrario, la noticia ya me habría llegado.

Pero el hecho de que no hubiese un peligro inminente no sirvió para aliviar los temores de Martina, que a partir de ese día se esforzó tanto en guardar las formas en todas nuestras interacciones que me hizo pensar que ese exceso de recelo podía terminar generando sospechas en nuestros colegas, que habían sido testigos, a pesar de nuestros esfuerzos, de nuestra cercanía anterior.

Necesité perder el contacto diario con Martina, o reducirlo a su mínima expresión, para percibir hasta qué punto su presencia era una parte importante de mi rutina. Los días siguientes a esa conversación fueron anodinos, y me hicieron sentir, por primera vez en mi corta carrera como magistrado, algo similar al tedio en mi rol como juez.

Parte de ese malestar tenía otras causas: se me habían acumulado dos juicios bastante similares, de imputados por robos sencillos y bien probados, sin ningún argumento interesante, pero con abogados privados dispuestos a hacer todos los planteos imaginables para poder justificar los honorarios que les iban a sacar a sus defendidos y a sus familias.

Pero lo que en verdad me estaba afectando era un repentino e intenso insomnio, que empezó a acecharme el mismo día en que me enteré de la existencia de esos rumores. Todas las noches me despertaba a la misma hora, alrededor de las tres de la mañana,

como si esas primeras horas de sueño no hubieran sido más que una siesta extensa, y me entregaba a cavilaciones acerca de mi relación con Dolores; a esas ideas, nunca del todo concretas, de divorciarme, y a esa vida que, empezaba a entender, ya nunca iba a vivir junto a Martina.

La combinación de esos dos factores resultó en una de las peores semanas de trabajo (pero no como las que todavía estaban por venir). Las horas que pasaba en el estrado, que por lo general eran mis favoritas, se volvían una batalla contra el cansancio. Mi principal enemigo era el bostezo; no había peor imagen, para el imputado, la víctima, sus abogados y los otros jueces, que ver al magistrado que presidía la causa tapándose la boca para disimularlo. Aunque el bostezo, como todo acto reflejo, está fuera del dominio de la voluntad, la imagen de un juez bostezando mientras escucha hablar al abogado defensor o al fiscal genera una justa indignación.

Lo único que logró sacarme de esa súbita anhedonia fue mi interés por la causa Rojas. Estaba acostado en la cama, con Dolores durmiendo en el otro extremo, pensando en la película que habíamos visto esa noche con Gabriel: contaba la vida de una pareja intercalando escenas de los primeros momentos de su relación con otros, posteriores, en los que ambos se detestan. Mientras miraba la hora en el teléfono por enésima vez y me preocupaba por el estado en el que iba a llegar a la audiencia del día siguiente, me asaltó la idea de que nosotros ni siquiera teníamos el consuelo de compartir el cadáver de un amor digno de recordar. Nuestra relación había pasado de ser anodina a intolerable sin escalas.

Sabía, por experiencia, que ese tipo de pensamientos solo podía conducir a más insomnio y amargura, así que probé con levantarme e intentar leer algo de trabajo; la lectura nocturna siempre me había ayudado a conciliar el sueño. Me senté en el sillón individual de cuero, arrimé un banco para extender las piernas y apoyé la computadora sobre el regazo. Tenía pensado trabajar en el voto de uno de los robos, que Fernanda me había entregado ese mismo día, pero cuando abrí la casilla de mails, vi el envío de Juan con una copia digitalizada del expediente que le había pedido que

fotocopiara, y pensé que probablemente, por los nervios, se había olvidado de comentarme el gesto.

Después de las declaraciones iniciales, no encontré ningún documento relevante hasta llegar a la indagatoria. Me esperaba, como era lo habitual, que Rojas se hubiese negado a pronunciar palabra, pero una vez que le leyeron el hecho imputado y la prueba que tenía en su contra le preguntaron si deseaba declarar y, contra todo pronóstico, dijo que sí. Esa fue la primera de muchas veces en las que me sentí en la inminencia de una revelación, de estar a punto de encontrar algo que los demás habían pasado por alto.

También fue la primera de muchas decepciones, porque lo único que dijo fue que se hacía responsable de los hechos por los que lo acusaban y que los había realizado por su propia voluntad, comprendiendo el sentido de sus acciones. Nada más. El defensor público que lo asistía se debía haber agarrado la cabeza en ese momento; si era medianamente realista, tendría que haber sabido que sus posibilidades de que la causa no se elevara a juicio siempre habían estado cerca del cero, pero hasta ese entonces por lo menos podría haber aspirado a dejarle el mejor caso posible al colega que le tocaste asistir a Rojas ante el tribunal de juicio. Después de la confesión, el caso estuvo cerrado. Había admitido no solo el hecho, sino también su propia imputabilidad, al afirmar que había actuado *comprendiendo el sentido de sus acciones*. Lo que me llamó la atención de sus dichos, aparte de la frialdad, fue lo técnico de su confesión. No sería la primera vez que el funcionario que redactase el acta *tradujera* los dichos al castellano judicial, pero, por más distorsión en la comunicación que pudiese haber existido, el significado jurídico de haber actuado sabiendo lo que hacía era insoslayable. ¿Qué buscaba con esa confesión? Ni siquiera tenía valor como acto moral. ¿Qué mérito hay en hacerte cargo de un delito cuando nadie duda de tu responsabilidad? Y, sin embargo, por ilógico que pareciera, no podía sacarme la sensación de que Rojas tenía un objetivo muy claro al actuar como lo hacía.

Terminé de leer el expediente sin encontrar nada interesante. El procesamiento y el requerimiento de elevación no eran más que resúmenes de lo que ya había visto. Hasta donde se sabía, Gonzalo

Rojas había elegido a Cruz al azar y la había empujado porque sí, porque no tenía nada mejor que hacer o porque le daba curiosidad escuchar el ruido que hacía la formación al triturar los huesos. Esas hipótesis habrían sido verosímiles si Rojas hubiera sido un psicópata, pero del escueto informe psicológico no surgía nada parecido. No surgía nada, en realidad, porque Rojas se había negado a decir una sola palabra.

Pensé en volver a la cama, pero el sueño no iba a llegar y me iba a terminar levantando de nuevo, con el riesgo de despertar a Dolores. En su lugar, volví a abrir la computadora y me puse a ver una vez más el video del crimen. Lo vi una y otra vez, deteniéndome para intentar capturar, en la imagen pixelada, algún detalle que hasta el momento se me hubiera pasado de largo. Es una sensación muy extraña estar convencido de tener algo frente a los ojos y, sin embargo, no verlo. Al final decidí que tenía que cambiar el enfoque, dejar de andar a los tropezones y ser más sistemático, como si verdaderamente estuviera investigando el homicidio.

Decidí hacerlo de la única manera que conocía: abrí un documento en blanco y comencé a escribir. Empecé por los videos, analizándolos cuadro por cuadro, desde el momento en el que él aparecía sentado en un banco de la plaza hasta el momento en el que la policía lo detenía. Pensé en que no lo habían linchado de milagro: algunos de los que lo rodeaban se limitaban a filmarle la cara, la gran mayoría le gritaba y hasta había un muchacho de barba rala muy cerca de él que lo miraba fijo, sin expresión, como si hubiese sido su madre la empujada a las vías y estuviera en estado de *shock*. Lo revisé por las dudas, pero Cruz solo había tenido una hija.

Me aseguré de anotar cada uno de los detalles que me habían llamado la atención y con el solo hecho de escribir logré darle forma a aquello que antes era solo la impresión de algo extraño: que ella no apurara el paso cuando un supuesto desconocido la interpela en el medio de la calle, que solo demostrara nerviosismo cuando él desaparecía de escena, como si no quisiera mostrarse frágil delante de él y, por sobre todas las cosas, la sonrisa final. Había reparado en la sonrisa desde la primera vez que vi el video y creo que incluso el

tema se había comentado, cuando el caso todavía era relevante en la televisión; pero, recién me daba cuenta, no le había extraído todas las implicancias posibles. En esa sonrisa podía haber un universo de significados y yo me había quedado en el más superficial. Había pensado, como todos, que era una sonrisa de compromiso, que intentaba mostrarse tranquila delante de ese tipo intimidante. ¿Y si la sonrisa era sincera? Él la había empujado segundos después, cuando los músculos de su boca todavía estaban estirados. ¿Y si de alguna manera la sonrisa había sido el disparador del homicidio? Vi el video una vez más y me convencí de que la expresión de Cruz era una burla, como si la reacción a lo que Rojas le decía fuera una mueca de desprecio.

Seguí escribiendo hasta que finalmente me venció el sueño. Pensé en ir a la cama, pero sospechaba que en el momento en que hiciera contacto con la almohada el sueño me iba a abandonar, así que me quedé dormitando en el sillón.

Tuve un sueño intranquilo. Estaba parado en el andén, en ese mismo andén, esperando a que llegara el subte. Sentía que habían pasado horas desde mi entrada. En algún momento me cansaba de estar de pie, buscaba el banco más cercano y me quedaba esperando. No sé decir cuánto tiempo pasaba ahí sentado, pero parecían horas. Cuando el subte, por fin, comenzaba a acercarse, entendía que lo tenía que dejar pasar, que era muy importante que no me moviera hasta que el tren hubiese abandonado la estación. Ahí la veía a Cruz, en realidad no lograba verle la cara pero sabía que era ella, como sabía lo que estaba a punto de sucederle. También lo veía a Rojas, que se le acercaba sonriendo y con los brazos extendidos, como un chico que está a punto de hacer una maldad. Me quedaba mirando, esperando que la empujara, pero en el último momento ella lo veía llegar, abría también sus brazos y los dos se fundían en un abrazo que perduraba mientras el subte llegaba, se detenía y luego abandonaba la estación. Al final los dos se miraban, y ella parecía infinitamente vieja y con la mirada cansada, como si ya hubiese repetido esa misma escena una y otra vez y supiera que iba a tener que repetirla durante años.

Me desperté convencido de que sabía lo que tenía que buscar, pero la certeza se fue diluyendo a medida que atravesaba la vigilia hasta desaparecer casi por completo al regresar a mi habitación. Cuando me acosté, abrí en el teléfono el documento que había creado y anoté todos los detalles que recordaba del sueño. Faltaban minutos para las tres de la mañana. De la convicción que había sentido antes de despertar solo había quedado un gusto lejano y ambiguo, pero lo bastante intenso como para pasar el resto de la noche dándoles vueltas a las pocas imágenes confusas que había logrado retener.

25.

Tenía que confrontar a Dolores, decirle que nunca más volviera a llamar al tribunal de esa manera, que no se daba una idea de los problemas que me podría traer, pero seguí postergando la conversación una y otra vez, hasta que un día, por la mañana, cuando me estaba terminando de ajustar la corbata frente al espejo del baño, fue ella la que sacó el tema.

—¿Tenés un minuto?

—Claro.

—¿Nos podemos sentar?

La verdad era que se me estaba haciendo tarde. Pensé en decírselo y ofrecerle retomar la conversación a la noche, cuando volviese de la facultad, pero el hecho de que me preguntara si podíamos hablar me indicaba que era algo importante.

—Es sencillo lo que te tengo que decir, no te va a tomar mucho tiempo —a pesar de mi mejor esfuerzo, me había visto mirando el teléfono de reojo—. Si te volvés a coger a esa mujer, te pido el divorcio.

—Dolores, yo nunca…

—Si te volvés a coger a esa mujer, te pido el divorcio… y a Gabriel lo vas a ver por videollamadas.

—Dolores, ¿me podés escuchar? ¿Vamos a tener una conversación o vas a hacer un monólogo?

Se quedó callada y lo tomé como una concesión.

—Asumo que lo que sea que estás pensando viene de parte de tu padre, ¿me equivoco?

—¿Acaso importa?

—Sí, importa. Porque es mentira.

—Andrés, ¿vos pensás que soy boluda? ¿Me vas a decir que fue una casualidad que te nombraran como juez en el tribunal en el que

trabaja tu ex?

—No es mi ex y yo no tuve nada que ver con eso. Te estoy diciendo la verdad, no entiendo qué querés.

—Quiero que no me tomés por pelotuda, que no me humilles, que si te querés coger a otra tengas los huevos para decírmelo.

—¿Por qué te importa tanto? En serio, ¿por qué te importa? Supongamos que fuera verdad, que moví los contactos que no tengo para terminar en ese tribunal y que la secretaria del tribunal es mi amante, ¿por qué carajo te importa? ¿Es un tema de imagen? ¿Te preocupa que el resto del mundo del Poder Judicial piense que sos una cornuda? Es eso, ¿no? Todo esto se reduce a cómo te hago quedar frente a los amigos de tu papá, porque, dale, no me vas a decir que yo te importo.

Estaba enojado y había hablado de más. Prácticamente le había confesado mi relación con Martina. La relación que no existía. Aunque, pensé mientras ella, indignada, intentaba articular una respuesta, en su delirio Dolores había dado en el clavo. No tenía nada con Martina, no, pero sí la deseaba. No había hecho nada para terminar en el mismo tribunal que ella, pero tampoco había hecho nada para que me nombrasen en otro lado.

—Me preocupa porque somos una familia.

—¿Qué familia, Dolores? ¿Qué tenemos en común? ¿Qué hacemos juntos, además de comer y discutir?

—¿Es eso? ¿Te querés divorciar? Abogados no vamos a tener que pagar. Sabés que a mi papá lo aman en la justicia de familia, ¿no?

—¿Me estás amenazando?

No me quería divorciar. Éramos una familia. Una familia disfuncional, con un matrimonio que no dormía en cuartos separados porque no le daban las habitaciones, pero que le sacaba provecho a una cama demasiado grande, que apenas intercambiaba las palabras mínimas y necesarias para llevar adelante la convivencia y, a veces, ni eso. Pero también lo teníamos a Gabriel. Y a Gabriel le iba a romper el corazón que nos divorciásemos. Y a mí me iba a doler mucho dejar de convivir con él. Perderme el día a día de su vida, no estar ahí cuando él me necesitara y, sobre todas las cosas, dejarlo con su madre conservadora, que iba a insistirle para que la

acompañara a misa los domingos, en que tenía que respetar a su abuelo y ser disimulado con sus relaciones, además de decirle cualquier cosa acerca de mí.

No, definitivamente no me podía divorciar.

—Llamalo a tu padre. Llamalo y preguntale a quién le escuchó esa historia. No existen esos rumores, Dolores, no tengo nada con Martina, jamás tuve nada con Martina, ni antes de conocerte ni después. Y si no me creés, pedile nombre y apellido de dos personas que estén al tanto del supuesto rumor, a ver si podemos encontrar la fuente.

Salí de casa más tarde de lo habitual y tuve que descartar el plan de caminar las quince cuadras que me separaban del tribunal. Me subí al primer taxi que encontré y empecé a mirar el teléfono.

Un mensaje de Fernanda, diciéndome que mis dos colegas habían adherido al voto en Jiménez, la tentativa de femicidio, que ya le fijaban fecha de lectura del veredicto. Once años era un número razonable, dentro de los márgenes nunca del todo exactos de la mensuración de la pena, la *caja negra*, como le dicen varios.

Un mensaje de Martina, diciéndome que había intentado hablar con el fiscal por el abreviado de ocho años, el del homicidio del supuesto narco, pero le habían dicho que no la podía atender en ese momento. Era el primer mensaje que me mandaba en la semana, el primero desde la discusión del lunes.

Un mensaje de voz, también de Martina, diciéndome que, si no estaba llegando muy tarde, nos tomásemos un café en el Petit Colón, a unas cuadras de Tribunales. Me lo había mandado cuarenta minutos atrás, así que probablemente ya era tarde e iba a tener que esperar hasta el final del día para saber lo que me iba a comentar. De todos modos, le escribí: *Recién me subí al taxi, en diez minutos llego, si todavía te sirve estoy. ¿El Petit Colón no es muy público?*

En el momento en el que apreté el botón de enviado pensé en borrar la pregunta final, pero antes de poder hacerlo vi cómo se iluminaba la doble tilde azul, ella debía de tener el teléfono en la mano.

Su respuesta no tardó en aparecer: *No tenemos nada que esconder.*

26.

Fue en uno de esos calurosos días de enero en los que las calles están vacías. Gonzalo y Pedro habían ido a pasar la tarde a la casa de Marcelo, que estrenaba una pileta de lona gigante en el patio de su casa y se había convertido, por primera vez en sus catorce años de existencia, en el chico más popular del barrio.

Más de la mitad del aula estaba ahí, varios con hermanos y algunas de las chicas habían invitado amigas. Resultaba difícil entender cómo podía entrar tanta gente en una pileta que, por más grande que fuera, no dejaba de ser una pileta de lona. Había algún que otro padre también, pero estaban adentro de la casa, refugiándose del sol. Se suponía que miraban a los chicos por la ventana, pero en realidad no les prestaban demasiada atención. Asumían que si pasaba algo que ameritase su intervención lo iban a escuchar desde adentro de la casa. Podría haber sido así, si no hubiesen estado escuchando música o si los gritos de los chicos al divertirse no se parecieran tanto a los que hacían en una emergencia. Cuando se enteraron de lo que estaba sucediendo y salieron a intervenir, el conflicto ya estaba resuelto. Habrá durado, como mucho, unos minutos.

Gonzalo notaba que varios de sus compañeros, los que siempre se habían dedicado a hacer *bullying* pero, hasta el momento, nunca se habían metido con él, se estaban riendo de algo a su costa. Primero pensó que se reían de su estado físico: si bien estaba lejos de poder ser calificado como *gordo*, los chicos a esa edad suelen ser implacables y no sería raro que la mínima panza que exhibía, en contraste con los abdómenes planos de sus amigos, fuera motivo de burla.

Pero el tema era otro. Sin sospechar lo que pasaba, le preguntó a Marcelo si sabía de qué se estaban riendo y el miedo que vio en sus

ojos fue la primera señal de que algo andaba mal. Mientras intentaba descifrar qué era lo que el amigo no se animaba a decirle, escuchó que uno de los chicos le decía a otro, con las palabras entrecortadas por la risa: *Por favor, háganlo de nuevo.*

Se dio vuelta en el instante en el que la representación estaba teniendo lugar. Matías, un muchacho flacucho que más de una vez había sido objeto de la crueldad de sus compañeros, estaba en uno de los laterales de la pileta, con los brazos extendidos a los costados en forma de cruz, mientras Julián, uno de los que lo solía acosar, fingía darle cachetazos.

Tardó un instante en entender lo que veía, por un momento pensó que se burlaban de Matías, hasta que entendió que el chico era parte de la broma. Fue apenas lo escuchó decir, entre risas: *Mamá, no me pegues*. Vio también a Pedro, que miraba la escena con la cabeza gacha, como si no fuera la primera vez que era testigo del espectáculo.

Podría haber ido contra cualquiera de los dos, y tal vez lo pensó por un momento, pero todavía tenía fresca la mirada de culpa de su amigo. Se dio vuelta, lo miró con todo el odio que puede acumular un chico de catorce años y le dio una piña en el rostro, la única parte del cuerpo de Marcelo que asomaba fuera del agua. Los chicos se empezaron a amontonar a su alrededor y, antes de que Marcelo pudiera reaccionar al golpe, le tiró del pelo hacia atrás y le sumergió la cabeza dentro del agua.

No sé cuánto tardaron los demás en entender que había una posibilidad de que Marcelo se asfixiara. Mi única fuente de esta historia es él, que no estaba en condiciones de medir el tiempo con exactitud. Lo único que me pudo decir es que nunca se había sentido tan cerca de la muerte como esa tarde de enero.

Finalmente, alguien tuvo que haber gritado lo suficiente como para que Gonzalo tomara dimensión de lo que estaba haciendo y soltase la cabeza del amigo, que ya casi estaba inhalando agua.

Los adultos se escandalizaron y Gonzalo no hizo intentos de justificarse. Se limitó a salir de la pileta, frotarse un poco con la toalla y ponerse la ropa sobre el cuerpo todavía mojado. Luego salió

de la casa y se quedó en la esquina esperando a que su hermano lo siguiera.

Caminaron las tres cuadras que separaban la casa de Marcelo de la suya sin pronunciar una palabra. Para ser más precisos, caminaron solo dos, porque al doblar en la esquina de su calle distinguieron al patrullero estacionado en su vereda y empezaron a correr.

27.

Habían pasado veinte años desde la última vez que nos habíamos encontrado solos en un bar, así que no era extraño que me invadiese una suerte de nerviosismo adolescente al cruzar la puerta del Petit Colón. El contraste entre el ambiente informal y desestructurado de Mitos y el lujo anacrónico del café de Tribunales ayudaba a crear una sensación de irrealidad. El Petit, desde que abría a las siete y media de la mañana hasta eso de las cinco de la tarde, tenía como clientela habitual a jueces, fiscales y abogados. Estos últimos solían elegirlo como sede para entrevistas con clientes a los que querían impresionar, saludando a todo el mundo y mostrando cómo se movían en el ambiente. Las pocas veces que había entrado, siempre me había llamado la atención que, teniendo la categoría de Bar Notable, no luciera en la fachada la fecha en la que había abierto sus puertas. De una mirada rápida a la ambientación, que emulaba a la del teatro al que le debía el nombre, con grandes arañas de techo, tapizados bordó y dorado que resplandecían al contacto con la mezcla de luz natural y artificial y sillas de madera que parecían sacadas de una tienda de muebles antiguos, uno diría que el lugar tenía como mínimo un siglo. Pero en realidad había sido abierto en 1973 y el ambiente clásico no era más que un efecto para atraer turistas.

La única manera en la que pude contestar al mensaje de Martina fue con un signo de pregunta. La alternativa, decirle que aunque no tuviésemos nada que esconder reunirnos en el bar más concurrido de la zona no era una buena idea, era demasiado densa como para transmitirla por mensaje.

Su respuesta fue que nos viéramos en el subsuelo, que ella iba a estar esperando ahí. No era una mala idea, el subsuelo del Petit casi siempre estaba vacío a esa hora, y era lo bastante amplio como para

poder sentarnos lejos de cualquier otro cliente. Además, si alguien más se tomaba la molestia de bajar las escaleras cuando había mesas desocupadas en el salón principal era porque también quería privacidad, así que era poco probable que reparara en nosotros. Por último, Martina no dejaba de ser la secretaria de mi tribunal, bien podíamos estar en una reunión de trabajo.

Enumeraba razones para estar tranquilo, pero no lo estaba. Repasé escenarios hipotéticos con las peores situaciones imaginables, como encontrarme a mi suegro charlando con el grupo de dinosaurios que tenía como amigos, y estuve a punto de decirle que lo dejáramos para otro día, pero la curiosidad, y no solo la curiosidad, fue más fuerte que la cautela.

No me encontré con nadie conocido al recorrer los metros que separaban la entrada del bar de las escaleras que llevaban al subsuelo. Estaba tan nervioso, caminando con la cabeza gacha, intentando no hacer contacto visual con nadie, que estuve a punto de colisionar con un mozo que llevaba en la bandeja un plato de ñoquis con salsa rosa. Mientras me veía a mí mismo con la camisa, el ambo y la corbata embadurnados en la salsa, pensé que había perdido la noción del tiempo, pero descarté la idea con un vistazo al reloj del teléfono y seguí caminando, prestando más atención al recorrido.

Al bajar no vi a Martina por ningún lado. Tuve tiempo de imaginar que se había arrepentido o, peor, que se había cruzado con alguno de mis colegas del tribunal en el subsuelo, antes de distinguir su brazo delgado asomándose para hacer señas, como saliendo de la pared. Ahí advertí que el salón, que parecía un rectángulo perfecto, tenía una extensión casi invisible al final, que no se visualizaba si uno no sabía de antemano que estaba ahí.

—Pensé en pedirte algo, pero tenía miedo de que se te enfriara.

Martina estaba terminando un café negro. Al escuchar su voz entendí que estaba nerviosa, que ese tono amistoso y liviano de sus mensajes había sido artificial.

—No te preocupes, tomo un café después, en el despacho, Martina…

—Vamos al grano, ¿no?

Sí, tenía ganas de gritar, vayamos al grano antes de encontrarnos con alguien. Pero ella ya la estaba pasando mal y no quería empeorar la situación, aunque no terminaba de entender por qué me había propuesto que nos encontráramos ahí. De todos modos, algo debió leer en mi cara, porque a continuación dijo:

—Lo bueno de este lugar es que es muy poco probable que nos vea alguien; lo malo es que si esa posibilidad se llega a dar, no hay explicación posible.

—Estamos en una reunión de trabajo —dije, no muy convencido, para intentar tranquilizarla.

—Claro, en horario laboral, solos y fuera del tribunal. Suerte vendiéndole eso a alguien.

—Fue idea tuya encontrarnos acá, Martina, *no tengo nada que esconder*…

—Sí, sí, soy una boluda, qué querés que te diga. Pero es verdad, no tenemos nada que esconder.

—Y sin embargo nos escondemos.

—Bueno, ¿vamos al grano?

—Vamos al grano.

—¿Cómo está la situación con Dolores?

—¿De eso querías hablar?

—Entre otras cosas, ¿cómo está la situación con Dolores?

—Horrible, como siempre, pero no por los motivos que pensás, no tiene nada que ver con vos.

—Bueno —dijo con cautela, no supe distinguir si en su tono había alivio o decepción—, te adelantaste a mi segunda pregunta. Pero ¿horrible? ¿No estás exagerando un poco?

—La lengua castellana no tiene un término adecuado para describir mi relación con Dolores. Es una serie interminable de discusiones sin sentido, tensiones por los motivos más inocuos y una frialdad que notan hasta los vecinos.

—Eso de la lengua castellana es un cliché tremendo, Andrés, ¿por qué hablás así?

—No sé, no lo pensé, ¿por qué te molesta?

—Suena a impostura, a discurso preparado, aparte me da lástima que hables así de tu esposa.

—¿Querés que te mienta?

—¿Y por qué no te divorciás, si la estás pasando tan mal? No me digas que le seguís teniendo miedo al dinosaurio.

—Nunca le tuve miedo —le dije, intentando sonar convencido—. Es por Gabriel, Martina, porque no me puedo sacar de la cabeza la idea de que divorciarme de ella también es divorciarme de él, dejar de verlo todos los días, perder la cotidianeidad.

—No te lo tomes a mal, pero Gabriel no es un nene ya. No le va a hacer feliz que se divorcien, capaz que al principio sufre un poco, pero lo va a superar. Hoy en día todo el mundo se divorcia, seguro que muchos de sus compañeros tienen padres divorciados.

—Mmm, no, de su curso, no.

—Ay, no me digas que lo mandan a una de esas escuelas.

—Fue un tema de discusión en su momento, yo tenía bastantes prejuicios, pero el nivel académico es muy bueno; igual, Martina, no me llamaste para hablar de la educación de Gabriel.

—Pero —insistió, ignorando mi último comentario— ¿cómo se llevan con el tema de su sexualidad?

—No es un tema todavía. Él no está listo para compartirlo con todo el mundo.

—Pero capaz que no se siente listo justamente porque no tiene un ambiente que lo aliente. Vos sabés que en algunas de esas escuelas los docentes son homofóbicos y les enseñan a los chicos…

—En esta no —dije, algo cortante. Me irritaba la tendencia de Martina a querer resolver la vida de todo el mundo—. ¿O te pensás que mandaría a mi hijo a un lugar en el que lo hacen sufrir?

—Perdón —me dijo, algo afectada y se llevó la taza vacía a la boca.

—Perdoname a mí. Vengo con una mala racha y no estoy del mejor humor. La respuesta a lo que me preguntaste —agregué, buscando volver a encarrilar la discusión— es que no me divorcio porque siento que Gabriel no va a ser feliz viviendo solo con su madre y porque sé que ella lo va a usar como botín de guerra.

—¿Justicia de familia y esas cosas?

—Sí, y el padre todavía tiene sus redes de influencia.

—¿Y ella?

—¿Ella qué?

—¿Ella por qué no se quiere divorciar?

—Qué se yo, Martina, por costumbre, por las apariencias, porque el divorcio todavía es mala palabra en su entorno.

—Mmm —murmuró, no muy convencida—. ¿No será que ella sí te ama?

—¿A dónde va esta conversación?

—No sé.

Esperé un poco, para ver si se decidía a decirme lo que fuera que me quería decir, y por un momento creí que iba a agregar algo más, pero al final se quedó callada.

—Martina, ¿en qué pensabas cuando me dijiste que nos encontrásemos?

Otra vez la taza vacía a la boca. Era un tic que no le conocía, como si se olvidara a cada minuto que ya se había tomado el café y solo lo recordara cuando la ausencia del líquido golpeaba sus labios.

—No sé, no sé, no lo tenía tan claro, supongo que me irritaba esa distancia que venimos manteniendo. Extraño la rutina del café matutino en tu despacho.

—¿Y por qué no me dijiste de retomar la costumbre, en lugar de encontrarnos acá? ¿Es por el tema de los rumores? —no necesité que me respondiese—. Martina, olvidate de eso. En serio te lo digo. Ya lo hablé con Dolores, los rumores no existen. Siempre le costó aceptar que justo me haya tocado este tribunal de los cinco que estaban disponibles.

—Así que le pediste a Juan que te sacara fotocopias del caso Rojas —dijo, cambiando abruptamente de tema—. ¿Qué te pasa con ese caso?

—Me da curiosidad.

—Y ¿descubriste algo leyendo el expediente? ¿Algo que quieras compartir?

Mi plan original había sido reservarme para mí la investigación, pero tenía dos buenos motivos para contarle a Martina lo que había descubierto: uno era el ansia de compartir la intriga que me generaba el caso con alguien; el otro, claramente más importante, era tener un tema interesante en común para poder olvidarnos por

un rato de las conspiraciones de mi suegro. Así que le terminé haciendo un resumen de lo que había descubierto hasta el momento, de mis dudas acerca de cómo seguir y del pequeño registro escrito que había empezado a llevar.

—Tenés que guardarlo bajo siete llaves. Imaginate que se llega a filtrar que estás investigando el caso por tu cuenta antes del juicio. Tendrías tu primer jurado de enjuiciamiento antes de cumplir el año en la magistratura.

—No creo que llegue tan lejos.

—Si te manejás con cuidado, no. Ojo con esos apuntes nomás. Y ojo con Juan también, que es menos boludo de lo que aparenta.

—¿Te contó él que le pedí las fotocopias?

—No, no, lo vi haciéndolas y le pregunté por qué perdía tiempo fotocopiando una causa que ni siquiera tenía fecha de debate fijada, cuando tenemos varias que están más avanzadas. Ahí entró en pánico y me dijo que vos se lo habías pedido.

—Ajá…

—También me dijo que creía que *alguien* se había confundido, porque esa causa en realidad le pertenecía a la vocalía de la doctora Tavares, que te había tocado como primer voto por error. No estaba muy seguro de si comentártelo o no, viste el miedo que les tiene a los jueces. Yo le dije que se olvidara del tema, que a vos no te iba a molestar y que cualquier cosa yo me hacía cargo.

—Yo no quiero que te tengas que hacer cargo de nada por mi culpa y menos por una tontería como esta. Igual me parece que estoy en un callejón sin salida, ya me leí el expediente entero y no encontré ningún dato que sugiera cuál pudo ser el motivo.

—¿Y vos estás convencido de que hay un motivo?

—Convencidísimo.

—Bueno, capaz que en el juicio descubrís algo.

—Lo dudo, vos sabés cómo son los juicios. Los policías van a repetir lo que declararon en la instrucción y el tipo se va a limitar a quedarse callado o a hacerse cargo de nuevo del hecho. Y yo estoy convencido de que hay algo más acá.

—Y bueno, esperarás que termine el juicio y muchos años después lo incluís en un libro de los casos célebres en los que te

tocó intervenir, como el alemán ese que leías siempre cuando cursábamos.

Hablamos un rato más, hasta que asumimos que era peligroso seguir demorando la llegada al tribunal. Ya eran casi las diez de la mañana y nuestra coordinación en llegar tarde podía despertar sospechas. Le dije que saliera primero, que yo me iba a pedir un café y al rato la seguía.

—Es un poco raro, ¿no? —me dijo con una media sonrisa cuando se levantaba.

—¿Qué? —le dije, aunque intuía lo que me iba a decir.

—Que es raro que te haya tocado justo este tribunal. ¿Nunca lo pensaste?

—Más de una vez le di vueltas al asunto, pero siempre se lo termino adjudicando a la suerte.

—De todos los tribunales del mundo, justo tuviste que venir a este.

Me miró con los ojos castaños bien abiertos, casi sin pestañear. Al principio me dejó un poco perplejo, pero al instante entendí que estaba esperando una confesión.

—Vos no pensarás que lo hice a propósito.

—Yo no pienso nada. ¿Lo hiciste a propósito?

—Claro que no, Martina, mirá si iba querer complicarme así la vida.

Todavía no había terminado la oración cuando caí en la cuenta de que no era la respuesta que esperaba y que, de alguna manera, ese último comentario la había lastimado. Al principio pensé que era apenas la decepción de que no hubiera elegido su tribunal, una idea que, tratándose de Martina, era irrazonable, pero al momento entendí que había algo más en su mirada, algo que, si la intuición no me fallaba, se parecía al reproche.

Se lo iba a preguntar, pero ella ya se había dado vuelta y se alejaba con pasos apresurados hacia la escalera.

28.

Cuando superé, o creí haber superado, esa faceta de mi perenne crisis matrimonial, empecé a invertir cada vez más horas en la redacción del informe sobre Rojas. Algunas veces lo repasaba en horario laboral, pero la mayor parte del trabajo lo hacía por las tardes, cuando todos o casi todos se habían ido del tribunal.

Era esperable que mis cada vez más asiduas llegadas tarde a casa fueran un nuevo foco de conflicto con Dolores, pero no pareció darse cuenta de mis nuevos horarios y las veces que intenté ensayar una justificación ella se limitaba a asentir y seguía con lo que estuviese haciendo. Creer que confiaba en mí sería pecar de iluso; simplemente se había visto obligada a disimular su desconfianza después del papelón que había pasado por los rumores. Ella nunca me lo admitió, pero la forma abrupta en la que había abandonado el tema, sumada a cierta frialdad en el trato con el padre, me permitieron deducir que lo había confrontado, pidiéndole precisiones sobre los supuestos rumores, y que la respuesta del viejo no la había dejado conforme.

Una semana después del encuentro con Martina en el Petit Colón tuve que admitir que había terminado de extraer toda la información que el expediente me podía proporcionar y me planteé seriamente olvidarme de Rojas y Cruz, al menos hasta el momento del juicio. A las cuatro de la tarde, cuando Fernanda ya se había ido y yo estaba en condiciones de dar la jornada laboral por terminada, decidí que no tenía sentido seguir perdiendo el tiempo releyendo las copias del expediente y, en cambio, guardé los papeles y llamé al interno de Martina, para confirmar que siguiera en su despacho.

—Justo estaba a punto de llamarte.

—Ah, ¿sí? —le dije, algo intrigado. Casi todas nuestras conversaciones telefónicas se originaban de mi lado de la línea.

—Sí, sí, pero es una tontería. Me contagiaste la curiosidad por el caso de Rojas y me puse a buscar en internet.

—Me encanta que te hayas sumado al culto, pero yo justo estoy a punto de apostatar. En internet no hay nada relevante, solo las mismas dos o tres notas copiadas en distintos medios.

—¿Sabías que la gente de nuestra generación se divide entre los que son alfabetos y los que no respecto a las tecnologías?

—¿Me estás diciendo analfabeto? —le pregunté, divertido. Que Martina volviera a su grado de acidez habitual era la mejor señal de que nuestra relación se empezaba a normalizar.

—Analfabeto digital. La cosa es que estuve buceando un poco en *Reddit*. ¿Sabés lo que es *Reddit*?

—¿Tiene algo que ver con la *dark web*?

—Me estás cargando. Tenés que pedirle a Gabriel que te ilustre un poco. Igual no importa —dijo, antes de que pudiera contestarle —. *Reddit* es un foro, donde alguien propone un tema o hace una pregunta y todos los miembros pueden participar. Dentro de ese foro se arman subforos temáticos.

—¿Cine, literatura, fútbol?

—Sí, pero también pornografía, muertes violentas y, acá viene lo interesante, casos no resueltos.

—¿Y eso es legal?

—Son páginas con servidores en Estados Unidos, así que no es un tema que nos competa demasiado. Igual sí, en principio tienen que subir contenido legal. Hay moderadores que cumplen la función de controlar que todo el contenido se ajuste a las normas del sitio; si no se elimina y si hay evidencias de que se está cometiendo un delito, se lo denuncia. La cuestión es que hay un subforo dedicado a casos no resueltos en Argentina y, dentro de ese, varios hilos sobre nuestro amigo Rojas.

—Jodeme.

—Epa, su señoría. ¿Se te escapó?

—Dale, Martina, contame.

—Fijate en el celu, que te mandé algunas notas. ¿Sabés usar el modo incógnito?

—Sí, sí, me enseñó Gabriel.

—Bueno, metete así por las dudas.

El primer *link* que me pasó Martina llevaba a un posteo titulado CASO ROJAS ¿POR QUÉ LA MATÓ? firmado por una tal Juana_432:

> *¿Alguien más está siguiendo el caso Rojas? ¿No les parece raro que el tipo haya confesado así como así y después se niegue a decir nada más? Y ¿por qué la mató? Estoy segura de que están escondiendo algo o encubriendo a alguien. Bueno, eso, no estoy segura de que el tema pertenezca a este foro, pero porfa no me lo eliminen.*

Mi primera sorpresa fue ver el número de respuestas: había más de setenta, pero la mayor parte era de gente que le decía que ese foro era para casos no resueltos y les pedía a los moderadores que eliminaran el posteo. No lograba entender muy bien por qué toda esa obsesión con el orden de los foros, pero lo interesante era que Juana_432 les respondía a los que pedían que le eliminaran el posteo argumentando por qué no era un caso resuelto.

> *¿Que la policía haya detenido a alguien cierra el caso? ¿Para ustedes Steven Avery tampoco pertenecería a este foro? En lugar de obsesionarse con las reglas de Reddit por qué no me responden esto: si el tipo la eligió al azar, como ustedes creen, ¿por qué ella no le pidió ayuda a nadie en la estación?*

A ese mensaje le seguían varios indignados explicando que no todas las víctimas reaccionaban igual, junto a más pedidos a los moderadores de que eliminaran el posteo. Cuando parecía que Juana_432 se iba a quedar sola, apareció un tal Cristian_r983 señalando el mismo dato que me había obsesionado a mí:

> *¿Por qué le sonríe al tipo? ¿Vieron la sonrisa? Yo estoy con Juana, acá pasa algo raro. Nadie le sonríe así a un*

loco que te encara por la calle.

Juana, entusiasmada por el apoyo, agregaba:

Y no da un paso atrás, se queda al lado de las vías con un extraño que le grita. Todo muy raro.

A partir de ahí los mensajes indignados por la ubicación del posteo iban mermando hasta desaparecer, al tiempo que se sumaban nuevos interesados en el caso. Hasta ese momento, sin embargo, no lograba encontrar nada que ameritara el entusiasmo de Martina, solo la típica discusión entre aficionados a las novelas policiales y a las series y pódcast sobre crímenes verdaderos. Estaba seguro de que más adelante empezaría a encontrarme con teorías más disparatadas. Me detuve a pensar en que compartir intereses con ese tipo de gente podía ser un signo de poca salud mental y que tal vez fuera eso lo que quería ilustrarme Martina.

Al pasar a la página siguiente, la primera respuesta que encontré, otra vez de Juana_432, era un primer plano del rostro de Cruz, bastante pixelado pero con una calidad mejor de lo que había visto hasta el momento. Tardé en entender que era la imagen de su rostro antes de ser empujada a las vías: se le veía el pelo cano, que todavía conservaba parte de su negro original, los ojos bien abiertos y la mirada fija en un punto hacia su izquierda, las cejas levemente arqueadas y una sonrisa que, sin lugar a dudas, era de burla. El texto bajo la foto decía:

ESTA ES LA CARA DE ALGUIEN QUE ESTÁ POR SER ARROJADO A LAS VÍAS???

Marqué el interno de Martina.

—¿Por dónde vas?

—Por la imagen de la sonrisa, ¿es real?

—Claro que es real. Bah, no sé, deber ser real. Se lo discuten bastante, pero la chica dice que lo hizo su primo, con un *software*

que trabaja con inteligencia artificial y ahí se mete un tocayo tuyo a explicarle que es el mismo proceso que usan los televisores modernos para mejorar la calidad de imagen, *uppscalling* se llama. Igual, Andrés, cortá con ese hilo y entrá al segundo *link*.

Pensé en no hacerle caso y seguir con el resto de los mensajes. Pero después de cuatro o cinco respuestas en las que debatían tecnicismos incomprensibles sobre el procesamiento de imágenes, no me pude contener y entré al segundo *link*, que me dirigió a un posteo ubicado en un subforo dedicado al caso Rojas. Por lo que pude ver después, el interés por el tema había aumentado bastante una vez que se aceptó que la imagen mejorada de la sonrisa de Cruz no era un *fake*. A tal punto había crecido la cosa que ya nadie se refería al tema como *caso Rojas*, sino que tanto el título del subforo como todos sus comentarios aludían a *El caso de la sonrisa*. El mensaje en cuestión era de Juana_432 y decía:

> *ESTUVIMOS SIGUIENDO LA PISTA DE LA FAMILIA Y ENCONTRAMOS UNA COINCIDENCIA MUY CREEPY!!!*

Debajo, había una foto de un pequeño recorte de diario sobre el suicidio de una mujer de cuarenta y cuatro años, que se había arrojado a las vías del tren Roca en la estación de Remedios de Escalada, dejando a dos hijos a cargo del padre, que vivía en España.

29.

Alicia Berro se suicidó una tarde de enero, en la estación de trenes de Remedios de Escalada. Curiosamente, en los meses previos a su muerte todo el mundo la había comenzado a notar de mejor humor e incluso hay quienes creyeron que había logrado dejar de tomar, o por lo menos controlar y disimular el consumo, tal vez reservándolo, como al comienzo, a las noches en su habitación. Nadie se explicaba cómo empezó esta supuesta mejoría, ni por qué terminó de una manera tan abrupta.

La forma que eligió para suicidarse, su simetría con el homicidio que Gonzalo cometería años después, me hizo creer, una vez más, que estaba al borde de alguna revelación. Pero no encontré nada en la muerte de Alicia ni en los hechos que la precedieron que pudiera explicar esa otra muerte. La elección del lugar también me desconcertó. Alicia y sus hijos vivían a metros de la estación de Banfield, por lo que resultaba extraño que se tomara la molestia de ir hasta una estación más lejana.

Faltó al trabajo sin avisar y pasó el día sola en su casa. No habló con nadie ni dejó ninguna nota que pudiese dar contexto a su decisión. No era la primera vez que lo intentaba: entre tantas amenazas hechas a Gonzalo hubo una o dos situaciones en las que estuvo cerca de la muerte y solo se salvó por la intervención del hijo y unos lavados de estómago. Esta vez se aseguró de que el hijo no estuviera. Habían ido los dos a pasar el domingo a la casa de Marcelo para el estreno de la pileta, y cambió las pastillas por un método más efectivo. Se tomó un remís hasta la estación. El conductor se presentó unos días después ante la justicia para declarar, al leer la noticia en los diarios locales, pero no había percibido ningún signo de lo que Alicia estaba a punto de hacer. Lo único que le llamó la atención, como al resto de los testigos, fue que

su pasajera estuviera vestida con un tapado negro con solapas que desentonaba con los casi cuarenta grados de sensación térmica que abatían la ciudad. Pensó en hacerle algún comentario, pero la seriedad en la expresión de la mujer le hizo pensar que estaba de luto, así que, luego de intercambiar los buenos días de rigor y escuchar que se dirigía a la estación, hizo el resto del viaje sin pronunciar otra palabra más que un buenas tardes de despedida, que ella no le correspondió.

Por lo que se pudo reconstruir después, a partir de las declaraciones testimoniales de los empleados del ferrocarril, Alicia estuvo esperando cerca de una hora en la estación, sentada sola en un banco, observando con atención cada tren que se acercaba, como si esperase que alguien la salvara a último momento. Una de las mujeres a cargo de la venta de boletos comentó que pasó tanto tiempo ahí esperando que ella y las compañeras empezaron a llamarla Penélope, haciendo alusión a la vieja canción de Serrat. Minutos después de las tres de la tarde, Alicia vio venir un tren más, se levantó del banco todavía envuelta en su tapado negro y fue a esperarlo en el andén.

Nadie vio el momento exacto en el que cayó. La vendedora de boletos dijo que le llamó la atención que estuviera tan cerca de las vías y hasta pensó en acercarse, pero dejó de verla por un instante, mientras le daba el vuelto a una vieja impaciente, y cuando volvió a levantar la vista, Alicia había desaparecido. Ni siquiera el maquinista, que tenía el triste registro de cinco suicidios en sus veinte años de conductor, entendió lo que pasaba hasta que sintió el impacto. Solo llegó a ver una sombra que se le cruzaba y luego nada, la estación había quedado atrás para el momento en que llegó a accionar los frenos. La parada de Remedios de Escalada era, y seguro sigue siendo, una de las que tiene menos afluencia de pasajeros, por lo que los trenes semirrápidos la atraviesan sin disminuir la velocidad y solo se detienen en Banfield. ¿Fue una decisión impulsiva? La elección cuidada del método indicaría que no, pero el hecho de que no hubiera planificado qué hacer con los hijos, con las terribles consecuencias que eso tuvo para sus vidas, parecería señalar que tampoco lo pensó con tanta antelación, aunque la cuestión no es

clara. Esa falta de previsión puede ser indicio de una decisión no meditada, pero también puede serlo de un desinterés respecto a la suerte de sus descendientes. ¿Los suicidas suelen interesarse por lo que les va a pasar a los hijos? Sin caer en el cliché de la autoaniquilación como acto de egoísmo, resulta extraño pensar que Alicia haya estado desinteresada de lo que les iba a pasar a Gonzalo y a Pedro luego del fin de su vida.

Una hipótesis, algo más caritativa, es que confió en que Mario se iba a hacer cargo de sus hijos. Tal vez incluso haya pensado, como le dijo a Gonzalo varias veces, que una vez que ella saliera de escena su padre y su hipotética, pero probable, nueva pareja podrían instalarse en la casa y formar una familia feliz.

30.

Reconstruir la historia de la madre de Gonzalo Rojas fue relativamente fácil. Después de leer la noticia de su muerte en el foro, Martina habló con una amiga en el archivo, que le pudo rescatar el expediente que se había abierto luego del suicidio. Al principio me opuse, pensando en que a la chica le iba a llamar la atención ese pedido informal, un viernes por la tarde, de un expediente que llevaba archivado dos décadas, pero Martina me dijo que confiara en ella, que la amiga no iba a hacer preguntas, y tuvo razón. Media hora después teníamos un juego de copias escaneadas de las treinta fojas que contenían la investigación por el suicidio de Alicia Rojas.

Eran casi las seis de la tarde y seguíamos en mi despacho, leyendo ese expediente vetusto que se debía haber salvado de la incineración por un error administrativo. Pensé en llamar a casa para avisar que iba a llegar más tarde de lo habitual, pero me di cuenta de que no era buena idea. Solo pensaba en hacerlo porque estaba con Martina; varias veces había llegado más tarde sin dar justificación alguna y Dolores tampoco me había preguntado nada, no había motivos para hacer algo distinto.

Al único al que le iba a tener que dar explicaciones, si no me apuraba, era a Gabriel, que estaba bastante entusiasmado con una película alemana que le habían recomendado.

La historia de Alicia abría un millón de posibilidades sobre el caso, pero ninguna explicación concreta. La policía había entrevistado a algunos amigos y a compañeros de trabajo, y todos contaron, con más o menos detalle, la misma historia: Mario, el padre de Gonzalo y Pedro, los había abandonado a los tres para irse a España con otra mujer y nunca más volvió. Alicia había empezado a beber; si bien nunca tuvo problemas en su trabajo como contadora

en una pequeña cadena de venta de electrodomésticos, con el paso del tiempo los indicios de la bebida eran obvios para cualquiera que hablara más de cinco minutos con ella. La única excepción a su buena conducta fueron tres semanas en las que, sin previo aviso, se ausentó de la oficina, pero la cuestión se resolvió con una charla entre ella y el jefe, quien, al ser interrogado, afirmó que apenas si recordaba el incidente, y cuando regresó al estudio parecía estar recuperada: dejó de llegar con aliento a alcohol y les dijo a todos sus compañeros que estaba dejando atrás el problema. Estuvo así un mes o un mes y medio hasta que, de un día para el otro, se tiró a las vías del tren. La mayoría repetía que le había sorprendido la muerte, porque en los últimos tiempos Alicia parecía estar mejor que nunca.

Cuando terminamos de leer el expediente, volvimos a ocuparnos, sin muchas expectativas, del blog. Lo que había parecido una mina de oro terminó siendo un conjunto caótico de teorías y datos inconexos. A medida que más gente se sumaba al caso, más se dispersaba la información y menos sentido parecía tener seguir perdiendo el tiempo en la página.

—Vos te das cuenta de que la mayor parte de lo que se escribe acá es un delirio, ¿no? —me preguntó Martina, levantando la vista de su notebook—. Justo estoy leyendo a un muchacho que cree que Cruz trabajaba para la SIDE.

Los dos nos reímos y nuestros ojos se encontraron por un momento. Yo estaba sentado en mi sillón de siempre y ella, en la silla de enfrente, con la mesa interponiéndose entre los dos. Sentí la tentación de sentarme en el sofá grande que tenía en el despacho, invitándola de manera tácita a que se acercara, pero me contuve. Devolví la vista a la pantalla, aunque me quedé con la sensación de que ella me seguía mirando.

—Hay algunos que trabajarían bien en una fiscalía, pero sí, son los menos.

—A Juana le pediría un currículum.

—Sin lugar a dudas. Les falta un poco de dirección, pero la energía que le ponen es tremenda. Deben tener mucho tiempo libre.

—Tienen pinta de ser adolescentes. ¿Te acordás de lo que era esa época? El tiempo era otra cosa.

Otra vez esa mirada. O yo me estaba equivocando o ahí estaba pasando algo.

—Yo estoy con teorías más convencionales —le dije, intentando romper la tensión— que dicen que Gonzalo era adoptado y Cruz era la verdadera madre, que era la amante del padre, que los dos tenían un romance a escondidas.

—Ojo que sacando la primera las otras dos tampoco son tan descabelladas.

—Ninguna es descabellada, pero me inclino por la segunda. No puede ser casualidad que la haya matado así.

—¿En el expediente hay algo?

—Prácticamente nada. En la indagatoria, cuando le preguntan los datos filiatorios, Rojas dice que la madre falleció y al padre no lo ve hace años.

—¿Y si le pego una llamada al fiscal? No puede ser que no hayan averiguado nada sobre la historia del tipo. ¿Te imaginás si resulta que Cruz era la amante del padre? Rojas se la encuentra por casualidad un día, descubre dónde trabaja, la empieza a seguir, se atosiga pensando en que la madre está muerta por su culpa y cuando se lo dice y ella se ríe, la empuja abajo del subte. ¡O que estaban enamorados! Imaginate si eran pareja, se veían a escondidas y ella lo dejó de un día para el otro.

Me lo imaginaba, y lo que me venía a la cabeza era que nos estábamos metiendo en un territorio peligroso. Si llegásemos a descubrir que Gonzalo y Lucía tenían una relación sentimental, tendríamos un dato vital para la fiscalía, porque un homicidio cometido en el marco de una relación de pareja era mucho más grave que un homicidio simple.

—Lo del fiscal descartalo. ¿Qué le vas a decir, aparte?

La sonrisa una vez más. Me la imaginaba llamándolo al fiscal para felicitarlo por la prolijidad de la investigación e intentando sacarle algún dato.

—Hola, sí, ¿hablo con el doctor Basualdo? —dijo, impostando un tono de adolescente ingenua—, sí, soy periodista del diario *La*

Nación y estoy haciendo un reportaje sobre el caso de Gonzalo Rojas. ¿Le molesta si le hago unas preguntas?

Mientras me reía, algo preocupado, me asaltó la idea de invitarla a tomar algo y seguir discutiendo el caso. Pero salir del territorio seguro de mi despacho, o siquiera jugar con la idea de hacerlo, era dar un paso para el que todavía no me encontraba listo.

31.

Mario Rojas se enteró de la situación en la que se encontraban sus hijos semanas después de la muerte de Alicia. En esos días había estado planificando la mejor forma de pedir el divorcio para poder casarse con Florencia Perales, una mujer que había conocido el mismo año en que llegó a España, después de que su relación con Graciela Estévez, la exnovia de la adolescencia por la que había dejado a su familia, y con la que había creído redescubrir el amor, terminara abruptamente.

Mario y Graciela llegaron a España ilusionados con empezar una vida en común que hasta el momento había sido inalcanzable. Se habían separado por primera vez a los diecisiete años, después de un noviazgo corto pero intenso en el que, por los miedos de ella y la falta de experiencia de él, no habían logrado perder la virginidad. Se reencontraron en un banco, mientras él esperaba el turno para terminar de cerrar el crédito hipotecario con el que comprarían la casa de la que luego escaparía y, después de un café para rememorar los viejos tiempos, comenzaron una relación de encuentros esporádicos, a escondidas de sus respectivas parejas, en los que saldaron la cuenta pendiente.

Cuando finalmente tomaron el valor de dejar a sus familias, Graciela sin dudarlo y Mario después de muchas idas y vueltas, viajaron a España convencidos de que por fin iban a empezar esa vida en común que por tanto tiempo habían postergado. En cambio, el estrés de alquilar en una ciudad en la que no tenían tantos conocidos como creían, un departamento muy pequeño que los obligaba a estar demasiado cerca y el cúmulo de hábitos que traían, y que hasta el momento habían logrado disimular, acabaron con su relación en menos de tres meses. Graciela decidió volver con los suyos, contactó a su marido para pedirle que la perdonase y el

hombre, que se había quedado solo con tres hijos, no dudó en aceptarla de vuelta.

No sabemos si en ese momento Mario se planteó volver a Argentina, ya fuera para reencauzar la relación con su esposa, algo que parece poco probable, o para reconstruir el vínculo con sus hijos. Tal vez lo hubiera hecho si no fuera porque menos de dos meses después de terminar con el que, creía, había sido el amor de su vida, conoció a Florencia, la mujer con la que se casó, tuvo una hija, y con quien, al momento de escribir esto, todavía vive.

La noticia del suicidio de Alicia llegó cuando Mara, su hija, no había cumplido el primer mes. Florencia, lejos del estereotipo de madrastra rencorosa, le ordenó a su esposo que se tomara el primer avión a Argentina y fuera a buscar a sus hijos, insistiendo en que iban a ser bien recibidos en el departamento que compartían. Pero el departamento era chico, Mara era una recién nacida y la relación con Florencia, que era lo mejor que le había pasado en su vida, tampoco tenía mucho tiempo, por lo que Mario pisó el aeropuerto de Ezeiza sin tener en claro cómo iba a reorganizar su vida. No podía dejar de pensar que el suicidio de Alicia había sido una última injuria; que, incapaz de seguir amargándole la vida de cualquier otro modo, había buscado la forma de arruinársela a la distancia y que él, en fin, no tenía la culpa de que las cosas hubiesen terminado así.

Para hacer todo más difícil, Gonzalo y Pedro, que habían pasado dos semanas de incertidumbre mientras las autoridades intentaban establecer contacto con Mario y habían llegado a asumir la posibilidad de terminar institucionalizados, no querían tener ningún contacto con el hombre que los había abandonado.

Cuando el escenario de que ambos quedaran a cargo del Estado empezó a cobrar peso, Roberto, el hermano de Alicia, un soltero de cuarenta y pocos años, dueño de un taller de reparación de máquinas montadoras de cajas de cartón corrugado, que no se hablaba con su hermana y que apenas había visto a los hijos en los últimos años, resolvió hacerse cargo de los dos y, de paso, abandonar el galpón que alquilaba hacía años y mudarse a la casa familiar.

Cuando Mario tocó el timbre de su casa, pensó que habían sufrido una usurpación, porque el hombre que se asomó le pareció un desconocido. Habían pasado diez años desde que había visto por última vez a Roberto, y este había engordado muchísimo. Roberto, en cambio, reconoció a su cuñado al momento y lo que hizo fue, sin dirigirle la palabra, darse la vuelta y volver a entrar a la casa. Los dos mantenían un rencor absurdo que se arrastraba de la época en que eran adolescentes y Roberto lo atormentaba por salir con su hermana.

A los pocos minutos, cuando Mario estaba evaluando si seguía tocando el timbre o intentaba llamar a la policía, la puerta se volvió a abrir y apareció Gonzalo. Habían pasado casi dos años desde la última vez que se habían visto. Fuera por la muerte de su madre, por el tiempo que pasó lidiando con su alcoholismo o por la responsabilidad de cuidar a su hermano, Gonzalo había crecido de manera abrupta. Mientras lo veía acercarse a la puerta, con la cabeza baja y sin hacer contacto visual, notó que hasta su forma de caminar era distinta, sus pasos eran seguros y decididos.

—Gonza, ¿cómo estás? —le dijo, arrepintiéndose al momento de esa pregunta innecesaria.

—¿Qué querés? —le respondió, sin levantar la vista.

—¿Me vas a abrir, hijo?

—¿Qué querés?

—Por lo pronto quiero entrar a nuestra casa.

—Esta no es más tu casa. Vos vivís en España —le respondió, al tiempo que lo miraba a los ojos por primera y última vez, con una frialdad que no le conocía.

Mientras Mario, descolocado, intentaba articular una respuesta, Gonzalo se dio vuelta y, haciendo oídos sordos a los gritos de su padre, entró en la casa y cerró la puerta.

32.

No quiero que parezca que le estoy echando la culpa ni mucho menos, pero el paso decisivo para hundirme en este pantano lo di a causa de Martina. No sé si me hubiera animado, por mi cuenta, a hacer la mitad de lo que hice si no fuera por ese sutil pero contundente primer paso que ella dio por mí.

Era un martes por la tarde y yo me preparaba para ir a la facultad a dar clases. No venía siendo el mejor de mis días, porque había tenido un encontronazo con mis colegas por el caso del juicio abreviado, en el que fiscal y defensa habían acordado no hacer el juicio y cerrar el caso por un monto de pena mayor al que la ley autorizaba. Había creído que Pietro Costa y Tavares iban a coincidir conmigo en mantener una postura inflexible y obligar a todas las partes a hacer el juicio, pero los dos me adelantaron que iban a votar por convalidar el acuerdo y hasta parecían decepcionados de que yo no compartiera su criterio.

Martina, que había presenciado la discusión, me hizo señas cuando salíamos para que mirase el teléfono. Habíamos empezado a comunicarnos por ese medio de manera asidua, a veces solo para saludarnos y otras para hacer algún comentario a costa de alguno de mis colegas. *No te amargues, te tengo que contar algo de nuestro amigo en común. ¿Café por la tarde en tu despacho?*, me había escrito. *Me encantaría, pero tengo que dar clases. ¿Me adelantás la novedad?,* le contesté. *¿Por qué no faltás? ¿Tu relatora estrella no te puede cubrir?,* insistió. *Imposible. ¿Me vas a adelantar algo?*

De vez en cuando, me imaginaba a Dolores leyendo nuestras conversaciones, todo el espectro de gestos de asco que podía exhibir ante esos chistes inocuos. Por suerte, había aprendido a borrar los mensajes apenas los contestaba.

Me encerré en el despacho a darle vueltas al tema que había discutido con mis colegas. Miguel Ponce, un chico de veintidós años con antecedentes por venta de drogas, había aparecido muerto en Retiro, a metros de la entrada a la villa 31. Un colectivero vio el momento en el que un hombre en una moto lo ejecutaba de un disparo en el pecho y llamó a la policía, dando una descripción bastante precisa del aspecto físico, la vestimenta del agresor y la patente de la moto. No fue necesario buscarlo mucho, había varios efectivos en la zona que en minutos recorrieron los pasillos y lo encontraron, bastante alcoholizado, intentando salir de debajo de la moto; había perdido el control a doscientos metros del lugar del homicidio. Se llamaba Alberto Bastianini, tenía veinte años y una causa en trámite por tenencia de estupefacientes para comercialización.

No entendía por qué nadie, ni Fernanda ni Martina ni mis colegas, coincidía conmigo en el caso. Repasé una vez más los argumentos. Que la defensa quisiera abreviar el caso no era nada sorprendente. Si en el juicio se llegaba a probar que el homicidio había sido por encargo o para ocultar otro delito, Bastianini iba a terminar con perpetua. Con ese abreviado, en seis años podría pedir la libertad condicional. Y, sin embargo, ese era un tema del fiscal; si a él le parecía que ocho años eran la pena ajustada al caso, las dudas que yo como juez pudiera tener eran un tema que me tenía que reservar. Pero acá el problema era otro. Había un límite de las penas que se podían pactar y ese límite no había sido establecido porque sí.

Miré el teléfono para ver si Martina me había escrito, pero no tenía notificaciones. No me contuve y la llamé.

—Ya que no me querés compartir lo que descubriste, ¿podés venir a hablar un rato sobre el abreviado?

—¿Sabés que estaba a punto de llamarte? Tus colegas me sugirieron que conversara con vos, parece que no están muy contentos de que vayas a escribir tu disidencia.

—¿Y?

—Y que un poco tienen razón. No me gusta llevarte la contra, pero ¿no te parece que estás creando un problema en donde no lo

hay?

—¿Y si el muchacho no fue?

—Yo sé que vos sos un purista en temas de no indagar en el expediente antes del juicio —me dijo, burlona—, pero esto es un juicio abreviado, así que lo podés hacer sin cargo de conciencia. El colectivero lo describió a la perfección, está identificado con las cámaras, se ve la secuencia exacta en la que hace el disparo y se le encontró el arma homicida en la mochila. Es él, no hay misterio.

—¿Y si quieren abreviar para encubrir a alguien? ¿Si el chico hizo el crimen por encargo y no quieren que en el juicio se vaya de boca? ¿Y si el abogado representa otros intereses? Tanto él como la víctima tenían antecedentes por comercio con estupefacientes.

—Sí, sí, la cosa tiene mucho color a crimen narco.

—¿Y entonces? —le pregunté, impaciente. La sensación de ser la única persona que veía algo evidente me resultaba irritante—. El abogado ¿es caro?

—Sí, es del estudio Sierra-Vital, tienen sede en Puerto Madero.

—¿Y lo defienden *pro bono*? —le pregunté con ironía.

—Qué sé yo, no es un tema nuestro, Andrés. ¿Qué querés hacer? ¿Decir que el crimen es parte de un delito complejo de drogas, buscar vínculos con alguna organización de la zona y mandarlo a la justicia federal? ¿Sacarle testimonios al abogado por encubrimiento? Te lo van a devolver todo en dos minutos y van a tener razón, porque lo único que tenés son especulaciones. Te vas a comer un papelón.

—Yo no voy a homologar ese acuerdo, que ellos hagan lo que quieran.

—Lo que usted diga —me respondió ella, dudando de si agregar algo más o no.

—Y una cosa más, ya que ellos van a condenar por abreviado, hay que fijar la audiencia de conocimiento. Andá avisándoles que yo voy a interrogarlo bastante acerca de la libertad con la que firmó ese acuerdo, así después no se sorprenden.

Estaba decepcionada. Le hubiera gustado convencerme, sentir que tomaba en cuenta su punto de vista.

—Hagamos algo —le dije, convenciéndome de que no lo hacía solo para que ella se sintiera bien—, voy a esperar a la audiencia para preparar mi primer voto. Si me convenzo de que el chico firmó ese acuerdo con total libertad y que no están escondiendo nada, lo homologo.

—¿Se lo puedo transmitir a tus colegas? —me preguntó y pude intuir que había recuperado la sonrisa.

—Claro, pero aclarales que todavía no tengo ninguna decisión tomada, que voy a esperar y escuchar antes de decidir.

Le iba a preguntar si me podía adelantar lo que había descubierto sobre el caso de Rojas, pero la puerta estaba entreabierta y era probable que Fernanda, del otro lado, estuviera escuchando la conversación, así que colgué sin decir nada y empecé a teclear un mensaje. Me esperaba otra respuesta irónica, pero después de un *Martina está escribiendo…* que se me antojó eterno, pude leer: *La fiscalía investigó bastante, se entrevistaron por teléfono con todo el entorno, pero como no encontraron nada no lo volcaron en el legajo. El padre tuvo dos mujeres, una por la que dejó a la familia y otra con la que se casó y tuvo una hija, ambas identificadas, ninguna es nuestra víctima. El hermano se fue a vivir a España con la familia paterna, nuestro imputado se quedó acá.*

Mientras digería la información, vi de nuevo el aviso de que Martina estaba escribiendo: *Adjunto pdf con transcripciones de los interrogatorios en off.* A continuación llegó el archivo, que descargué inmediatamente, y luego un mensaje más: *Quémese después de leerse.*

33.

Mario hizo dos o tres intentos por reconectar con los hijos, pero siempre tuvo el mismo resultado.

Además de presentarse en la casa, los fue a buscar al colegio, pero los hermanos salieron junto a sus respectivos grupos de amigos e ignoraron los llamados del padre. Varios de los chicos que acompañaban a sus hijos lo miraron con esas caras de desprecio típicas de la edad. Mario hizo cálculos en el aire: Gonzalo y sus amigos debían rondar los quince; el grupo de Pedro tenía entre once y doce años.

Mario intentó hablar con la directora y con algunas de las docentes, pero no tardó en entender que su impopularidad rebalsaba el círculo de los chicos. Todos conocían la triste historia de Alicia: cómo él la había abandonado y la había dejado sola, agonizando de a poco hasta que, al final, se tiró abajo del tren. La muerte había convertido a su mujer en un personaje trágico y a él en el tipo desconsiderado que se había ido del país sin pensar en lo que iba a ser de su familia. Mario pensó en intentar explicarles a algunas docentes que las cosas no eran tan así, que su matrimonio había entrado en crisis mucho tiempo antes de que él abandonara el barco, pero se daba cuenta de que sus explicaciones no iban a convencer a nadie. Aun si le creían que su mujer era una persona con la que la vida era insalubre, eso empeoraba el que hubiese dejado a sus hijos viviendo con ella, abandonándolos. Y ahora Alicia estaba muerta, los chicos lo odiaban y todo el mundo creía que él era la peor persona sobre la faz de la Tierra. En cierto modo se lo esperaba.

Lo que no vio venir fueron los rumores de que había regresado solo para quedarse con la casa. Se preguntó de dónde podía haber salido esa historia, si era una deducción de lo que había pasado o si

alguien conscientemente lo había dicho, pero no logró que nadie revelara las fuentes. Quiso pensar que no eran sus propios hijos los que estaban diciendo eso, pero no podía estar del todo seguro. Sus sospechas apuntaban a Roberto, eran cosas que alguien como él podía pensar. Incluso si los chicos eran los que esparcían el rumor, seguro era porque la idea se las había impuesto él.

Pensó en acudir a la policía, pedir que desalojasen a ese hombre de su casa, pero sabía que era una mala idea. Aun en el caso de que consiguiera que lo sacaran, lo único que iba a lograr era empeorar la situación. Gonzalo y Pedro nunca le iban a perdonar que interfiriera de esa manera en sus vidas, no después de su ausencia.

Terminó asumiendo que sus hijos no lo iban a aceptar de nuevo en sus vidas y se mintió a sí mismo diciendo que lo que todos necesitaban era tiempo. Encaró el viaje al aeropuerto de Ezeiza resignado. Florencia había insistido en que podía tomarse los días que necesitara, que ella y Mara estaban muy bien, y que ya iban a tener toda una vida para estar juntos. Pero Mario estaba convencido de que su presencia en Buenos Aires no servía a ningún propósito. Pensó que haber aparecido así de repente había sido un error, que tenía que trazar una estrategia más cuidadosa, con llamados telefónicos a larga distancia, tal vez volver a Buenos Aires cuando la herida estuviera cicatrizada.

Cuando el avión empezó a carretear, Mario sintió que estaba en un momento decisivo en su vida. Miraba por la ventana, nervioso, preguntándose si habría alguna forma de detener el avión y quedarse en Buenos Aires, de sacar a Roberto del medio, de lograr reconstruir el vínculo con sus hijos, de que lo perdonasen y sus vidas volviesen a ser como eran, antes del abandono, el alcohol y la muerte. Todavía cavilaba acerca de su destino cuando el avión empezó a acelerar. Al sentir los sacudones que producía la rueda al raspar el asfalto, recuperó la tranquilidad que había perdido al subirse al avión y se dijo que todo iba a estar bien, que a la distancia estos años no iban a ser más que un traspié, una época triste pero olvidada. Cuando el avión comenzó el despegue, el sentimiento de ingravidez le confirmó que había tomado la decisión correcta. A partir de ese momento tenía que concentrarse en

convencer a Gonzalo y a Pedro de que se viniesen a vivir a España. Ahí podría vender la casa, y si lograba convencer a Florencia de vender también la suya, con el dinero de las dos operaciones podían comprarse algún lugar lo suficientemente grande para vivir los cinco, otra vez como familia.

Cerró los ojos y se adormeció con el movimiento del avión, convencido de que, al final, todo iba a salir bien.

34.

No fue algo planificado.

El archivo que me había enviado Martina contenía una serie de grabaciones de llamadas telefónicas con sus respectivas transcripciones y estaba repleto de información sobre la vida de Gonzalo. Me conecté los auriculares al teléfono y empecé a escuchar los interrogatorios, convencido de que por fin encontraría la clave que estaba buscando. Al terminar el primero, una conversación con una maestra que había llamado a la fiscalía por su propia cuenta, me choqué con la irritante falta de interés del empleado que había llevado a cabo las entrevistas. Cada vez que veía asomar el hilo de una historia interesante o de una posible explicación, le imploraba en silencio que lo advirtiera y profundizara sobre el tema, pero solo se limitaba a hacer el mismo cuestionario, una y otra vez, y era completamente indiferente a lo que sus interlocutores respondían:

¿Conocía a Cruz/Rojas? Dependiendo de si la persona con la que hablaba era un allegado de la víctima o del victimario.

¿Algún evento en la vida de Cruz/Rojas que pueda explicar lo que pasó? Ahí los pocos conocidos más recientes de Rojas respondían que no, que era un tipo reservado y no sabían mucho sobre su pasado, mientras que el resto hacía alusión al incidente de la madre. Los allegados de Cruz contestaban invariablemente que no.

¿Cruz/Rojas le mencionó algo que pudiera esclarecer lo que sucedió? No. Nada. A nadie. Nunca.

¿Algún otro dato que pudiera ser relevante para la investigación? No en el caso de Cruz. Algo en el de Rojas, pero casi todo era especulación acerca de la muerte de la madre y sus consecuencias. Podía haber algo enterrado ahí, que hubiera salido a la luz con un interrogatorio incisivo, pero el entrevistador se limitaba a hacer esas

cuatro preguntas con una monotonía en la voz que me resultaba exasperante.

Me preguntaba qué tendría que haber escuchado para despertar de su letargo, qué era lo que buscaba en las entrevistas, si era que buscaba algo más que cumplir con una orden que nunca comprendió del todo. Casi lo podía ver revisando las redes sociales en el teléfono mientras simulaba escuchar, sin tomar dimensión del drama que tenía entre manos y que dejaba escurrir distraídamente. Llegué a odiar a ese empleado anónimo.

Pero la información estaba ahí. Si hay algo que se puede decir en su favor es que, sin advertirlo, la pasividad con la que había enfrentado los testimonios había ayudado a que la gente se explayara sobre la vida de Rojas. Había mucho material en bruto, entrevistas con su mejor amigo de la adolescencia, con el padre y el hermano y hasta con algunos compañeros del estudio contable en el que trabajaba la víctima, pero ninguna respuesta a la pregunta con la que había empezado mi interés por el caso.

Y entonces, sin previo aviso, se produjo la sinapsis.

No puedo explicar con detalles el proceso intelectual que me llevó a concebir la idea, solo arriesgar algunas claves sin las cuales no se me hubiese podido ocurrir: sin la frustración de leer interrogatorios mal hechos; sin las noches que pasé leyendo entradas especulativas sobre el caso en internet, pero, sobre todo, sin el chiste de Martina acerca de cómo le podía sacar información al fiscal; era probable que esa tarde hubiese terminado yendo a la universidad a dar clases y, tarde o temprano, me habría olvidado del caso. Lo que sucedió, en cambio, fue que, en una de mis irritaciones con el interrogador anónimo de la fiscalía, durante una entrevista telefónica con la profesora que parecía desesperada por hablar, como si estuviera esperando una mínima muestra de interés para explayarse, la idea de ¿cómo no le pidió que le contara algo más?, se convirtió en ¿cómo puedo hacer para preguntarle algo más? Y para esa pregunta, gracias a Martina, ya tenía una respuesta preparada.

Empecé esa tarde. Le pedí a Fernanda que me cubriese con la clase porque no me sentía bien del estómago; ella pareció

sorprendida y hasta preocupada, yo nunca le había pedido algo así sin anticipación y probablemente no se sintiera lista para dar una clase casi sin prepararla, pero yo no tenía dudas de que lo iba a hacer bien.

Seguí escuchando entrevistas hasta que todos, Martina incluida, abandonaron el tribunal, pero me costaba mucho concentrarme. Me dije que podía hacer una única llamada, a una señora a la que se le notaba la necesidad de hablar. Sabía que era algo estúpido, pero estaba convencido de que era una estupidez inocua.

Me presenté como policía, pero al momento me arrepentí. Si por algún motivo ella intentaba volver a contactarse con ese oficial tan simpático que la había interrogado sobre la infancia de Rojas, podía llegar a encender alguna alarma. Si algún policía o, peor aún, un miembro de la fiscalía se llegaba a enterar de que había alguien fingiendo ser de una fuerza de seguridad para interrogar testigos, había una posibilidad relevante de que consideraran que valía la pena rastrear el origen de esa llamada.

Mientras escuchaba a la señora explayarse acerca de la conducta de Gonzalo antes y después de la muerte de la madre, me dije que sería más cauto que me presentase como periodista, de un medio real o inventado. Y ahí, antes siquiera de que la mujer empezara a alimentar, todavía más, mi interés por el caso, me di cuenta de que ya había decidido que esa llamada no iba a ser la última.

35.

No hay mucho para decir sobre la vida de Gonzalo luego de la muerte de su madre. Salvo por los coletazos de ese suicidio y un par de episodios puntuales, su vida entró en una extensa meseta, de la que solo saldría veinte años después, el día en que decidió viajar a microcentro, sentarse dos horas en el banco de una plaza, seguir por unas cuadras a Lucía Cruz y arrojarla a las vías del subte.

El año en que su madre murió, Gonzalo abandonó la secundaria. Su rendimiento tuvo una caída abrupta y, a pesar de que varios de sus profesores estaban predispuestos a ser contemplativos con él, las hojas en blanco que entregaba en cada examen no daban mucho margen para la benevolencia. Lo poco que se puede saber acerca de esos veinte años surge de las entrevistas que le realizaron al hacer su legajo de identidad personal en el penal de Marcos Paz. Al hablar con el psicólogo del penal, Gonzalo se mostró locuaz acerca de esa etapa de su vida, como si esa parte de su historia fuera inocua y, por lo tanto, pudiera hablar de ella con tranquilidad.

Nunca volvió a tener contacto con su padre. Mario se comunicó por teléfono una y otra vez, pero jamás logró que Gonzalo lo dejara articular más de una palabra antes de cortar. Su hermano, en cambio, volvió a entablar relación, al comienzo con conversaciones telefónicas llenas de monosílabos, pero que, gracias a la insistencia, se volvieron cada vez más profundas y asiduas, hasta que, apenas un año después, Pedro aceptó una invitación de su padre y su mujer para pasar las fiestas con ellos y conocer a su media hermana. A comienzos de enero, cuando Gonzalo esperaba su regreso, recibió una llamada en la que su hermano le decía que había decidido quedarse en España, que le encantaría que fuera también pero que entendía si quería quedarse allá. Gonzalo sintió que su padre hablaba por la boca de su hermano y, después de un par de

negativas distantes, agregó a Pedro a la lista de personas que, por un motivo o por el otro, habían desaparecido de su vida. Lo último que supo de la vida de su hermano fue que se recibió de abogado en España, que estaba casado con una española y que le iba bastante bien.

Al dejar la secundaria, empezó a trabajar en el taller de su tío, en jornadas que empezaban a la madrugada y terminaban, pausa para el almuerzo y la siesta mediante, cuando anochecía, hasta una tarde, tres años después, en que vio a Roberto morir de un infarto mientras ponían a secar unas piezas que habían pintado con aerosol. Si bien Gonzalo se había esforzado por aprender el oficio, alcanzaron unas semanas al frente para que entendiese que no estaba hecho para ese tipo de negocio, que no se entendía con los proveedores ni con las empresas para las que trabajaba, así que decidió vender el taller que su tío, sin herederos, le había legado y usar el dinero para montar un negocio vinculado a la única pasión que había desarrollado en sus veinte años de vida: compró un videoclub que también funcionaba como kiosco.

El negocio funcionó bien por unos años, hasta que internet, la piratería y luego el *streaming* devoraron el mercado. Si hubiera sido menos obstinado, en sus propias palabras, podría haberse desecho del videoclub cuando todavía había gente ilusa que creyese en la rentabilidad de ese tipo de negocio. En cambio, para el momento en el que aceptó que el modelo era obsoleto, ya no había nadie interesado en comprar los miles de videocasetes y DVD que había acumulado con los años.

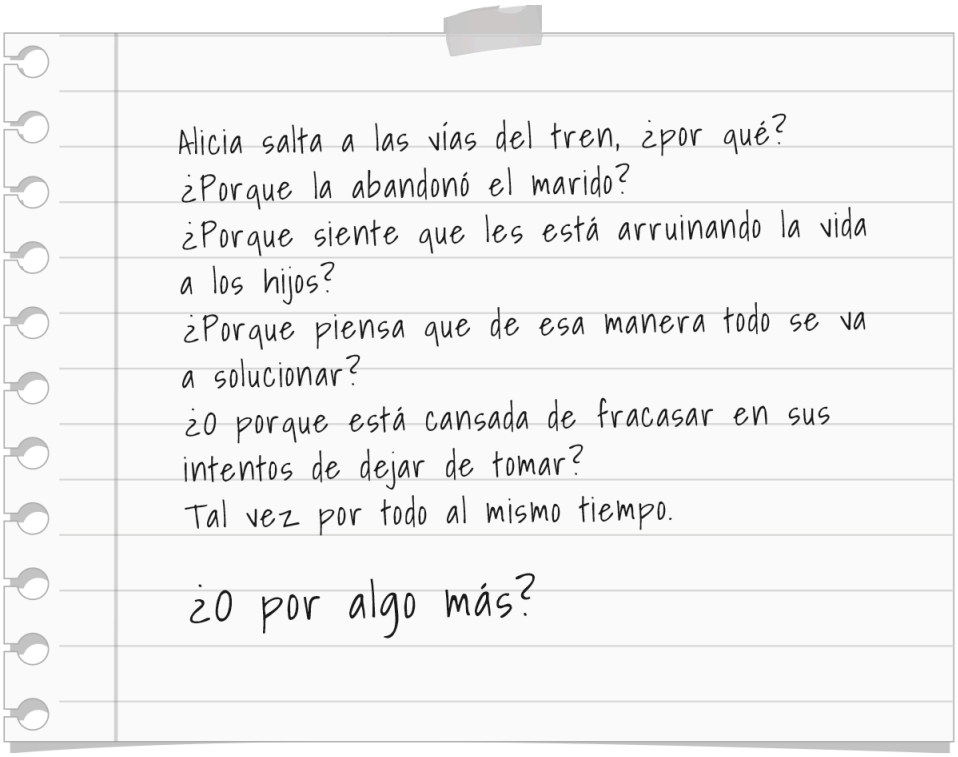
Gonzalo no tuvo mejor idea que reconvertir el negocio en una especie de cibercafé. Intentó mantener viva la chispa del amor al cine ofreciendo descuentos para los que fueran a ver películas en sus computadoras. Para que la cosa funcionara, invirtió una suma considerable para comprar buenos monitores y montar cabinas que pudieran bloquear la luz del exterior, con la idea de reconstruir algo de la magia del cine con la comodidad y las posibilidades que ofrecía internet. La idea nunca funcionó del todo y la mayoría de sus clientes fueron adolescentes que buscaban un lugar seguro donde ver pornografía y jugar al *Counter Strike*. Al principio pensó en

oponerse, instalar filtros, y buscar una nueva forma de publicitar sus cabinas de cine individuales, pero no tardó en darse cuenta de que se había metido en otro barco a medio hundir y que la democratización de internet iba a terminar por volverlo, una vez más, obsoleto.

Este último fracaso les dio un golpe a sus finanzas del que no se pudo recuperar y terminó vendiendo las computadoras que había adquirido a un precio muy inferior al que valían. Pensó en intentar reinventarse una vez más, pero el valor que pudo sacar por el local, luego de pagar las deudas que lo habían empezado a asfixiar, apenas le alcanzó para comprarse un Peugeot 206 con el que consiguió trabajo en una remisería cercana a su casa de Banfield, donde todavía vivía. El resto de los años que lo separan del comienzo del caso que lo tiene como protagonista los pasó así, llevando gente de un lado para el otro.

En algún momento pensé que podría haber algo en esos veinte años que explicara el crimen, pero no tardé en descartar la idea. Dos razones me convencieron: por un lado, si el vínculo que los uniera fuera más o menos reciente, alguien lo tendría que haber descubierto. Segundo, y más importante, porque la simetría entre la muerte de la madre y la de Lucía no podía ser una casualidad. Lo que sea que hubiera motivado a Gonzalo tenía que estar conectado con ese domingo tórrido en el que su madre se suicidó.

Escribí en un papel, que todavía conservo y al que no puedo mirar sin sentirme un ingenuo, algunas hipótesis.



Sus compañeros de trabajo decían que un tiempo antes del suicidio la habían visto mejor que nunca y que hasta creían que estaba sobria. ¿Eran excusas por no haberse preocupado por la persona con la que compartían ocho horas todos los días? ¿O realmente la habían visto mejor? Y, en ese caso, ¿había sido un engaño? ¿Había decidido suicidarse y sentía esa calma que, dicen, acompaña la decisión de acabar con todo? ¿O había mejorado lo suficiente como para dejar la bebida y luego algo hizo que todo se desmoronara?

Tenía que haber algo más, porque ninguno de los motivos conocidos explicaba por qué su hijo, veinte años después, decidió arrojar a una mujer, ¡que tenía la misma edad que tendría su madre!, a las vías del subterráneo.

36.

Las llamadas telefónicas marcaron un antes y un después en el espiral descendente que me llevó a esta situación. Fue, podría decirse, el primero de los actos imperdonables que cometí.

Por un lado, llamar a testigos que en un futuro tendrían que declarar ante mí, hacerme pasar por policía o periodista y obtener información que no había sido incorporada al expediente fue incurrir en una falta grave, que podría haber sido suficiente para poner mi cargo al filo del abismo, aunque terminó pareciendo una nimiedad en el contexto de todo lo demás; pero sobre todo porque, debido a su ilegalidad, fue la acción que me aisló de todo mi contexto, incluida Martina. Contarle que había estado interrogando testigos, fingiendo ser de la prensa, implicaba ponerla en una situación en la que podría incurrir en una falta seria tan solo por no denunciarme. Y además de ponerla en una encrucijada profesional, sabía que se iba a sentir responsable por mis actos. Ella me había ayudado a quedarme con la causa que le tocaba a uno de mis colegas, había hablado con sus contactos en la fiscalía para conseguirme las declaraciones y había descubierto la página de donde obtuve el dato del suicidio de la madre de Gonzalo. Todas acciones inofensivas, por supuesto, pero que sacadas de contexto podrían dejarla muy mal parada. Hasta la idea de fingir ser otro para obtener información había venido de ella, aun si jamás se hubiera imaginado lo que su broma podía desencadenar.

Así que a partir del momento en el que marqué el último dígito del teléfono de la profesora de Rojas, el primero de los innumerables llamados que hice, supe que la investigación tenía que convertirse en mi *hobby* privado. Tomar la decisión fue fácil, el problema fue ponerla en práctica.

Mi relación con Martina estaba en un momento muy bueno y, en ese nuevo nivel de intimidad que empezábamos a construir, después de tantos años, me resultaba difícil explicarle de manera convincente por qué había perdido repentinamente todo interés en el caso. La mejor solución que encontré fue mantener ante ella la curiosidad, pero en el nivel superficial en el que nos habíamos manejado hasta el momento. Era mentirle, y no me agradaba, pero gran parte de nuestra proximidad se había edificado sobre el caso Rojas, así que no tuve otra alternativa. Aunque había un obstáculo: lo que estaba descubriendo era tan interesante que necesitaba compartirlo con alguien. ¿Qué sentido tenían las notas que escribía por las noches si no las podía compartir con nadie? ¿Lo hacía porque sí, sin preocuparme por si alguien alguna vez leería lo que estaba escribiendo? Era la respuesta que me daba a mí mismo, porque sonaba bien y convertía lo que estaba haciendo en un pasatiempo inofensivo, pero era una forma, bastante sofisticada, de autoengaño.

¿Qué planeaba hacer entonces? ¿Dejar pasar el tiempo y, décadas después, cuando el caso ya fuera historia pasada, publicarlas en el estilo de Ferdinand von Schirach, cambiando lo que fuera necesario para preservar el anonimato de los involucrados? Algo así, probablemente. Solo que no me conformaba con guardar los datos crudos de mi investigación para un futuro indeterminado. Lo que necesitaba era compartir con alguien lo que iba descubriendo. Y como cualquier intento de hacerlo iba a terminar mal, tuve que conformarme con la escritura, que era una manera, potencial, de comunicación. Y así empecé a darles a mis apuntes desordenados una forma que se parecía, cada vez más, a la de una obra de ficción.

Eso fue lo que me llevó a dar mi segundo paso en dirección al abismo.

Segunda parte
La investigación

1.

Entre los muchos motivos que alimentaban mi irritación, el asunto de la carne sobresalía.

Tenía en el plato un pedazo de bife de chorizo, sellado por fuera y crudo por dentro, y cada vez que lo pinchaba me sentía Norman Bates acuchillando a Marion. Era cuestión de que el metal atravesara la costra tostada de la carne para que el rojo saliera a chorros e inundara el plato. Y lo peor de todo era que el punto era perfecto; se podían decir muchas cosas de mi suegro, pero nunca conocí a nadie que tuviera tanta mano con la parrilla. En otras circunstancias, estaría comiendo encantado, pero no me podía sacar de la cabeza la idea de que el viejo había pensado el menú, con abundancia de achuras y ni siquiera una ensalada o papas fritas como acompañamiento, para atormentarlo a Gabriel. Cada vez que iba a cortar un pedazo de carne, porque no comer sería abrir otro frente de batalla, lo miraba sin pensarlo, intentando ver cómo llevaba la situación. Hasta ese momento no había tocado el plato, pero el viejo, que estaba dando un extenso monólogo acerca de la decadencia de la Facultad de Derecho y hacía comparaciones con los años que había enseñado en Alemania y las diferencias en el nivel de exigencia entre ambas facultades, no parecía darse cuenta. Como Dolores era la única que le prestaba atención, él también se concentraba en ella como interlocutora, lo que nos daba a nosotros algo de aire para intercambiar miradas de fastidio.

Y eso que el hombre no tenía forma de saber que el nieto estaba por dar el paso definitivo hacia el vegetarianismo. Gabriel jamás se lo habría compartido, pero era probable que lo sospechara. Tal vez había visto cómo siempre elegía menús vegetarianos cuando salíamos todos a comer, o cómo se ausentaba de los asados, y había llegado a la conclusión de que el niño había sido captado por esa

extraña secta de adoradores de vacas. El viejo debía creer que el responsable era yo, que había sido siempre demasiado tolerante con las excentricidades de su nieto y que no había sido un modelo masculino correcto.

—¿Así que le gusta el cine? —me había dicho la primera vez que nos vimos, en su despacho, cuando Dolores nos presentó.

—Sí, doctor, ¿a usted también? —había tenido la osadía de responderle. Dolores, mi novia en esa época, ya me había dicho lo suficiente como para saber lo que el hombre podía opinar acerca del arte cinematográfico.

—¿A mí? Yo no tengo tiempo para pavadas, pibe.

Y ahí estábamos, años después, sentados frente a frente en el patio trasero de su casa en Pilar, con su nieto a mi lado y su hija al lado suyo.

—¿Qué te pasa, nene, que no comés? ¿Demasiado jugosa? —dijo, apartando la mirada de Dolores justo en el instante en el que yo, con una forma que creía había sido disimulada, le sugería que le pasara el pedazo de carne a Soler, el viejo Doberman al que al juez amaba más que a cualquiera de nosotros.

—No como carne —le dijo Gabriel, en un tono más desafiante que el que yo hubiera usado.

En ese instante vislumbré la catástrofe. El almuerzo había sido un error y los cuatro lo sabíamos. Pero al viejo cualquier oportunidad para ejercitar su maldad le venía bien, Dolores siempre fue incapaz de llevarle la contra al padre y Gabriel hacía lo que fuera que yo le dijera. El principal responsable de lo que iba a suceder era yo, que no había tenido el valor suficiente para convencer a Dolores de que el asado iba a terminar mal.

Pensé, con mi pesimismo habitual, que el viejo iba a pasar el resto del almuerzo humillando a Gabriel y haciendo chistes sobre vacas, pero se limitó a responder algo así como *mirá vos* y retomó la conversación que venía llevando con su única interlocutora. En ese momento no supe si se estaba guardando los dardos para después, tal vez cuando estuvieran a solas, o si había aceptado que su nieto era un caso perdido.

Una vez desactivada, en apariencia, la alarma de la carne, intenté prestar atención a la letanía de mi suegro sobre las virtudes de la academia extranjera y la decadencia de la local y hasta concederle algún que otro punto, como una forma de agradecerle por no haber confrontado con Gabriel. Pero sus inagotables anécdotas acerca de cada académico que había conocido en el exterior terminaron por vencer cualquier intento de seguirlo y, casi sin darme cuenta, me descubrí pensando en mis próximos pasos a seguir con el caso Rojas. Había hecho uso y abuso de mi falsa identidad como periodista, tomando la precaución de, ante cada llamada, invocar un medio distinto, algunos reales y otros inventados, y en poco más de una semana había agotado la lista de contactos provista en el informe de la fiscalía. Había averiguado mucho, a un punto tal en que pensé por primera vez que el hecho de saber tanto sobre la vida de Gonzalo Rojas podía afectar mi capacidad para juzgar el caso de manera imparcial. De tanto escuchar hablar sobre él a su padre, a los amigos de la madre y, sobre todo, a Marcelo, su mejor amigo de la infancia, sentía que lo conocía a un nivel de intimidad que excedía lo aceptable para el vínculo entre un juez y su imputado. No de forma personal, sino como al protagonista de una larga novela, con el que me estaba empezando a encariñar. El alcoholismo, el suicidio de la madre, el abandono del padre, el *bullying* de los amigos el día de la pileta, todo lo que me habían contado daba vueltas por mi cabeza mientras fingía escuchar a mi suegro hablar de sus discusiones con Jakobs en la universidad de Bonn.

—¿Ya tienen fecha de juicio fijada para el caso del loco ese que tiró a una mujer a las vías del subte?

La pregunta me agarró desprevenido y en mi cara danzaron y se entremezclaron la sorpresa, la vergüenza y la culpa, como si me hubiesen descubierto en el medio de un acto íntimo. Pensé en fingir que no sabía de qué causa hablaba, pero supe que ese camino había sido sepultado bajo los segundos que estaba tardando en dar una respuesta a su pregunta.

—¿Cómo sabe que la causa está en mi tribunal? —le pregunté, absorbiendo un poco de la irreverencia de Gabriel e intentando, sin

muchas esperanzas, dominar la conversación.

—Información pública, Andrés, me extraña. ¿Interesante el caso? Es medio de película, ¿no? Y justo le fue a tocar a usted, que disfruta de *esas cosas*.

El desprecio contenido en esas dos últimas palabras me hizo pensar que el hombre de alguna manera estaba al tanto de mi *hobby* extralaboral, pero al momento asumí que no era más que otra oportunidad para sacar a relucir lo *curioso* de mis intereses.

—Todavía no estoy al tanto de los detalles, más allá de lo que se vio en su momento por la televisión, ¿usted viene siguiendo el caso?

Pensé que tenía el no asegurado y que iba a poder cambiar de tema, pero me dijo:

—Sí, sí, algo. En la radio mencionaron el otro día que la causa estaba en su tribunal. Va a ser su primer juicio mediático, ¿no? Toda una experiencia, ya va a ver.

Y luego de decir eso volvió a mirar a Dolores y, como si se hubiese visto interrumpido muy a su pesar, retomó su monólogo acerca de la excelencia de la academia extranjera. Habló también de los jueces y funcionarios que había conocido, resaltando lo maravillosos y cultos que eran y lo difícil que era acceder a uno de esos cargos. Sabía que aludía a mí, recordándome, en su clásico estilo sutil e indirecto, que si yo podía ser miembro de ese club era solamente porque había contado con su apoyo.

2.

Habíamos quedado demasiado impactados por lo que acabábamos de ver, así que estábamos por dar la noche de películas por terminada. Creo que fue la primera vez en la que pensé que debía tener más cuidado al planear qué ver con Gabriel, pero la idea no tenía mucho sentido porque la película la había elegido él. Desde que habíamos empezado con nuestro ritual de los viernes a la noche, hacía unos tres años, siempre habíamos visto lo que nos interesaba, y no me preocupaba demasiado por que el contenido fuera apto.

Por supuesto que intentaba no elegir nada que pudiera ser traumático o que tuviera escenas de sexo explícitas, no tanto por el efecto que pudiera tener en Gabriel sino por la incomodidad de estar sentado junto a tu hijo viendo a dos personas teniendo relaciones sexuales. También, por supuesto, por la posibilidad de que a Dolores se le ocurriese levantarse de la cama justo durante alguna de esas escenas y tuviésemos que terminar la noche discutiendo la diferencia entre el erotismo en un contexto cinematográfico y la pornografía. Por suerte era raro que eso sucediera, porque una vez que Dolores se había ido a acostar, tenía que ocurrir un milagro para que saliera del cuarto.

La película que habíamos visto era de un director coreano al que nunca había escuchado nombrar. Tenía un comienzo simple: un hombre es detenido por embriaguez, pasa horas en la comisaría hasta que un amigo lo va a buscar. Llueve torrencialmente. El hombre hace una llamada desde una cabina para avisar a su esposa que no va a llegar, le pasa el teléfono al amigo que, sobrio, puede articular una explicación mejor. Cuando el amigo corta, el hombre desaparece. Corte abrupto y nos encontramos con el protagonista encerrado en una habitación, con una cama, un televisor y una falsa

ventana en la que se ve el dibujo de una colina y el cielo. En algún momento se entera en las noticias de que su esposa está muerta y de que él es el principal sospechoso. Pasa años encerrado hasta que, sin previo aviso, despierta en libertad. Un tipo que duerme en la calle le da un teléfono y un sobre con plata, y le dice que alguien le pagó para que se lo entregara. El aparato suena y una voz desconocida le dice que tiene cinco días para descubrir por qué fue secuestrado.

Cuando terminó, tanto Gabriel como yo nos quedamos atontados mirando los créditos.

—¿De dónde sacaste esto? —le pregunté.

—De internet, de una de esas listas de recomendaciones.

—¿Los mejores *plot twist* de la historia del cine?

—Algo así —respondió riendo—, creo que era *Finales que te van a volar la cabeza*.

—Bueno, tenían razón, ese final no me lo vi venir.

—Pero —me preguntó, y supe que estaba dudando de si ya podía mostrarse entusiasmado— ¿es solo sorpresivo o sorpresivo y bien ejecutado? ¿Cómo me dijiste la otra vez? Retrospectivamente previsible.

—Sorpresivo, bien ejecutado y retrospectivamente previsible. Me pareció excelente, Gabi, gran hallazgo. Ahora, todos trastornados, ¿no? Empezando por los guionistas.

—Es la cosa más retorcida que vi en mi vida.

La expresión, y la gravedad con la que la dijo, me hizo sonreír, no tenía tantos años de vida para que sus palabras tuvieran el peso que se les suele asignar.

—Coincido —fue lo único que atiné a decir—. Ahora, si te parece bien, mi película la dejamos para la semana que viene.

Coincidió conmigo, fue a la cocina a rellenar la botella de agua que se llevaba todas las noches a la cama y se acostó, todavía con restos de una sonrisa orgullosa. Yo, sin pensarlo demasiado, fui a la mesa del living, abrí la computadora y me puse a revisar las notas sobre el caso Rojas.

Mientras miraba por enésima vez las transcripciones que había hecho de mis llamados a los testigos, me invadió la sensación de

que estaba pasando de largo algo importante. Volví a leer el documento en el que había trabajado; estaba tan contaminado por las formas de la novela que, si no fuera por la similitud con los hechos y por la coincidencia de los nombres, podría pasar por una obra de ficción. Nacimiento de Rojas. Historia de los padres y el abuelo, que fue jefe del Concejo Deliberante de Lomas de Zamora y desaparecido en la dictadura. Infancia feliz o sin noticias relevantes. Crisis del matrimonio de los padres. Huida del padre a España. Comienzos del alcoholismo de la madre. Incidente del cumpleaños. Agravamiento del alcoholismo. Ausencia de la madre en el trabajo. Recuperación aparente. Suicidio. Aparición del tío. Regreso del padre. Rechazo al padre. Abandono del hermano. Muerte del tío. Sucesión de emprendimientos fracasados. Trabajo de remís. Homicidio de Cruz.

Eran cuarenta años de vida resumidos en menos de ochenta páginas. Era todo lo que había logrado recuperar y era bastante, pero no lo suficiente. Cerré la computadora y fui a la cocina a buscar algo para tomar. Nunca había tenido la costumbre de beber solo, siempre había pensado que cualquier consumo de alcohol no justificado socialmente era una puerta de entrada al alcoholismo. Pero esa noche tenía ganas de tomar algo, con la esperanza de que en el estado de letargo que antecede a la embriaguez pudiese detectar ese detalle que hasta el momento me estaba eludiendo. Me serví un vaso de whisky y me recosté en el sillón a pensar sobre el caso, dejando a las ideas fluir sin demasiado control.

Empezaba a adormecerme y recreaba, sin proponérmelo, varios pasajes de la película que habíamos visto. Pero ahora el hombre encarcelado era yo y Rojas, quien me desafiaba a encontrar el porqué de mi encierro. Me decía, como el antagonista le decía al protagonista en la película, que había algo en su vida que explicaba lo que había sucedido y que no me iba a dejar en paz hasta que lo encontrase. Era un sueño ridículo, ni siquiera calificaba como sueño, porque no estaba dormido del todo.

Y así estaba cuando me interrumpió Dolores, que salió de su habitación sin hacer ruido, probablemente para intentar vislumbrar qué me entretenía a esas horas de la noche.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada —le respondí, mientras ganaba tiempo para inventar algo —. Estaba trabajando en un caso que me tiene medio amargado, un juicio abreviado en el que huelo algo raro.

—Vos siempre les encontrás la vuelta a las cosas, ¿no? Papá dice que sos el tipo de juez que siempre encuentra problemas donde otros no ven nada.

—¡Mirá vos! Qué interesante la opinión del doctor, ¿ya se arrepintió de impulsarme?

—Yo no dije eso. Mi papá lo dice como un elogio, ¿por qué te tomás todo como una ofensa?

—¿Lo escuchaste ayer? Hablando de lo difícil que es ser juez en el extranjero, no como acá, que nombran a cualquiera que tenga el apoyo correcto.

—En lugar de sentirte agraviado, ¿te pusiste a pensar en lo que vos hacés o dejás de hacer? Jamás le agradeciste por el impulso que te dio.

—Claro que le agradecí, fue lo primero que hice cuando me enteré de que había salido el nombramiento.

—Agradecerle con hechos, Andrés. Mostrarle respeto. Te recomendó a un chico para que hicieras entrar como relator y le respondiste con evasivas, y después hiciste entrar a la gorda esa que te sigue en la facultad como un perro.

—Si vas a hablar así, prefiero seguir con mi whisky.

—¿Vas a iniciar una carrera como alcohólico? Andá buscando una buena clínica de rehabilitación, yo no te voy a estar limpiando el vómito. Ah, y cuando tengas tiempo para pensar en algo que no seas vos, tenemos que hablar de Gabriel.

—¿Qué pasa con Gabriel?

—Que se está convirtiendo en un bicho raro.

—¿Bicho raro? ¿Así les dicen a los gays en el siglo en el que viven vos y tu papá?

—Gabriel no es gay, tiene quince años, no tiene idea de nada. Igual no estaba hablando de eso, vos sabés que yo siempre voy a apoyar cualquier cosa que haga a mi hijo feliz.

Eso era cierto, aunque fuera muy a su pesar, lo iba a hacer.

—¿Y entonces?

—Hoy es viernes. ¿Vos sabés que estuvieron haciendo sus amigos esta noche?

—No tengo la más pálida idea, ¿vos sí?

—Sé lo que no estuvieron haciendo: viendo películas chinas con los padres —algo había enganchado de la película entonces.

—La película la eligió él, no sé si lo sabías, y ¿qué tiene de malo que a nuestro hijo le guste el cine?

—El problema no es que le guste el cine. El problema sos vos, es que vos seas su mejor amigo. Vos sos el padre, no sos el amigo, y si seguís así lo vas a convertir en un bicho raro.

—Otra vez con lo del bicho raro. ¿Este discurso es tuyo o de tu papá?

—¿Cómo te pensás que van a reaccionar los amigos cuando sepan que dejó de comer carne? Vos sabés que los chicos pueden ser muy difíciles a esa edad y Gabriel es muy sensible.

—Por culpa mía también, ¿no?

—Vos sabrás.

—No, no lo sé.

—Si estuvieras más interesado en nuestra vida que en la de los demás, te quedaría claro.

Esa última frase me sorprendió y estuve a punto de preguntarle a qué se refería, pero ella ya había desaparecido dentro de nuestra habitación. Pensé en entrar y hablar con ella, intentar por lo menos alcanzar algún tipo de comprensión mutua basada en que los dos queríamos lo mejor para Gabriel. Pero no quería correr el riesgo de revivir las discusiones acerca de Martina, así que me senté un momento en el sillón, cerré los ojos, tomé un trago más de whisky y, mientras los restos de la bebida bajaban por mi garganta, alcancé una especie de iluminación.

Era algo tan evidente que solo podía haber permanecido oculto hasta el momento porque a nadie le había interesado darle suficientes vueltas al asunto. Esas tres semanas que la madre de Rojas se había ausentado del trabajo. Sus compañeros más cercanos me habían dicho que había caído en un pozo tan grande que ella misma se asustó y que eso fue lo que la llevó a intentar dejar la

bebida. Era la misma versión que le habían dado a la policía y nadie la había cuestionado. Podía ser creíble para alguien que no estuviera demasiado compenetrado en la historia de esa mujer, pero conociendo lo que se había hundido, con humillaciones a los hijos y varios intentos de suicidio, la hipótesis de que un día se levantó, se dio cuenta de lo mal que estaba todo y decidió dejar de tomar o reducir el consumo era inverosímil. Y si había logrado mantener con éxito su rutina laboral aun en sus peores momentos, ¿qué la podría haber llevado a faltar por tres semanas sin dar aviso? ¿Y por qué los jefes se lo habían tolerado? La idea no cerraba por ningún lado, pero había otra hipótesis mucho más convincente.

Paradójicamente, le debía el descubrimiento a Dolores.

3.

Al día siguiente, salí temprano de casa y le escribí a Martina para que nos encontráramos en mi despacho a la mañana. Todavía tenía claro que no podía hablarle de mis llamadas extraoficiales, pero nada me impedía compartir una hipótesis basada en los datos que ella me había conseguido.

Mi despacho se encontraba en un anexo del tribunal, conectado con la oficina principal, la de la secretaria y la de los otros dos jueces a través de un pasillo. Era la oficina más chica y la más apartada, y no me sorprendió cuando mis colegas decidieron que era la que me tocaría usar. El derecho de piso se paga en todas las etapas de la vida. Su principal ventaja, diría que única, era su relativa privacidad. Salvo por Fernanda, mi relatora, que ese día tenía licencia por un examen de la maestría que estaba cursando, en mi despacho había una intimidad de la que carecían mis colegas. Hasta el momento no había tenido oportunidad de sacarle partido a mi ubicación, salvo para escuchar música sin molestar a nadie. Pero ese día me iba a permitir hablar tranquilo con Martina, sin preocuparme de lo que pudiera pensar el resto del equipo.

Llegué a las siete y cuarenta de la mañana. Los únicos empleados que estaban en sus puestos eran Juan y Carolina. Los escuché charlando en la mesa de entradas e intenté pasar sin que me vieran. Había algo en las formas de ese chico, el temor reverencial mezclado con una obsecuencia bastante burda, que hacía que su contacto me resultara irritante.

Cuando abrí la puerta del despacho me encontré a Martina sentada en uno de los sillones, releyendo la copia impresa de mi relato del caso que había dejado sobre mi escritorio.

—Sabías que a algunos jueces no les gusta que entren a sus despachos sin permiso, ¿no? —le pregunté, intentando sonar

despreocupado, mientras calculaba cuánto podía haber leído desde que había llegado.

—Tendrías que cerrar con llave, entonces. ¿Qué es esto?

—¿Qué es qué? —le pregunté, sabiendo lo estúpido que sonaba. Necesitaba ganar tiempo y descubrir en qué estaba pensando ella.

—Dale, Andrés, no me jodas. ¿De dónde sacaste la información para escribir esto?

—Es ficción.

—¡Ficción! ¿Me estás diciendo que estás escribiendo una novela sobre un caso que tenés que juzgar? ¿Contando los hechos tal como fueron y sin siquiera cambiar los nombres? ¿Y ese relato, con detalles, del cumpleaños de Rojas? ¿Eso también lo inventaste?

—Martina.

—Pará, pará, Andrés, antes de que me sigas mintiendo. Acá, página cincuenta y cuatro, donde relatás una entrevista con una profesora, ¿por qué te dice oficial?

—Digamos que mi personaje se hace pasar por policía o periodista para entrevistar a los testigos.

—Decime que no hiciste lo que estoy pensando que hiciste.

—Te miento, entonces.

—Andrés, estás completamente loco. ¿Vos te das cuenta del quilombo en el que te podrías haber metido si otra persona leía esto?

—Sí, y por eso mismo no te dije nada. Para no comprometerte.

—Muy considerado de tu parte. ¿Y los sueños? ¿Cómo sabés qué carajo soñó nuestro imputado?

—Me lo contó Marcelo, el amigo. Igual no importa, no sé por qué escribí esas cosas. A medida que avanzaba, me ganó el impulso de ir agregando algunos detalles.

—¿Y descubriste algo? Porque por lo que estoy leyendo hasta acá parece que llegaste a un punto muerto.

Ese fue el momento crítico. El tercer paso hacia el abismo. El punto en el que todavía era posible regresar, confirmarle que había llegado a un callejón sin salida y olvidarme yo también del asunto. Hacer cualquier cosa menos compartir mi entusiasmo.

—Estoy bastante convencido de que la madre estuvo internada en una clínica de rehabilitación.

—Bien, puede ser. Eso explicaría esas semanas de ausencia al trabajo. ¿Y eso a dónde nos lleva?

Escucharla utilizar la primera persona del plural me hizo sentir que el enojo que pudiera haber tenido había quedado de lado, ella estaba tan interesada en el caso como yo. Entonces no pude evitar compartir lo que había descubierto.

—Si ella estuvo tres semanas internada en una clínica de rehabilitación, ¿quién se quedó con los chicos?

Disfruté viendo cómo atravesaba el mismo recorrido mental que yo.

—¿Solos? —me dijo, pero no sonaba convencida.

—¿Con once y catorce años? ¿Y quién la internó? ¿Y por qué Gonzalo no lo compartió con el amigo, si le contaba hasta los sueños?

—¿Ahora le decimos Gonzalo? En serio, Andrés, andá con cuidado. ¿Por qué no ponemos todo esto en *hold* hasta que termine el juicio?

—Claro —le dije, aunque sabía que no me creería.

—¿En qué estás pensando?

—No sé si lo querés saber.

—Andrés, ya está. Si no salgo del despacho y te denuncio, estoy tan embarrada en esto como vos. Lo único que te pido es que lo manejes con cuidado.

—Hice una búsqueda en Google. Resulta que hay un solo centro para la recuperación de adicciones en Banfield, y está a pocas cuadras de donde vivían.

—Decime que no estás pensando en ir porque te juro que te tengo que denunciar en serio.

—Ir no, por supuesto.

No habíamos terminado la conversación y yo ya pensaba hasta qué punto me había equivocado al compartirle mi descubrimiento.

—Vas a llamar por teléfono y te vas a hacer pasar de nuevo por Hércules Poirot para saber si tienen registros o algo similar.

No respondí. En realidad todavía no tenía del todo claro cómo iba a obtener la información que necesitaba.

—¿Y qué les vas a decir? Disculpe señora, soy el oficial misterioso, ¿me podría enviar los registros de todos los pacientes que se alojaron en su clínica en mil novecientos noventa y ocho? No, orden judicial no tengo, pero soy juez, así que es casi lo mismo. Dale, Andrés, sabés que en la época de las estafas telefónicas la gente es mucho más cuidadosa. ¿Mirá si llaman a la policía? ¿Te imaginás si por casualidad un fiscal ordena rastrear el origen de la llamada?

—¿Y entonces? ¿Se te ocurre algo mejor?

—No, pero dejame pensar.

Era increíble que me estuviera acompañando en esta locura. Me producía una sensación agridulce, como un recordatorio de todo lo que había perdido esa noche en Mitos, veinte años atrás, al dejar pasar la oportunidad de que pasara algo entre nosotros. Me pregunté también si viviría el resto de mis años pensando en potencial.

—Se me acaba de ocurrir algo —me dijo, sacándome de mi ensoñación—. Lo de la clínica de adicción me sigue pareciendo una locura. Pero estoy pensando en otra cosa. Hasta el momento la poca investigación que se hizo sobre el vínculo entre Rojas y Cruz pasó por el padre. No era amante del padre, no tuvo nada que ver con la separación.

—Sí, ¿y?

—¿Y si eran amigas?

—¿Quiénes?

—¿Cuánto tiempo le dedicaste a leer el expediente? Lo leíste todo más de una vez, ¿no? ¿Y no te diste cuenta de que la madre y la víctima comparten profesión? Eran las dos contadoras.

4.

La situación era paradójica. Teníamos buenas hipótesis, pero casi ningún medio seguro de ratificarlas. No había manera de ir más allá de los llamados telefónicos sin correr riesgo de que alguien se enterase. Incluso los llamados podían ser una fuente de peligro. Pero estábamos tan cerca de descubrir algo que me resultaba imposible pensar en otra cosa.

—A todo esto —dijo Martina, cuando ya eran casi las nueve—, hay un tema laboral que tenemos que conversar. El abreviado por ocho años, el que vos no querés convalidar y tus colegas sí.

—Sí, el del muchacho al que muy probablemente estén entregando para no ir a juicio.

—Ese mismo. Bueno, tengo un dato, un problema y una solución. ¿Los querés escuchar en ese orden?

—Dale.

—Estuve investigando, ya que ahora somos tribunal y fiscalía de instrucción —me regaló una sonrisa burlona de reproche—, y es probable que tengas razón, la cosa parece turbia. El homicidio tiene pinta de ser un asesinato por encargo, no sé si el pibe es un sicario, capaz que le tiraron unos pesos para que lo hiciera o le prometieron droga, está bastante quemado. La cosa es que el caso tiene olor a narcotráfico por todos lados. El abogado defensor no solo es de un buen estudio, sino que suele trabajar con narcotraficantes de primera línea.

—Ni siquiera disimulan.

—Vamos con el problema. La defensa presentó un escrito pidiendo que la audiencia de conocimiento se haga virtual, que ellos van a estar en el penal junto con el imputado. Todavía no lo hablé con tus colegas, pero seguro que van a ir por el sí. Toda oportunidad de descongestionar la agenda es bienvenida.

—¿La solución?

—¿Aceptás que se haga virtual y nos quedamos todos contentos? No nos vendría mal tener la fecha libre para hacer juicios.

—Olvidate.

—Me lo imaginaba. Segunda opción: hablo con tus colegas y los intento convencer de que te acompañen en la decisión de hacerla presencial. Juego, implícitamente, por supuesto, con la carta de que si vos no tenés al tipo enfrente no te vas a quedar tranquilo de que el acuerdo se firmó sin coacción y no los vas a acompañar en el proyecto de homologarlo.

—Yo nunca dije que los iba a acompañar. Te dije que si me convencía de que el tipo no estaba siendo apretado lo iba a pensar.

—Por supuesto, y yo me ocupé de transmitírselo con esas mismas palabras a tus colegas.

—Bueno, dale. Hagamos eso, que la audiencia sea presencial y veamos qué nos dice.

—Me tengo que ir a mi oficina. ¿Puedo confiar en que me vas a esperar antes de hacer cualquier otra locura con el caso Rojas? A todo esto, le tenemos que ir fijando fecha de juicio. Yo sé que estás disfrutando jugar al detective, pero es un caso importante y no lo podemos tener boyando.

—Elegí la fecha y le pongo la firma.

En el momento en el que salió del despacho, empecé a mirar el teléfono. Sabía que ella tenía razón y que tenía que andar con cuidado, pero se me ocurría una forma, bastante sencilla y aparentemente inocua, de confirmar la teoría de la amistad entre las mujeres. Estuve a punto de no hacerlo, pero la mañana era tranquila y, sin Fernanda para informarme las causas pendientes, no tenía mucho para hacer hasta la primera audiencia de la mañana.

—Hola, Marcelo, ¿cómo estás? Soy Esteban, te llamo de nuevo por la investigación que estoy haciendo sobre el caso de Gonzalo Rojas, ¿te puedo robar un minuto?

—¡Cómo estás, Esteban! Justo estaba pensando en vos, no vi la nota subida en el portal.

—Por eso te llamaba. Estoy haciendo una investigación bastante minuciosa, viste, y hay un par de cosas que todavía no me cierran.

La capacidad que tenía para mentir me sorprendía a mí mismo.

—Decime, a ver si te puedo ayudar. Fue hace mucho tiempo, pero hay cosas que no voy a olvidar nunca más. A todo esto, ¿la idea es que salga antes del juicio tu nota?

—Sí, sí —me apresuré a contestar.

—Yo sé que no es políticamente correcto defenderlo, pero me parece que es importante que se sepa hasta qué punto tuvo una vida de mierda. Como para generarles empatía a los jueces, ¿me entendés?

—Claro, entiendo.

—¿Me entendés de verdad? O vas a sacar una nota hablando del loquito amigo del homicida.

—Jamás. Si fuera a escribir algo así, no necesitaría tanta investigación.

—Buen punto. Decime, entonces.

—Me contaste mucho sobre el divorcio, el alcoholismo y cómo repercutió en la vida de Gonzalo —dependiendo de con quién hablaba, me refería al imputado por su nombre o su apellido.

—Sí, sí, te dije todo lo que recuerdo. En esa época éramos muy amigos.

—Claro, pero estoy intentando trabajar más sobre la figura de la madre y lo que me sorprende es que no encuentro a nadie que haya sido cercano a ella, ninguna amiga de la juventud o compañera de la universidad.

—Sí, Alicia siempre pareció una mujer muy solitaria. Por eso terminó como terminó también. Tener hijos muchas veces te aísla del mundo, sobre todo si tus amigos no están en la misma.

—Claro —le dije, no importaba cuánto se alejara del tema, mi regla era no interrumpirlo—. Pero ¿no recordás si tenía alguna amiga? Tal vez de antes del desastre. ¿Gonzalo nunca mencionó a ninguna amiga de la madre?

—Ahora que lo decís. Pará, teneme paciencia, pensá que pasaron veinte años de todo esto. A ver, sí, había una amiga de la madre. Yo nunca la vi, pero hubo una época en la que Gonzalo hablaba todo el día de ella.

—¿Qué decía? ¿Cuándo fue eso? —intentaba contener mi exaltación. ¿Cómo podía ser que no me lo hubiera mencionado antes? No me lo mencionó porque no se lo pregunté y porque la hipótesis con la que yo había empezado a trabajar desde que Martina sugirió que la madre y Cruz podían ser amigas a él no se le había pasado por la cabeza.

—No sé, no me acuerdo muy bien. Pero fue antes de que la madre muriese, eso seguro. Y decía las típicas cosas que se dicen a esa edad: que la amiga de la madre le tiraba onda, que estaba buenísima y todo eso. Esperá, ¿vos no estás pensando que…?

—No estoy pensando nada —lo interrumpí—, por ahora estoy intentando recopilar información. Muchísimas gracias por todo, Marcelo, cuando salga la nota me voy a asegurar de agradecerte por toda la información.

—No cortes —me dijo, apresurado. Necesitaba terminar esa llamada lo antes posible—, cada vez que me llamás me aparece *número desconocido*. ¿Tendrás algún teléfono de contacto, por si me acuerdo algo más?

Me quedé congelado y, cuarto paso hacia el abismo, corté la comunicación. Era una reacción tan estúpida, y tan peligrosa, que estuve a punto de llamarlo de nuevo y pasarle el número de mi celular. Pero estaba tan entusiasmado por lo que me había dicho que le resté importancia y me apuré a llamar a Martina por la línea interna.

—¿Estás ocupada?

—Estoy preparando todo para la audiencia de las diez. ¿Pasó algo, doctor?

Estaba con alguien.

—Después, entonces, cuando tengas un minuto.

Corté y, con la impaciencia que me caracteriza, le escribí: *Confirmado que era amiga de la madre,* y agregué: *Y muy probablemente se haya acostado con Rojas cuando era menor*.

5.

—¿Qué carajo hiciste ahora?

Estábamos solos en la antecámara de la sala de audiencias, a punto de entrar a una suspensión de juicio a prueba de un hombre que había tocado a una mujer en el colectivo. Mis colegas iban a llegar en cualquier momento.

—Después, Martina —le dije, mirando la puerta.

—¿Lo abusó sexualmente? ¿Por eso la mató?

—No sé si fue un abuso, Martina. Según el amigo estaba con las hormonas a tope.

—Tenía catorce años y ella ¿cuántos?

—Treinta y siete.

—Veintiún años de diferencia y el muchacho en una situación de inestabilidad emocional total, ¿me vas a decir que si te toca juzgarlo no lo considerarías un abuso? ¿Un estupro como mínimo? ¿Y si hubiese sido una chica de catorce y un tipo de treinta y siete?

Le hice señas para que se callara, porque escuché a mis colegas acercándose. El caso no parecía prometer mucha discusión; salvo que sucediera algo llamativo en la audiencia, el pedido de la defensa no tenía grandes posibilidades. Por eso mismo fue una sorpresa cuando la víctima se presentó y dijo que no le interesaba ir al juicio y que, si el imputado se comprometía a hacer un tratamiento que se pudiera controlar, ella prestaba la conformidad para la suspensión de juicio a prueba. Cuando le pregunté por la donación, que era relativamente elevada para los valores que se suelen manejar en esas audiencias, dijo que quería que se donase a alguna organización de apoyo a las víctimas de ese tipo de delitos. La actitud parecía de monje budista, pero se explicaba de manera sencilla: al ser un abuso sexual simple, las posibilidades de que tuviera una condena de efectivo cumplimiento eran casi nulas, iba a

tener que ir al juicio a revivir lo que le había pasado, solo para que el hombre se llevara una condena en suspenso, que en la práctica, y salvo por el antecedente, no se diferencia demasiado de una suspensión de juicio a prueba. De esta manera podía cerrar el asunto ese mismo día y empezar a dejarlo atrás.

Cuando salimos de la sala, mis colegas me miraban de soslayo, como esperando a ver de qué manera les iba a complicar la existencia ese día.

—Qué caso —les dije.

—Yo no lo veo muy complejo —dijo Pietro Costa, con un cansancio anticipado por lo que iba a escuchar—, pero me imagino que usted le debe haber encontrado algún vericueto.

—Coincidimos en que la cuestión de la ausencia de gravedad en el delito es insostenible —empecé.

—En eso coincidimos —me dijo y comenzó a anticipar por dónde iba a venir el problema—: violencia de género y violencia sexual no son pavadas.

—Sí, sí —le respondí—, casi pensé en apercibirlo al abogado, eso de decir que un manoseo no deseado es un delito de bagatela, como hurtar chocolates del kiosco.

—Bastante desafortunada la comparación —terció Tavares—. ¿Su tema es la posición de la víctima?

Nunca nos tuteábamos. No porque tuviéramos una relación distante, que la teníamos, sino porque era la forma estándar que tenían ellos de tratarse, incluso después de tantos años de trabajar juntos.

—Sí, eso mismo. Igual lo tengo que pensar más. Pero en principio no me convence que invoquemos sus derechos para obligarla a ir a un juicio al que no quiere ir.

—Podemos dispensarla de declarar en el debate e incorporar la declaración escrita que le tomaron en su momento —sugirió Pietro Costa.

—Lo van a impugnar porque no controlaron esa discusión, es embarrar un caso sencillo. Y no es solo la molestia de tener que ir a declarar, se nota que lo que quiere es dar el tema por cerrado. Si

hacemos un juicio, después puede haber una impugnación, después un recurso ante la corte, y el tema se va a extender por años.

—Hay una cosa que no le termino de entender —me dijo Tavares y supe que se venía uno de esos cuestionamientos filosóficos que le encantaba hacer—. Usted, lo hemos hablado más de una vez, se identifica como retribucionista. Siempre insiste en que el merecimiento es la piedra angular de la justificación del castigo y que cualquier consideración utilitaria está en segundo lugar. ¿Por qué de repente les adjudica tanto peso a los intereses de la víctima?

—Yo les recomendaría que no abran esa puerta porque lo van a estar escuchando tres horas —dijo Martina, que hasta el momento había permanecido callada en una esquina de la antesala.

—Para no ser demasiado extenso —dije, reprimiendo las ganas de dedicarle una sonrisa—, diría que soy un retribucionista moderado. Sí, me parece que el merecimiento es condición necesaria y a veces hasta suficiente para imponer un castigo, pero al mismo tiempo creo que las razones que nos da el merecimiento pueden ser revertidas por consideraciones utilitaristas, como en este caso, las necesidades de la víctima. Claro que el merecimiento va a tener más o menos peso en mi esquema dependiendo de la severidad del delito. Si la familia del muerto quiere perdonar al homicida, me va a parecer muy admirable, pero no me va a afectar el reproche que merece el responsable.

—Pero entonces, de manera directa o indirecta, le está dando la razón al abogado. No es un delito tan grave.

—Sí, claro, eso es justo lo que no me cierra. Lo tengo que seguir pensando.

—Qué lindo trabajar con gente joven —dijo Pietro Costa—, siempre te estimulan las neuronas.

Sabía que me estaba sobrando, pero decidí tomármelo bien y reírme un poco a mi propia costa.

—Bueno, ¿qué hacemos? Si ustedes están convencidos del rechazo, ya se lo anunciamos a las partes y yo hago mi voto en minoría.

—No, no, no sé usted, doctor Pietro Costa, pero yo lo quiero pensar un poco más.

—Lo mismo digo, pensemos.

—¿Anuncio que diferimos la lectura de la resolución para la semana que viene?

Ambos coincidieron, así que regresamos a la sala para avisar que no íbamos a resolver el caso en el momento. Mientras lo hacía, vi el alivio en la cara del acusado, que seguramente había llegado con la expectativa de un rechazo seguro, y la decepción en la cara de la víctima, con lo que confirmé que su principal interés era sacarse el tema de encima lo antes posible.

Cuando salimos de la sala, aproveché el clima que reinaba entre nosotros para sacarles el tema del abreviado. Martina, que se había quedado retocando el acta, ya les había adelantado mis dudas acerca de la celebración de la audiencia por medios electrónicos y, sorpresivamente, los dos coincidieron en que no era una buena idea.

—Sí, me da desconfianza eso de la audiencia de conocimiento virtual —dijo Pietro Costa, que miraba por la ventana que daba al pasillo—. Después de que se homologa el acuerdo aparece un nuevo defensor que te dice que eso es nulo y no lo tendríamos que haber admitido, te hacen caer la sentencia y luego te plantean la doble persecución. Esta gente piensa que somos jueces desde ayer.

No podía verle la cara mientras hablaba, así que no supe si debía darme por aludido. Asumí que, en el peor de los casos, sería otro de sus chistes amistosos. Cuando ambos salieron, fingí demorarme para ir al baño y regresé a la sala de audiencias, para terminar la conversación que habíamos empezado antes de entrar.

—Vos te das cuenta de que por tu culpa voy a tener que ver la grabación de la audiencia para copiar todo lo que dijeron las partes, ¿no?

—¿Por culpa mía?

—Sí, ¿cómo hiciste vos para seguirles el hilo a las partes? ¿Cómo me vas a tirar una bomba así antes de entrar a la audiencia? Dale, volvamos a tu caso.

—¿Mi caso? Bueno, nada, eso. Es la mejor hipótesis que encontré hasta ahora, pero todavía está todo muy opaco. No sé si él lo sintió como un abuso o no, si lo naturalizó cuando pasó y con los años fue cambiando de perspectiva.

—Igual, más allá de los puntos oscuros, como explicación es medio floja, ¿no? Le falta explicar lo principal.

—¿Por qué la mató veinte años después?

—Claro, tu mejor hipótesis, hasta ahora, consistiría en que el tipo hizo terapia durante veinte años hasta que asumió que había sido abusado y ahí decidió matar a su abusadora. Pero, además, sigue sin quedar claro por qué la hizo morir como murió la madre. Claramente te falta información. El tema es cómo pensás conseguirla sin poner en riesgo nuestros cargos.

En realidad, mientras manteníamos esa conversación yo ya tenía en mente una forma de atar los cabos sueltos y, con un poco de suerte, darle un cierre al tema.

6.

Al día siguiente, nos volvimos a encontrar en mi despacho por la mañana. Estaba sentada en el sofá verde, con las piernas apoyadas en un banquito que yo solía usar como mesa. Pensé en ese momento en el tema de sus relaciones amorosas, o de su ausencia, ya que era uno de los pocos en los que nunca entrábamos. Por lo que sabía, desde que se había peleado con su última pareja, hacía unos tres años, vivía sola en un departamento alquilado de dos ambientes, en uno de los pisos más altos de una de esas torres nuevas con pileta, gimnasio; como un barrio privado en miniatura. Debía pagar una fortuna en alquiler, pero, con un cargo de secretaria y sin nadie que mantener, se tenía que arreglar bien. De vez en cuando pensaba en preguntarle por su vida amorosa, pero nunca me animaba a sacar el tema y ella tampoco hacía ninguna alusión. Probablemente los dos lo sintiéramos como una pendiente resbaladiza, el tipo de conversación que puede funcionar como preludio de otra cosa.

Cuando me escuchó entrar se levantó y vi que le brillaban los ojos de satisfacción. Había descubierto algo.

—¿Vos leés lo que escribís? —me dijo, ni bien nos encontramos —. Dejame que te lea un fragmento: *La única excepción a su buena conducta fueron tres semanas en las que, sin previo aviso, se ausentó de la oficina, pero la cuestión se resolvió con una charla entre ella y el jefe, quien, al ser interrogado, afirmó que apenas si recordaba el incidente*.

—¿Y?

—¿Una empleada falta durante tres semanas sin aviso y todo se resuelve con una charla amistosa?

—Fue lo que declaró el tipo ante la policía en su momento.

—¿Lo volviste a llamar?

—No, estaba demasiado alejado del caso y pensé que podía ser riesgoso. Aparte, pasaron veinte años, ya ni se debe acordar.

—Lo recuerda bastante bien. ¿Qué pasa? —preguntó ante mi cara de estupefacción—. ¿Sos el único que puede jugar al detective?

—¿Lo llamaste?

Como única respuesta, ensanchó la sonrisa un poco más. Envidiaba a las personas, como ella, que podían sonreír mostrando los dientes sin que se les formara una mueca espantosa.

—No puedo creer que lo hayas llamado.

—Y sí, era una llamada delicada, no me quería arriesgar a que la hicieras vos.

—Qué carajo estamos haciendo, Martina.

—No, no, vos me metiste en esto, ahora no es el momento de empezar con los cuestionamientos. Ya está, no pasa nada. Son llamadas anónimas, nadie las va a rastrear, a nadie le interesa tampoco.

—¿Qué te dijo?

—Lo que habías pensado. Que la madre había estado internada, que le daba mucha vergüenza que su entorno lo supiera y por eso le había pedido que por favor no se lo dijera a nadie. Y bueno, muerta ella al tipo no le pareció que a la policía le importara si había estado internada o no. Se lo preguntaron porque alguno de los compañeros mencionó la ausencia de tres semanas y él contestó con lo primero que se le vino a la cabeza. Dice que después se arrepintió, pero que no se animaba a admitírselo a la policía —hizo una pausa—, hasta guarda el certificado médico expedido por la clínica.

—¿Era la que estaba cerca de la casa?

—Esa misma.

Me quedé callado, pensando en cómo eso repercutía en lo que había planificado. Pero, si tenía algún efecto, iba a ser que el trabajo que me proponía fuera un poco más sencillo.

Martina miró el teléfono, para ver si tenía alguna notificación, pero, sobre todo, para consultar la hora. Intentábamos que esas reuniones matutinas, que estaban en camino a consolidarse como rutina, terminaran siempre antes de las nueve, media hora antes del momento en el que mis colegas solían llegar al tribunal. Miré el reloj

de pulsera, regalo de Gabriel. Faltaban quince minutos para las nueve. Pero su expresión me indicó que había leído algo que no la dejaba tranquila.

—¿Qué pasó?

—El pendejo inútil este dice que hay alguien en la mesa que quiere hablar con la secretaria del tribunal.

—¿Juan? ¿Y cómo sabe que llegaste?

—No debe saber, pero me avisa igual. Está bien, es lo que yo le pido siempre, para apurarme si me están esperando.

En ese momento escuchamos que golpeaban la puerta del despacho.

—Le tengo que abrir —le susurré—, nos debe haber escuchado hablando.

Fui hasta la puerta y abrí solo lo suficiente como para poder ver a Juan.

—Disculpe la molestia, doctor.

—No es molestia, Juan, ¿qué necesitabas?

—No, nada, lo que pasa es que estaba buscando a la doctora, porque hay alguien en la mesa que quiere hablar con ella y pasaba por acá para preguntarle a Fernanda y…

—Y nos escuchaste conversando.

—No, no, bueno, sí, pero no pude escuchar nada —ojalá que no hubiese escuchado lo de *pendejo inútil*—, digo, no quería escuchar nada y no escuché tampoco. Pero la estaba buscando a la doctora porque vi que dejó la cartera en el despacho y entonces sabía que estaba por acá y ella siempre insiste en que cuando hay alguien en la mesa le avisemos y esto es justo por la causa esa del homicidio que usted...

Se cortó en seco.

—¿Que yo qué?

—Que usted preside —dijo, y no pude estar seguro de si era lo que había pensado decir desde un comienzo o si estaba improvisando.

—Acá estoy, Juan —dijo Martina, asomándose detrás de mí—, ¿tenés idea de quién viene a preguntar? Porque si es prensa no los

voy a atender. Les decís que cuando haya novedades se van a enterar por los canales formales y listo.

—No, no, es un español. Dice que es el hermano del imputado y que quiere sacar fotocopias al expediente.

—¿El hermano? —pregunté yo.

—Sí, sí, le dije que los días para sacar fotocopias son los martes y los viernes, pero está insistiendo en que quiere ver el expediente y como mínimo sacar fotos.

—¿Y qué problema hay con eso? El tema de los horarios para sacar fotocopias es una cosa de otro siglo. Martina, por qué no vas a hablar con el señor a ver qué es lo que quiere. Y si necesita las fotocopias autorizalo a que vaya ahora, cualquier cosa yo me hago cargo.

Dejé que los dos salieran y unos minutos después yo también crucé el pasillo y me acerqué al bidón de agua, que estaba ubicado cerca de la mesa de entradas. Mientras llenaba el termo, pude ver cómo Martina le indicaba dónde quedaba la fotocopiadora del edificio a un tipo alto, flaco y erguido. Tenía las facciones del rostro un poco succionadas y los ojos hundidos, con una afeitada reciente que le había dejado un pequeño corte en la mejilla, y vestía un traje gris que parecía de primera marca o confeccionado afuera.

Me hubiera gustado quedarme a escuchar toda la conversación, pero ya habían llegado varios empleados del tribunal y sabía que iba a dar una imagen extraña espiando en la mesa de entradas.

Estaba a punto de darme vuelta y emprender el camino de regreso a mi despacho cuando algo en la cara del hermano de Rojas hizo que me detuviera. No sabía de dónde, ni cómo, pero tenía la intuición de que ya había visto su cara en algún lado. Fingiendo que necesitaba preguntarle algo a Martina, me acerqué a la mesa y me presenté como juez, para intentar verlo más de cerca. Pero él rehuyó mi mirada, me saludó con una mano floja, se dio vuelta con el expediente en la mano y salió del tribunal.

—Lo conozco de algún lado —le dije a Martina, en un susurro apenas audible.

—Tal vez en alguna entrevista en la televisión, creo que en algún lado apareció cuando el hermano fue detenido.

—No, no, lo recordaría.

—Es abogado penalista y ejerce en España, capaz que te lo cruzaste en algún congreso.

—Ahora que lo decís, puede ser. Tal vez en la especialización en Salamanca que hice hace años. ¿Me tendría que excusar si conocí al hermano en un ambiente académico?

—Salvo que fuera tu amigo, no, no es necesario.

Esa parte de la conversación, por suerte, relativamente inocua, fue captada por Juan, que había regresado a su puesto en la mesa de entradas e intentaba, sin éxito, mirarnos de reojo, sin que nos diéramos cuenta.

Volví al despacho con la sensación de que, de alguna manera, Juan estaba al tanto del *hobby* que había estado practicando las últimas semanas. Tal vez estuviera escuchándome detrás de la puerta mientras hablábamos o, peor, mientras interrogaba testigos fingiendo ser periodista. Aunque siempre intentaba hacer esas llamadas a última hora, cuando todos se hubieran ido, no sería la primera vez que el chico se quedase hasta tarde para terminar de registrar los expedientes ingresados en el día, siguiendo las directivas de Martina.

Cuando entré, el teléfono estaba sonando.

—Casi —dijo Martina, en un susurro.

—A mí me da la sensación de que ese muchacho sabe algo.

—¿Juan? Olvidate, tiene demasiado temor reverencial como para ser capaz de pensar por su cuenta. No te pongas paranoico. Y hablando de ponerse paranoicos, te tengo que hacer una pregunta: ¿vos no me estás ocultando nada?

—Claro que no —le dije automáticamente—, ¿por qué lo decís?

—No sé, eso que dijiste, que te dio la sensación de que conocías al hermano de algún lugar, fue muy extraño.

—Seguro es lo que decís vos, de algún curso de Salamanca.

—¿Querés que lo investigue un poco? ¿Aunque sea que mire sus redes? Solo para quedarnos tranquilos.

—Dale, pero no creo que lo conozca personalmente.

—Vos te das cuenta de que si tenés algún tipo de vínculo con el caso, aunque sea la más mínima conexión, todo esto que estamos

haciendo puede ser interpretado de una forma mucho más problemática.

—El juez que quiere favorecer al hermano de su amigo.

—Como mínimo.

—No lo conozco.

—Bueno, te creo. Esperemos que el inconsciente no te traicione.

7.

El quinto paso hacia el abismo, el más grave de todos, lo di solo.

Las visitas mensuales a los detenidos eran un hábito que mantenía desde que me habían nombrado juez, así que a nadie le llamó la atención cuando, a unas semanas de que comenzara el juicio de Rojas, Fernanda y yo nos ausentáramos del tribunal para ir a visitar el penal de Ezeiza. Ni siquiera Martina se percató de las implicancias de esa visita puntual, tal vez porque no recordaba que Rojas estaba detenido ahí, pero también porque nunca llegó a concebir lo que estaba a punto de hacer.

Me queda la tranquilidad de no haberla involucrado en lo que hice, aunque al final no haya implicado diferencia alguna en su situación. Me gustaría poder decir que no la puse al tanto de lo que estaba planeando para resguardarla, pero mis motivos eran menos nobles: sabía que ella iba a decirme que era una locura y no encontraba buenos argumentos para convencerla de lo contrario.

Las visitas a los penales cumplían varias funciones, pero la principal era estar al tanto del estado de las personas detenidas a mi cargo y anticiparme a conflictos que luego podrían escalar. A mis colegas la práctica les llamó la atención, pero no tardaron en apreciar el potencial de resolución de conflictos y disminución de la carga de trabajo que aparejaba: una medicación entregada a tiempo hoy era un *habeas corpus* menos presentado al día siguiente.

La práctica habitual era que Fernanda y yo hiciéramos las visitas juntos, pero ese día, mientras viajábamos en mi auto al penal, le dije que necesitaba llegar temprano para terminar trabajo pendiente. Asintió distraída, mientras releía la lista de detenidos en ese complejo y los respectivos delitos que se les imputaban.

—¿Cómo querés hacer la división? —me preguntó un momento después.

No podía creer que se me hubiese escapado un detalle tan básico y por un momento pensé que esa oportunidad que había esperado toda la semana se me iba a escurrir entre las manos. No podía dejarlo al azar, así que le dije:

—A ver, pasame la lista.

La leí en diagonal, buscando el nombre de Rojas, y en el momento en el que lo encontré le dije, intentando sonar casual:

—Hacé los módulos uno, tres y cinco; yo hago dos, cuatro y seis.

—Dale —dijo, mirándome como si quisiera decirme algo.

—¿Te parece bien la división?

—Sí, sí.

—¿Y entonces?

—Es una tontería.

—Decime —le dije, pero me arrepentí en el momento en el que le insistí, porque me imaginé lo que diría a continuación.

—Tenía ganas de ver a Rojas, que está en el módulo dos.

Me quedé por un instante mirando la ruta, como si evaluara el pedido implícito que acompañaba su frase.

—Fernanda, vos sabés que yo soy bastante informal en casi todos los aspectos de la vida. Pero en las causas que tenemos en trámite tenemos que ser lo más asépticos posible. La curiosidad que tengas sobre el caso guardala para el momento de redactar la sentencia, después del juicio.

Me sentí el hombre más hipócrita del mundo y sé que a ella le llamó la atención que la sermonease, pero no se me ocurrió otra forma de salir de la encrucijada.

Llegamos al penal a las ocho de la mañana. Al entrar presenté la credencial que me identificaba como juez y pasé por el detector de metales. El agente que me acompañaba era un muchacho simpático, que no debía tener más de veinticinco años.

La primera vez que entré al penal de Ezeiza, que fue también mi primera vez en un establecimiento penitenciario, lo que me impactó fue la gran cantidad de espacio verde que rodeaba el penal, que aunque era mayormente descampado, contrastaba con el encierro y el cemento que uno siempre asocia a la cárcel. Fue a los veinticuatro años, cuando cursaba la práctica profesional en el último año de la

Facultad de Derecho. Nos acompañaba un abogado particular, encargado de coordinar los grupos de trabajo, que era mi modelo a seguir en el mundo del derecho. Se trataba de un exjugador de Nueva Chicago que había quedado en la historia del club una tarde de lluvia, a comienzos de la década de los noventa, cuando, con un desgarro en la pierna, que le iba a costar su carrera futbolística (al mismo tiempo que lo iba a impulsar como abogado y formador de operadores del derecho), metió el gol de penal que le dio al equipo la victoria frente a Gimnasia de Concepción del Uruguay y el ascenso al Nacional B. Durante todo el viaje a Ezeiza nos había dicho una y otra vez la misma cosa: *No importa lo que vean, siempre hay algo detrás. Si lo que ven les parece horrible, atrás hay algo peor. Les van a mostrar una puesta en escena, van a entrar al campo de concentración y les van a mostrar el patio, que, aislado del contexto, puede parecer muy lindo*.

Con el tiempo, aprendí a matizar su posición en algunos puntos, pero la idea general nunca se me había ido de la cabeza y, por eso, siempre me gustaba mantener una cuota de aleatoriedad en mis visitas, para que los agentes penitenciarios no tuvieran tiempo de preparar a los detenidos. Esa era otra ventaja de ir con cierta frecuencia al penal; saber que podía aparecer en cualquier momento hacía que se tuviera más cuidado con las personas detenidas a mi cargo.

El agente nos acompañó hasta el gran patio central que intercomunicaba los seis módulos que integraban el Complejo Penitenciario Federal de Ezeiza, nos saludó y regresó por donde había venido. Que nos dejaran ir por nuestra cuenta era una prerrogativa que solo tenía por ser magistrado. Nuestra libertad, de todos modos, era ilusoria, porque al entrar a cualquiera de las unidades seríamos acompañados, por nuestra seguridad. Podía ser molesto, pero era una medida razonable, no iba a ser la primera ni la última vez que la visita de un juez fuera el disparador de un motín. Un cuchillo en la garganta de un magistrado era un gran elemento de negociación.

Nos separamos al llegar a la entrada del primer módulo. Le dije a Fernanda que ante cualquier problema me escribiera, que iba a estar

atento al teléfono, y seguí caminando en dirección al módulo dos, en donde estaba detenido Gonzalo Rojas.

8.

Rojas estaba sentado sobre la cama de su celda, leyendo una novela de un autor inglés al que no conocía y cuyo nombre no consigo recordar.

Me presenté como uno de los jueces del tribunal que tenía que juzgarlo en unas semanas y su única respuesta fue levantar, por primera vez, los ojos de la página, medirme con una mirada rápida y volver a enfocar su atención en el libro.

Muchas veces leí acerca de ojos fríos y calculadores; siempre me pareció una descripción un tanto tosca e imprecisa. Sin embargo, al recordar ese primer encuentro con Rojas, no consigo una mejor manera de presentarlo que esa: pelo castaño claro, con un casi imperceptible tono rojizo, de un metro ochenta, contextura gruesa y unos ojos fríos y calculadores. Podría decir que eran ojos celestes, el color que heredó de la madre, o que al mirarme los entornaba ligeramente, como si le molestara el sol que no entraba en la celda, pero todo eso no sería suficiente. Sus ojos eran fríos y calculadores.

También había leído, y siempre me pareció una idea conmovedora, que incluso el peor de los hombres, entre los más brutos y crueles, alguna vez fue una criatura indefensa, hasta que en algún momento su vida ingresaba en el curso causal que lo llevaba a ser lo que era. En ciertas ocasiones, ese instante se podía identificar: un trauma infantil, un padre violento o un contacto temprano con sustancias adictivas, o una combinación de esos y otros factores; pero no siempre era necesario un gran acontecimiento, la mayor parte de las veces las cosas simplemente se torcían, en momentos imposibles de delimitar. De todas maneras, siempre era posible regresar lo suficiente en el tiempo para que el veinteañero que le dispara a un viejo en una salidera bancaria, el treinteañero que golpea a su mujer hasta casi matarla o el

cuarentón detenido por violar y matar a una adolescente, se convierta otra vez en un recién nacido, con toda la vida y las ilusiones por delante.

En gran medida, el ejercicio llevado adelante con Rojas obedecía a esa misma lógica: quería encontrar el momento preciso que explicaba quién era y por qué había hecho lo que hizo. Al verlo en la celda, mirándome con una mezcla de desconfianza y desinterés, me costó encontrar en su rostro los rastros del adolescente que dormía con la cabeza apoyada en la puerta de la habitación de la madre, atento a cualquier ruido que pudiera implicar un intento de suicidio. Y, sin embargo, estaba ahí. Detrás de lo que fuera que hubiese vivido, esas capas de su ser seguían presentes, como una parte, latente, de su identidad.

—¿Lo puedo ayudar en algo? —me preguntó, sin levantar la vista.

En ese momento, en el enfoque a elegir, se iba a librar la suerte de toda la empresa. Un paso en falso y cualquier esperanza de descubrir lo que le había sucedido se perdería de manera definitiva. Y eso no era todo, si las cosas no salían como yo pensaba, podía arriesgar mucho más que las posibilidades de descubrir qué había pasado entre Rojas y Cruz. Mi cargo, y el de Martina, podían estar en juego.

—Me interesa su historia —le dije, sin preámbulo alguno. El penitenciario que me había acompañado dentro del módulo había aceptado dejarme a solas con el detenido solo porque le dije que estaba investigando una denuncia anónima por tormentos de un detenido alojado en esa unidad. El guarda, que seguramente tenía algún trapo sucio, pero no con Rojas, no dudó en facilitarme el acceso y mostrarse colaborativo, pero no tenía forma de saber cuánto tiempo podía pasar antes de que creyera oportuno ingresar a la celda.

—Usted me dijo que es juez de la causa, si le entendí bien.

—Me entendió bien.

—¿Y puede interrogarme sin la presencia de mi abogado?

Terreno peligroso. Una llamada al abogado y mi carrera judicial estaba acabada. Me mantuve dentro del papel que había planificado.

—No, por supuesto que no. Pero esto no es un interrogatorio y nada de lo que usted me diga va a ser tenido en cuenta en el juicio.

—¿Y entonces? ¿Es muy desubicado que le pregunte qué hace usted acá? —parecía que el único motivo por el que todavía no me había echado era la curiosidad.

—A riesgo de sonar trillado, quiero la verdad.

—¿La verdad?

—¿Me va a decir que no puedo lidiar con la verdad?

—¿Qué?

—*You can't handle the truth* —dije, sabiendo lo ridículo que sonaba, pero con esperanzas de que funcionara.

—Ah, a usted también le gusta el cine.

—A mucha honra.

—¿Y vino acá a discutir acerca de la última ganadora a la Palma de Oro? Mire que estoy desactualizado —fingía mantener su distancia, pero estaba completamente intrigado. Me dije a mí mismo que tenía alguna chance de que las cosas no salieran del todo mal.

—El otro día vi una película coreana, no sé si la conoce, de un hombre al que lo secuestran durante quince años y luego lo desafían a revisar su pasado para encontrar el motivo por el que le hicieron lo que le hicieron. Tiene que encontrar la razón de la venganza si no quiere sufrir algo peor.

—*Oldboy*.

—Eso mismo, *Oldboy*, retorcida como pocas. ¿Le gustó?

—Sí, me gustó, pero si buscara el mismo concepto, pero expresado de una forma más sutil, miraría *Caché*, de Michael Haneke.

—¿La del hombre al que le filman la puerta de la casa? La vi hace muchos años, no recuerdo demasiado.

—Me asombra que alguien pueda olvidar una película así. Si me permite a mí un cliché, tal vez ahí encuentre algunas de las respuestas que busca.

Se estaba divirtiendo. Había acertado con mi primera apuesta, Rojas se moría de ganas de tener una conversación inteligente y no sentía que sus pares estuvieran a la altura. Si quería que continuara

hablando, tenía que seguir mostrándome como alguien digno de su interés.

—Se lo agradezco, pero soy pésimo interpretando simbolismos. La voy a ver una y otra vez, y puede que no logre entender a qué se refiere. Pero se me ocurre una manera más fácil. Que usted me cuente lo que sucedió.

—Ah, pero pensé que el interrogatorio estaba fuera del programa. ¿Tengo que llamar a mi abogado?

—Su abogado le va a decir que no me diga una palabra. Tal vez ayude si describo un poco la situación: usted confesó que mató a Lucía Cruz. Aun si no lo hubiese confesado, hay filmaciones y testigos de sobra, así que su responsabilidad por el hecho parece sencilla de acreditar. Pero a mí eso no es lo que me interesa. Lo que yo quiero saber es el porqué, la razón de que usted empujara a Cruz a las vías del subte.

—¿Y de dónde surge esa curiosidad? Si se puede saber.

—De una serie de detalles inconexos, pero más que nada de la sonrisa.

—¿La sonrisa?

—Sí, sí, la sonrisa de Cruz, un instante antes de que usted la arrojase a las vías del subte. Parecería que es la sonrisa lo que lo impulsa a usted a empujarla.

—Me mintió cuando dijo que no es bueno analizando películas, se nota que tiene ojo para el detalle. Pero todavía no me queda claro por qué debería hablar con usted de todo esto. Me parece que voy a llamar a mi abogado.

—El mejor argumento que tengo para ofrecerle es que si coincidimos en que su responsabilidad por el hecho va a ser fácil de acreditar en el juicio, la única cuestión que queda abierta es la de la mensuración de la pena, y entre ocho años y veinticinco hay un margen muy amplio. Y entender por qué usted hizo lo que hizo me puede ayudar a tomar una mejor decisión.

Estaba atravesando cualquier límite y probablemente cometiendo un delito; había una parte de mí que estaba horrorizada por lo que estaba haciendo.

Pero no era la parte que predominaba.

—¿Lo hace por mí, entonces? ¿O por la justicia?

—No, no, es pura curiosidad. Solo le estoy explicando lo que usted podría ganar.

—¿Y si mis motivos son abyectos?

—No lo creo. La sonrisa fue lo primero que me generó intriga, pero no fue lo único.

—Hay más cosas entonces.

—La coincidencia entre la muerte de Cruz y la de su madre.

De repente, su semblante de tranquilidad se resquebrajó y vi que sus ojos se ensanchaban. Tenía un instante para convencerlo antes de que llamara al guardia.

—Tengo, además, una teoría. Creo que sé cuál es el vínculo que lo une con Cruz.

—No sé de qué me está hablando.

Hice un esfuerzo por resumir mi mejor hipótesis. Lo hice porque ya estaba ahí y no tenía sentido resignarme, pero sabiendo que mis posibilidades de éxito eran pocas. Iba a necesitar dos o tres encuentros para tener la posibilidad de construir un vínculo. Que me escuchara y decidiera abrirse era inverosímil.

Y así pareció ser, hasta que llegué al núcleo de la historia, a los días que habían pasado con Cruz y lo que creía que podía haber sucedido. Al principio pensé que me miraba confundido, pero la sensación duró un instante y lo que vi en su expresión fue derrota. Ahí supe que había acertado.

Cuando terminé, me dijo, resignado:

—Si tiene tiempo, le puedo contar en detalle cómo sucedieron las cosas.

Tercera parte
El juicio

1.

En la ciudad de Buenos Aires, se reúne en la Sala de Audiencias el Tribunal Oral en lo Criminal Nº 12, a fin de realizar el debate oral en causa Nº 456439822, "Rojas, Gonzalo s/ art. 79 del C.P.". El Tribunal se encuentra integrado por el doctor Andrés Olavarría, como presidente, y los doctores Alejandro Pietro Costa y Pilar De Las Mercedes Tavares en carácter de vocales. Se encuentran presentes el Fiscal, Dr. Ariel Miguenz, el imputado Gonzalo Rojas, su defensor, Dr. Esteban Galíndez y la secretaria del Tribunal, Dra. Martina De La Torre. Se deja constancia de que la audiencia está siendo grabada.

—Gran parte de la historia ya la conoce, por lo que veo. El abandono de mi padre, el alcoholismo de mi madre, sus mil intentos de suicidio y la vez que lo consiguió. ¿Está al tanto de todo eso?

—Sí.

—Bien, Lucía Cruz era amiga de mi madre, se conocieron en la UBA, cursando la carrera de Contador Público. Pero eso también lo sabe.

—Sabía que se conocían, no sabía de dónde.

—Eran amigas, o eso creía mi madre al menos. Ella fue quien la puso en el camino del alcoholismo. Cuando mi padre se fue, Cruz venía a casa seguido a acompañarla y siempre traía una botella de vino para que ahogaran las penas juntas.

—¿Supongo que eso no se lo reprocha?

—Hubo un momento en el que creí que lo había hecho a propósito, pero era una idea absurda. El alcoholismo es

responsabilidad de mi madre, y de mi padre tal vez, a ella no se lo reprocho.

> *Se procedió a identificar al imputado, se le solicitó que estuviera atento y se le informó que tenía el derecho de expresarse a lo largo del debate, solicitando autorización al presidente del tribunal, así como a consultar a su abogado defensor en todo momento, excepto al declarar o al responder las preguntas que se le formulasen.*

—Mi madre le había dado vueltas a la idea de internarse durante mucho tiempo, el problema éramos nosotros. Lo que más miedo le daba era perdernos, que al internarla dispusieran nuestro ingreso a alguna institución, que nos dieran en adopción o, peor todavía, que nos llevaran a España a vivir con mi padre.

—Y eso lo solucionó Lucía.

—Claro, mi madre la puso al tanto de lo grave que era la situación, seguro que después de alguno de sus intentos de suicidio. No sé si se lo comentaron, pero mi madre intentaba suicidarse, con mayor o menor empeño, una vez a la semana, casi siempre los domingos. Lucía, que vivía sola en un departamento que alquilaba, le dijo que no se preocupase, que ella no tenía ningún problema en quedarse con nosotros en nuestra casa el tiempo que ella estuviera internada. No sé si cuando lo hizo ya tenía algo en mente o fue algo que le surgió después, tampoco me parece relevante.

> *Se dispuso que se diera lectura al requerimiento de elevación a juicio. Con ello, se declaró abierto el debate y el Sr. Presidente le preguntó a las partes si tenían excepciones que plantear, a lo que se respondió por la negativa. Se le pregunta al imputado si desea hacer uso de la palabra, a lo que responde por la negativa.*

—Cuando mi madre me contó que nos iba a dejar con su amiga para internarse tuve que esforzarme para disimular la alegría. Ella me lo contaba con pesar, creyendo que para mí iba a ser un golpe tremendo, así que no podía mostrarme feliz, pero lo estaba. Un poco porque la internación me daba esperanzas de que mi madre por fin superara su adicción, pero también porque la idea de convivir con Lucía me ilusionaba mucho. Ella siempre había sido muy dulce conmigo y creo que para ese momento yo ya estaba enamorado, en la medida en que se puede enamorar un chico de catorce años. Ella venía por la tarde, preparaba la cena y se quedaba a dormir. Los primeros días lo único que hicimos fue hablar, así empezó todo. Pedro se acostaba temprano, en su habitación, en el piso de arriba, ¿conoce la distribución de la casa?

Asentí con un gesto apresurado, el agente penitenciario podía entrar en cualquier momento y no quería que nos interrumpiera antes de que Rojas me contase lo esencial.

—Cuando Pedro dormía no había forma de despertarlo.

> *Se hace pasar a la sala a la testigo Maribel Pérez, se le informa acerca de las penas previstas para el falso testimonio. La testigo jura decir la verdad y que no tiene vínculos de parentesco, amistad, enemistad con ninguno de los involucrados o cualquier otro interés personal en la resolución del caso. Al ser preguntada por el Fiscal, relata que se encontraba realizando tareas de patrullaje en su carácter de oficial de la Policía de la Ciudad, en las cercanías de la Estación Alem de la Línea B del subterráneo. Fue convocada por la radio para presentarse dentro de la estación, a raíz de un hecho que podía ser un homicidio o un accidente. Cuando llegó se encontró al imputado sentado, rodeado de personas que gritaban. Entendió que el imputado había arrojado a una mujer al subte, por lo que procedió a esposarlo, informar a la superioridad y aguardar hasta que fue informada que*

debía entregar al sospechoso a un móvil que aguardaba afuera. Preguntada por la defensa acerca de si podía tener la certeza de que la persona detenida había sido la que arrojó a la mujer a las vías, respondió que sí. Preguntada por la defensa acerca de cómo podía tener esa certeza si ella no había estado presente al momento de los hechos, respondió que lo sabía porque al ingresar vio a Rojas sentado y rodeado de un grupo de personas que lo señalaban como autor del hecho. Preguntada por la defensa acerca de si recuerda el contenido de los gritos, dice que no recuerda con exactitud lo que decían, pero que mayormente eran expresiones de indignación.

—Empezó con las conversaciones, le decía. Terminábamos de comer, Pedro se iba a dormir y nosotros nos quedábamos charlando hasta cualquier hora. Al principio ella se limitaba a escuchar; pasé las primeras tres noches contándole cómo había sido mi vida desde que mi padre nos había abandonado. No quiero victimizarme, se lo juro, pero todo lo que había pasado en esos años me había afectado mucho, y necesitaba compartirlo con alguien. Lo había hablado con un amigo de la secundaria, pero hablar con ella era distinto. Ella me escuchaba como nunca nadie lo había hecho hasta el momento; no sé si lo recuerda, pero, a esa edad, tener la atención plena de un adulto puede resultar embriagador, casi adictivo; así que yo hablaba y hablaba y le contaba todos los detalles, hasta que no me quedó nada sin contar.

—¿Y ella qué te decía?

—En esas primeras noches ella casi no hablaba, sobre todas las cosas nunca intentó justificar a mi madre o pedirme que la entendiese. Creo que eso era lo que me impulsaba a seguir hablando. Se limitaba a mirarme con esos ojos verdes enormes que tenía y en las peores partes de mi relato me agarraba la mano y me la acariciaba. Pero no en un sentido sexual, para nada, era como algo cariñoso, maternal.

Ingresa a la sala el testigo Joaquín Basílico, se le informa acerca de las penas previstas para el falso testimonio y efectúa el juramento de rigor. Preguntado por la fiscalía para que relate lo que recuerda del día de los hechos, dice que se encontraba patrullando la zona del bajo junto al oficial González cuando fueron convocados por la radio para que se hicieran presentes en la entrada de la línea B del subte, para trasladar a un detenido por un homicidio. Que se limitó a transportar al detenido hasta la Comisaría nº 25. Preguntado por la fiscalía acerca de si el imputado había realizado algún tipo de manifestación, respondió que no, que estuvo todo el trayecto en silencio. Preguntado por la fiscalía acerca de si el imputado parecía estar en un estado de shock, respondió que no, que parecía estar tranquilo.

—A partir de la cuarta noche, dejamos de hablar de mi madre. Ahí ella empezó a participar más de las conversaciones, pero sobre todo haciéndome preguntas: qué tal me iba en la escuela, si tenía muchos amigos, si tenía algún *hobby*. Decía que estaba impresionada por cómo había manejado el tema de mi madre, que se notaba que era muy maduro para mi edad. Sí, sí, ya lo sé, el truco más viejo del mundo, pero para mi yo de catorce años era miel. Ahí le dije que me gustaba ver películas y ella se entusiasmó mucho, hablábamos de las que habíamos visto y nos hacíamos recomendaciones. Yo claramente no tenía demasiada cultura cinéfila, pero justo había descubierto el concepto de película coral y me había obsesionado con el género, entonces le hablé de *Magnolia*, de *Short Cuts,* de *Crash.* Ella las había visto todas, y me decía que era muy loco que alguien de mi edad se enganchara con ese tipo de historias.

Ingresa a la sala de juicio el testigo Juan Carlos Heredia, se le informa acerca de las penas previstas para el falso testimonio y efectúa el juramento de rigor.

Preguntado por la fiscalía para que relate lo que presenció del hecho, dijo que ese día se encontraba esperando el subte cuando vio al imputado y a la víctima discutiendo en el andén. Preguntado por el doctor Pietro Costa para que clarifique a qué se refiere con "discutiendo" el testigo explica que dijo discutir pero en realidad solo escuchó a Rojas. Afirma que le llamaron la atención porque parecían una pareja y ella era mucho mayor que él. Que luego vio como Rojas se alejaba y en ese momento recibió una llamada de trabajo, por lo que dejó de prestar atención y solo percibió lo que había ocurrido después por los gritos de la gente. Preguntado por la defensa acerca de si pudo escuchar el contenido de la discusión, responde que no. Preguntado por la defensa acerca de si vio a su asistido empujar a la víctima, responde que no.

—La quinta noche la conversación dio un giro. Me preguntó si tenía novia y le dije que no, y luego empezó a preguntarme algo más, se arrepintió a mitad de camino y se ruborizó. Le insistí para que repitiera la pregunta y me dijo que no, que no correspondía. Le dije, con una decepción que ya no sé si era real o impostada, que creía que podíamos hablar de cualquier cosa. Ella tenía esa forma, muy sutil, de hacerme creer que era yo el que la estaba seduciendo, como si yo estuviera constantemente avanzando y ella solo aceptara ceder de a milímetros, ante mi insistencia. La cuestión es que ahí me preguntó si era virgen. Al principio pensé en decirle que no, pero sabía que ella se iba a dar cuenta, así que le dije la verdad.

—¿Y ella qué te dijo?

—Que le estaba mintiendo, que no lo podía creer, que cómo podía ser que un chico como yo siguiera siendo virgen. Pensándolo ahora es todo muy burdo, pero yo no era el chico más popular en mi escuela, y en esa época ya se hablaba mucho de la vida sexual de los demás, todo mentira, por supuesto, pero yo no tenía forma de saberlo y pensaba que iba a ser el único en llegar a los quince sin

ninguna experiencia, aparte de algún que otro beso jugando a verdad o consecuencia.

> *Ingresa a la sala el testigo Mario Rojas, se le informa acerca de las penas previstas para el falso testimonio. El testigo jura decir la verdad y afirma que es el padre del imputado. Preguntado por la defensa acerca de la relación con su hijo, afirma que él lo abandonó cuando tenía trece años, que fue uno de los peores errores de su vida, que un tiempo después se enteró de que su exesposa se había suicidado y solo en ese momento supo que ella venía sufriendo una adicción al alcohol. Que volvió a Buenos Aires para intentar llevarse a sus hijos a España, pero que el imputado no quiso tener ningún contacto con él. Que solo con el tiempo, cuando su otro hijo fue a vivir con él a Madrid, descubrió todo lo que los dos habían sufrido en esos años, que habían vivido cosas que ningún chico tiene que vivir y visto a su madre en formas que ningún chico la debe ver y escuchado cosas que jamás deberían escuchar. El Tribunal le ofrece pasar a un cuarto intermedio para recomponerse, pero el testigo dice que prefiere continuar. Indica que desconoce el motivo por el que el hijo podría haber hecho lo que dicen que hizo, y que le cuesta mucho creerlo, pero que es muy importante que todos sepan hasta qué punto Gonzalo Rojas tuvo una vida difícil, en gran medida por su culpa.*

—Comenzó la sexta noche. Era un sábado y habíamos ido a visitar a mi madre al centro en el que estaba internada. Era evidente que estaba mejor, a pesar de que todavía sufría los síntomas de la abstinencia. Pudimos conversar y ella me pidió perdón por todo lo que había sucedido en esos años. Me dijo también que estando ahí había aprendido que el adicto en realidad no es más que un síntoma

de algo que no está funcionando en el núcleo familiar y que cuando ella saliera de ahí íbamos a tener que replantearnos entre todos las formas de relacionarnos. Yo lo único que quería era que dejase de tomar, así que le decía a todo que sí, aunque no entendiese muy bien a qué se refería. Esa noche fue la primera vez que lloré delante de Cruz. Me preguntó si quería hablar del tema y le dije que no se me ocurría nada que decir. Se quedó conmigo, acariciándome la nuca y consolándome, hasta que me dijo que era mejor que me fuera a acostar temprano, que mañana iba a ser un día distinto. Nos saludamos, fui al baño y me acosté; ella me dijo que no tenía sueño, que se iba a quedar un rato más en el living leyendo. Intenté quedarme despierto, esperando escuchar el ruido de sus pasos subiendo la escalera, pero en algún momento me dormí. Cuando me desperté estaba acostada a mi lado.

> *Ingresa a la sala el testigo Gustavo Herralde, se le informa acerca de las penas previstas para el falso testimonio y presta el juramento de rigor. Preguntado por la defensa acerca de si conoce al imputado, el testigo responde que sí, que es dueño de una remisería y Rojas trabaja hace años para él. Preguntado por la defensa acerca del concepto que tiene de él, el testigo responde es una persona trabajadora, que siempre está de buen humor y que no puede comprender cómo hizo lo que dicen que hizo. Preguntado por la fiscalía acerca de si Rojas le parecía una persona depresiva o que soliera estar de un ánimo caído, el testigo responde que no, que era una persona alegre, que siempre les andaba recomendando películas a los compañeros de la remisería. Preguntado por la fiscalía acerca de si estaba al tanto de que Rojas tomase antidepresivos o cualquier otro tipo de medicación, el testigo responde que no.*

—No sé qué nivel de detalles prefiere.

—Prefiero que me cuente todo lo que recuerda.

—Es muy curioso que le esté contando todo esto a usted, pero ahora me doy cuenta de que me siento bien al compartirlo con alguien. Durante un rato solo nos abrazamos. Era una de esas noches de calor agobiante y en ese tiempo el aire acondicionado era un lujo, así que yo dormía en calzoncillos. Ella tenía puesta una remera larga, tipo camisón, y me di cuenta de que debajo no tenía nada. Recuerdo que su boca estaba a centímetros de la mía, y que estuvimos así un buen rato. Recuerdo más que nada mi monólogo interno: quería avanzar unos centímetros y rozar sus labios, pero tenía miedo de que ella saliera disparada de la cama y lo que estábamos viviendo se perdiera. Lo sentía como algo frágil, ¿me entiende? En algún momento me decidí a besarla y su respuesta fue empezar a restregar su entrepierna contra la mía. Yo metí la mano por debajo de su remera y ahí, cuando me iba a bajar los calzoncillos con la mano que tenía libre, ella me detuvo, se escondió debajo de las sábanas y me practicó sexo oral. Yo pensé que iba a eyacular en unos segundos, siempre asumí que iba a ser un eyaculador precoz, pero pasaba el tiempo, y yo seguía igual, hasta que ella volvió a ponerse al lado mío, me hizo girar hasta quedar boca arriba y se subió encima. En ese momento, me di cuenta de que no tenía preservativos. Le quise decir algo y no lograba articular las palabras, pero ella entendió y me dijo, y fue lo único que me dijo en esa noche, que me quedara tranquilo, que tenía un DIU. Yo no sabía lo que era un DIU, pero la forma en la que lo dijo me tranquilizó, así que me dejé llevar.

> *El representante del Ministerio Público Fiscal solicita exhibir la filmación de los hechos. La defensa se opone afirmando que dicha prueba ya ha sido incorporada al expediente y que el pedido del fiscal es sorpresivo. Corrido traslado a la fiscalía para que conteste la oposición, aquella parte sostuvo que su solicitud obedecía a que durante el transcurso del debate la defensa, al contrainterrogar a los testigos de cargo,*

había intentado sembrar dudas acerca de si fue Rojas la persona que arrojó a la víctima a las vías del subte, por lo que la reproducción del video era un medio eficaz para zanjar las hesitaciones que la defensa pudiese tener. Trabada la contienda, el tribunal establece un cuarto intermedio para deliberar, luego del cual resuelve rechazar la oposición de la defensa, y ordenar la reproducción del registro fílmico en el proyector de la sala, lo que se cumple. Finalizada la reproducción, el tribunal dicta un cuarto intermedio hasta el 2 de agosto a las 11:00 hs.

—Cuando abrí los ojos, ella ya no estaba. Había regresado a su cuarto mientras yo dormía. Durante el desayuno todo transcurrió como si nada, comimos tostadas con una mermelada de tomate que ella había comprado, no me lo voy a olvidar nunca más. A mí el tomate como mermelada me parecía asqueroso, pero tenía tantas cosas en la cabeza que me tragué tres tostadas casi sin darme cuenta. Cuando Pedro se fue a bañar, ella me dijo que saliéramos un segundo al patio. Se prendió un cigarrillo, en ese momento me enteré que fumaba, me miró con una seriedad que hasta ese momento no le conocía y me dijo algo así: *Lo que pasó ayer no puede pasar nunca más. Estoy con la cabeza hecha un quilombo. Cuando me dijiste que todavía eras virgen y que ninguna de tus compañeras se había interesado en vos, no sé, sentí algo, como maternal, y quise ayudarte. No sé qué tenía en la cabeza*. Yo no sabía qué contestarle, en un instante había descendido varios escalones, de seductor irresistible a nene digno de lástima, pero lo que más me preocupaba en el momento era que no dejara de verme como *maduro para mi edad*, así que me limité a asentir, intentando parecer tan serio como ella. *Y no se puede enterar nadie*, siguió, *menos que menos tu mamá, porque imaginate, con todo lo que le está pasando, si se llega a enterar de esto no lo va a entender y le puede hacer muy mal*.

Reanudada la audiencia, el Sr. Fiscal comienza su alegato. Enumera las pruebas producidas en el debate y las incorporadas por lectura y afirma que todas tienen un sentido unívoco y es que Gonzalo Rojas arrojó a Lucía Cruz a las vías del subterráneo instantes antes de que la formación alcanzara la estación, ocasionándole la muerte, que se produjo producto del impacto del vagón, que, entre las muchas lesiones que no tiene sentido recordar, produjo su desmembramiento a la altura de las rodillas. Sostiene que no quedan dudas acerca de que Rojas realizó el hecho. Que tampoco resulta una hipótesis viable que la muerte de Cruz haya sido accidental, que esa hipótesis se desacredita, entre otras pruebas, con el testimonio de Raúl González, quien vio cómo el imputado le gritaba a la víctima antes del momento del hecho. Que es cierto que no se pudo suministrar un móvil para el homicidio, pero que no es la primera vez que alguien realiza una acción semejante sin ningún motivo aparente, que ese tipo de cosas, por más extraño que nos parezca, a veces simplemente suceden.

—La séptima noche sucedió de nuevo. Cuando Pedro se fue a dormir, ella me dijo que lo mejor sería que yo me acostara también, que no nos arriesgáramos a equivocarnos de nuevo. Como la vez anterior, esperé, en vano, a que subiera las escaleras, pero me costó conciliar el sueño. En algún momento me tuve que haber dormido, porque desperté al escuchar un ruido proveniente del living. Agudicé el oído y me pareció percibir a Lucía hablando con un hombre, pero no podía entender lo que decían. Me levanté intentando hacer el menor ruido posible, entreabrí un poco la puerta y la vi sentada en el sillón frente a la televisión. Las voces que había escuchado eran las de Tom Cruise y Nicole Kidman. Ella se dio vuelta y me sonrió, me preguntó si me había despertado con la televisión, y le dije que no. No se podía dormir, me dijo, y por eso se puso a ver una película

que había alquilado. Le dije que yo tampoco tenía sueño, le pregunté si la podíamos ver juntos, y se acurrucó en una esquina del sillón, invitándome a acercarme.

> *Sostiene, a modo de conclusión, que considera acreditada la conducta endilgada, la cual se encuadra jurídicamente en el artículo 79 del Código Penal, homicidio simple, en calidad de autor. En cuanto al monto concreto de sanción a imponer, consideró pautas agravantes la edad del imputado, pues no era una persona joven que pudiera tener algún grado de inmadurez emocional. También tuvo en cuenta el carácter atroz del crimen, que se valora como mayor intensidad en el injusto y la ausencia de cualquier clase de motivación que pudiera, aunque no justificar, por lo menos hacer comprensible lo que, de otra manera, no nos queda más que entender como un acto de crueldad gratuita y arbitraria. Como pauta atenuante únicamente advierte la ausencia de antecedentes. Por los motivos expuestos, solicita que se condene a Gonzalo Rojas a la pena de dieciocho años de prisión, accesorias legales y costas.*

—Nunca había visto tanto sexo en una película y, como era esperable, a los minutos estaba muy excitado. Ella seguía acurrucada en su esquina y yo me fui acercando, hasta que tuve al alcance su mano y la tomé. Ella al principio empezó a acariciarme como la otra vez, maternalmente, pero al momento bajó la mano y me empezó a tocar por debajo del pantalón. Mientras lo hacía, me decía que tenía que parar de buscarla, que no podíamos seguir haciendo eso, qué pasaría si mi hermano bajaba. Pero eran solo palabras. Al poco tiempo apagó la televisión y fuimos a mi habitación. Me decía que le había mentido, que no me movía como alguien que nunca había cogido. Después, acostados los dos, yo le recorría el cuerpo con las manos y ella me decía que había muchas

otras cosas que le gustaría hacer y que no hacía porque era el hijo de su amiga, que tenía que meterse debajo de las sábanas para chupármela, perdón la vulgaridad, pero intento recordar sus palabras exactas, porque no lograba hacerlo si al mismo tiempo me miraba y que había otras posiciones que no se animaba a hacer conmigo, porque eran demasiado fuertes. Yo usé todos mis argumentos para convencerla de que hiciéramos todas esas otras cosas a las que se refería y ella seguía diciéndome que no, pero a esa altura, incluso con mis catorce años y mi falta total de experiencia, ya me daba cuenta de que su resistencia era solo parte de un juego.

> *Concedida la palabra al Dr. Galíndez, el defensor comienza su alegato afirmando que no comparte la valoración de la prueba efectuada por la acusación y sosteniendo que las conclusiones de la fiscalía son el producto de un razonamiento endeble, arbitrario y violatorio de las leyes más elementales de la lógica. Afirma que ninguno de los testigos que declararon en el debate presenciaron el momento en el que su asistido habría empujado a la señora Cruz a las vías, por lo que subsiste la duda acerca de si fue él efectivamente quien la empujó, y en su caso si ello fue intencional o solo un desgraciado accidente, o si fue un tercero o incluso la propia víctima. Que la circunstancia de que los hayan observado discutir no prueba nada, que incluso si ese aspecto se tuviera por acreditado nada permitía descartar la posibilidad de que la víctima pudiese haber estado nerviosa por la discusión y hubiese caído a las vías. Continuó afirmando que, en lo que respecta a la filmación que el representante del Ministerio Público Fiscal estaba interesado en mostrar, el único dato relevante que esa defensa advierte es la cantidad de personas que se encontraban en el lugar y la circunstancia inexplicable de que solo una de ellas,*

Raúl González, hubiese sido llamada a prestar declaración en el debate.

—¿Está todo bien? —se asomó la cabeza del guardia por la puerta de la celda.

—Sí, sí, le respondí, pero vamos a necesitar unos minutos más.

—Lo que usted precise, doctor. Si necesita algo, yo estoy al lado de la puerta.

Le agradecí y le aseguré una vez más que no tenía motivos para preocuparse. Cuando cerró la puerta de la celda, volví a mirar a Rojas, impaciente porque continuara.

—En la octava noche no hubo vueltas. Esperamos a que Pedro estuviese dormido, fuimos a mi cuarto y empezamos de la misma forma que los dos días anteriores. La primera variación fue cuando no se cubrió al momento de practicarme sexo oral. Cuando sintió que yo estaba por eyacular, sacó mi pene de su boca, se puso en cuatro patas y me dijo que la penetrase. Mientras lo hacía, me dijo que le tirara del pelo, yo le di un tirón suave, pero ella me pidió que lo hiciera más fuerte. Ahí empezó a pedirme que le pegase. Como yo no reaccionaba, no entendía siquiera qué me quería decir, me tomó la mano y se cacheteó la nalga. Lo hice una o dos veces, quería hacer cualquier cosa que la complaciera, pero cada vez que hacía algo ella me pedía que lo hiciera más fuerte, que me dejara llevar. Tal vez por los nervios o por lo extraño de toda la situación, pero no conseguí eyacular. Ella no parecía tener problemas, seguía en esa curva de agresividad ascendente, hasta que, en un momento que yo estaba encima de ella, me tomó las dos manos, las puso alrededor del cuello y me dijo que apretara, que no pasaba nada, que era solo un juego.

Esta incertidumbre, continuó, torna imposible destruir la presunción de inocencia, por lo que corresponde dictar la absolución de mi asistido. Sin perjuicio de lo expuesto, para el improbable caso de que los magistrados considerasen acreditada la teoría del caso

de la parte acusadora, solicito que se le aplique el mínimo de la escala imponible, es decir, ocho años de prisión. En cuanto a las pautas atenuantes y agravantes, debo señalar que la hermenéutica propuesta por el Fiscal pretende hacer valer contra mi asistido la circunstancia de que esa parte no haya logrado encontrar una motivación para la acción criminal que le adjudica. Resulta difícil de creer que ante sus propias carencias probatorias la fiscalía abandone por completo el principio in dubio pro reo y suponga que la acción adjudicada sea producto de una "crueldad gratuita y arbitraria". Soslaya también la valoración de atenuantes presentes en el caso: mi asistido es una persona que trabajó durante toda su vida, que tuvo que superar graves problemas económicos y siempre se mantuvo dentro de los márgenes de lo legal, que, como relató Mario Rojas, sufrió una infancia llena de eventos traumáticos, con el abandono de su padre y el alcoholismo y el suicidio de su madre, todo cuando no tenía más de catorce años; quedando al cuidado de un tío que lo puso a trabajar en su taller, iniciando una precoz vida laboral que se ha mantenido hasta la fecha.

—Esa noche ella se quedó conmigo hasta el amanecer. Su cuerpo al lado del mío, por primera vez, me producía más tensión que deseo. Quería que se fuera de la habitación, pero no sabía cómo decírselo sin parecer un chico asustado. Es posible que los años hayan deformado un poco mi memoria, pero en mis recuerdos de esa noche ella me pedía que le apretase el cuello hasta que empezaba a faltarle el aire. Y yo lo hacía, ¿qué iba a hacer? Me costó mucho dormirme y, cuando lo logré, me despertó para empezar de nuevo. Le dije que estaba cansado, que necesitaba dormir un poco y ella, sin decir nada, me sonrió, se vistió y salió de la habitación. A la mañana siguiente, mientras me preparaba unas

tostadas y buscaba en la heladera alguna alternativa a la mermelada de tomate, se acercó por detrás, pasó su mano por entre mis piernas y me apretó suavemente los testículos. Después de desayunar me fui a la casa de Marcelo, necesitaba salir un poco de esa casa y, además, Pedro se estaba dando cuenta de que me pasaba algo. No pude evitar hablarle a mi amigo de Lucía, pero no le conté nada de lo que había sucedido. Tenía miedo de que se lo pudiera contar a alguien, que el rumor fuera corriendo y mi madre se enterase de lo que le había hecho. Emprendí el viaje a casa convencido de que iba a decirle que no quería que pasara más nada entre nosotros, que nos habíamos arriesgado demasiado a que Pedro bajara al baño y nos escuchara o nos viera, pero cuando regresé ella ya no estaba ahí. Según lo que me dijo mi hermano, había llamado desde su trabajo para avisar que tenía un problema personal y que no iba a poder volver a casa en esos días. Pensé en llamarla, pero no tenía su contacto y tenía problemas más urgentes que resolver. No la volví a ver en veinte años.

> *La fiscalía hace uso al derecho a réplica y afirma que la imposibilidad de ubicar a todas y cada una de las personas que presenciaron el hecho es irrelevante, en tanto, el hecho investigado ha quedado registrado en una filmación, cuyo contenido resulta incuestionable: se puede observar cómo Rojas espera a su víctima afuera del trabajo, cómo la sigue durante varias cuadras, cómo baja con ella a la estación Alem de la Línea B y cómo, luego de una breve discusión, la arroja frente a la formación que se acercaba, produciéndole la muerte. Señaló, por último, en cuanto a los atenuantes postulados por la defensa, que esa historia melodramática no había sido acreditada de ninguna manera, pues solo había sido sustentada en la declaración de un testigo que era progenitor del imputado. Agregó que, aun si todo lo sostenido por la defensa fuera cierto, esa fiscalía no conseguía advertir*

de qué manera esas circunstancias eran relevantes al momento de individualizar la pena.

—Mi madre volvió a casa dos semanas después de que Lucía desapareciera de mi vida. Con Pedro habíamos decidido no contarle que su amiga nos había abandonado, para evitar que se sintiera presionada a salir de la clínica antes de que fuera oportuno según su tratamiento. Nos veníamos organizando bastante bien entre los dos y podríamos haber subsistido así todo el tiempo que fuese necesario, pero mi madre se enteró por una vecina que la visitaba y fue imposible convencerla de pasar una noche más lejos de casa. Lo conversó con el médico que la trataba y el hombre, si bien le dijo que su consejo profesional era que continuase allí, se tuvo que conformar con la promesa de que realizaría un tratamiento ambulatorio. Durante varias semanas creímos que las cosas iban a volver a la normalidad, aunque fuera una nueva normalidad. Esas tres semanas en la clínica, si bien no fueron suficientes para *curarla* de su adicción, sí le habían permitido volver a creer que podía tener una vida distinta y, además, la ayudaron para superar la parte más difícil, más fisiológica, de la abstinencia. Si todo hubiese seguido así, tal vez las cosas habrían sido distintas, el abuso, no tengo problemas en llamarlo así, lo habría tratado en terapia y Lucía seguiría con vida.

Cumplida la discusión final, el Presidente del tribunal le pregunta al imputado si desea manifestar algo más en su defensa, a lo que Gonzalo Rojas afirma que no desea agregar nada más, solo quiere pedirle disculpas a la familia de la víctima por el sufrimiento causado. El Sr. Presidente da por concluido el debate y convoca a la deliberación secreta de los jueces previa a la redacción de la sentencia, citando a las partes a comparecer el próximo viernes 5 de agosto a las 12:00 hs. Con ello, se da por finalizada la audiencia y se procede a la firma de la presente acta por las partes.

—Pero las cosas se volvieron a torcer —le dije, preocupado porque el guardia nos interrumpiese de nuevo.

—No tenía ninguna mentira mejor —continuó, como si no me hubiese escuchado—, así que le dije lo que Pedro me había contado, que un día llamó por teléfono y avisó que no podía seguir cuidándonos.

—¿Y ella le creyó?

—No, ni por un momento. Empezó a buscarla al día siguiente de volver de la clínica. Las semanas que vivió bien después de eso fueron las que tardó en encontrarla. La llamaba por teléfono y ella cortaba cada vez que escuchaba su voz. Intentó ir a verla a la salida del trabajo pero ella pasaba de largo, como si no la viera. Era la única persona con la que había podido abrirse y ahora la despreciaba sin motivo alguno. Mi madre se obsesionó con el tema. Me preguntaba si Pedro o yo habíamos hecho algo que la pudiese haber ofendido, estaba convencida de que Lucía tenía algún motivo para ignorarla. Yo intentaba que lo olvidara, pero no había forma. Un domingo por la mañana, mientras revolvía la heladera en busca de algo para comer y recordaba la mañana en que ella había desaparecido de nuestras vidas, escuché a mi madre gritando en su habitación. Subí las escaleras pero, a último momento, sentí que no debía entrar al cuarto, asi que solo apoyé la oreja contra la puerta. Supe enseguida que estaban hablando, pero lo único que pude escuchar fue a mi madre preguntando por qué. Por qué le hacía eso. Por qué hablaba así. Por qué le decía esas cosas terribles. Por qué la lastimaba. Al día de hoy no sé con certeza qué fue lo que le dijo. Lo único que sé es que unas horas después mi madre saltó a las vías del tren.

Nos quedamos en silencio un momento y luego continuó.

—Lo que usted tiene que entender es que todas y cada una de las cosas que me pasaron en los últimos veinte años se pueden reconducir a Lucía. Yo podría haber sido un hombre feliz, razonablemente feliz. Mi madre podría haber vivido muchos años más, podría haber dejado atrás el alcohol. Estaba dejando atrás el alcohol. Mi hermano hubiera seguido viviendo con nosotros. Yo podría haber estudiado algo, en lugar de perder años trabajando

como esclavo en un taller. ¿Se da una idea de lo que es pasar doce, catorce horas al día trabajando en máquinas que montan cajas de cartón? Pero lo peor de todo, lo que nunca le perdoné, es lo que le hizo a mi madre. Lo que me hizo fue terrible, pero ¿torturar a mi madre después? ¿Solo para asegurarse de que no la molestase más?

—Pero ¿por qué veinte años después?

—Después de la muerte de mi madre, Lucía desapareció de la faz de la tierra. Renunció a su trabajo y se fue de la ciudad sin dejar dicho a dónde, asumo que habrá ido a alguna provincia del interior, pero la cuestión es que le perdimos el rastro. Mi tío apenas hablaba con mi madre para las fiestas, así que no tenía idea de quiénes eran sus amistades, si las tenía. Ningún dato que me fuera útil para buscarla. Solo sabía que se llamaba Lucía Cruz. Pasaron los años, y tendría que haber dejado de pensar en ella y en lo que nos había hecho, pero me resultaba imposible. La recordaba cada día. Hasta que la volví a ver, por casualidad, saliendo de ese edificio sobre Libertador. Ya sé lo que se pregunta, ¿veinte años no atemperaron la bronca que sentía? Evidentemente no o no lo suficiente. Pero no se confunda, yo no la quería matar, no había pensado en matarla, jamás en mi vida tuve una reacción violenta, ni siquiera de chico —sabía que eso era falso, ese mismo domingo en que su madre se suicidó había estado cerca de ahogar a su mejor amigo, pero lo dejé pasar—. Creo que es bastante obvio que no fue algo planificado.

—¿Y entonces?

—Le pregunté qué le había dicho a mi madre, y si sabía que se había suicidado esa misma mañana, y su única reacción fue sonreír. No me dijo una palabra, no mostró el más mínimo grado de remordimiento. Se limitó a sonreír. Y no lo pensé dos veces.

Cuarta parte
El castigo

1.

—Imagínese perder horas y horas de trabajo preparando una defensa para que después el chico termine pidiéndole perdón a la familia de la víctima —el doctor Pietro Costa, sentado en uno de los sillones del despacho de Martina, donde siempre hacíamos las discusiones posjuicio, estaba exultante; los debates sencillos lo ponían de buen humor.

—Pero ¿cómo pudo pasar eso? —dijo la doctora Tavares, sentada a mi lado en el otro sofá—. En serio me lo pregunto, ¿no sabía que su asistido iba a confesar? ¿El chico no había confesado antes? Jamás vi una cosa así en mi vida.

—Igual digamos que la teoría del caso de la defensa no era muy convincente. Tengo que volver a ver ese video, claro, pero por lo que mostró el fiscal en la audiencia parece bastante claro que el muchacho la empujó. Creo que el único tema que vamos a tener que pensar es en la pena.

Al escuchar la palabra pena salí de mi ensimismamiento. Todavía no podía concebir que Gonzalo no hubiese dicho una sola palabra acerca de los abusos que había sufrido y el vínculo de Cruz con el suicidio de la madre. Lo había visto dos veces antes del juicio y le había dejado claro que tenía que contar esa misma historia que me había contado a mí, palabra por palabra, cuando estuviera ante los tres. No hubiera conseguido la absolución, porque nada que hubiera pasado podía justificar lo que hizo, pero su delito habría sido más comprensible, más humano, y la pena a imponer, mucho menor. Si lo hubiera hablado con el defensor, como le recomendé, hasta podrían haber peleado una emoción violenta y una pena en suspenso; aunque plantear emoción violenta veinte años después del hecho que motivaba la reacción iba a ser difícil, cualquier cosa habría sido

mejor que esa estrategia del *tal vez se tropezó* que desplegó el defensor.

—Dieciocho me parece mucho —dijo la doctora Tavares, haciendo alusión a la pena pedida por el fiscal—. ¿Qué opinan ustedes?

—¿Por qué te parece mucho dieciocho? El tipo empuja de la nada a una pobre señora a las vías, sin motivo ni explicación, tuvo suerte de que el fiscal no fue por la perpetua. A mí me parece una pena razonable para la gravedad del hecho. ¿Y a usted, doctor? Lo noto muy callado hoy.

Sexto paso hacia el vacío. Aunque, a esa altura, un paso menor.

—Perdón, estaba pensando. Yo estoy muy lejos del fiscal. Creo que me acerco más al mínimo.

Los dos se me quedaron mirando, no estaban acostumbrados a que fuera demasiado laxo con las penas. Tampoco a que les adelantara mi opinión ni bien salíamos de la sala de audiencias. Pietro Costa siempre me hacía la misma pregunta y yo le respondía algo así como *puede ser, lo tengo que meditar más,* o algo similar. Siempre prefería empezar deliberando conmigo mismo.

—No me miren así —les dije, intentando disipar el clima de sorpresa que había generado mi respuesta—, lo tengo que pensar. Pero la defensa tiene razón acerca de la motivación. Si el fiscal no probó el porqué del acto de Rojas, no podemos argumentar que el acto fue inmotivado.

—Pero ¿qué le pide al fiscal? —me preguntó Pietro Costa, con el interés de quien ve a alguien que considera inteligente decir algo ridículo—. ¿Que acreditase que no había motivos?

—No sé, algo, cualquier cosa menos eso de la crueldad gratuita. Que no conozcamos los motivos no significa que no existan.

—Pero los negativos no se prueban, doctor, me extraña de su parte.

—Pero entonces debería ser un factor neutro —dije, sabiendo que me estaba esforzando demasiado—, una incógnita abierta, no una pauta agravante.

—A mí lo que me llama la atención —dijo Tavares— es que ni la defensa ni él hayan expuesto ningún motivo. Más todavía con ese

pedido de disculpas. El joven hizo lo que hizo por alguna razón, me juego el cargo.

Bienvenida al club, tuve ganas de decirle.

—Capaz que no indagaron en el tema porque no los beneficiaba —dijo Pietro Costa—, miren si conociendo la motivación el fiscal hubiera podido ir por un tipo agravado y pedir la perpetua.

—Puede ser —dijo Tavares, pero no sonaba convencida.

Nos quedamos un momento los tres en silencio, cuatro contando a Martina, que rara vez interrumpía si no le preguntábamos algo.

—Yo sé que usted no es de mirar las causas antes del juicio —me dijo Tavares—, pero tal vez le pueda preguntar a su relatora si está al tanto de algo; capaz que hay algún detalle que ella vio en el expediente y que en el juicio no se ventiló y sería fundamental conocerlo antes de tomar una decisión.

Me pregunté si estaba insinuando algo o si era solo mi paranoia y me incliné por lo segundo, aunque sentía que no me sacaba los ojos de encima, como si intuyera que yo estaba al tanto de algo que a ellos se les escapaba. Les dije que lo iba a hablar con Fernanda y quedamos en volver a discutir el tema en unos días.

—No será la madre, ¿no? —preguntó Pietro Costa al salir y, al no verle la cara, no pude saber si estaba bromeando.

—Acordate de que la madre está muerta —le respondí—, se tiró abajo de un tren.

Tuve que ver la sorpresa en la cara de mi colega para darme cuenta del error que había cometido con esa última aclaración. El defensor había dicho suicidio, pero no había explicado el método. Lo único afortunado, si es que afortunado es la palabra precisa, es que, ensimismada como estaba Tavares por lo que había dicho, y con Pietro Costa intentando descifrar qué nos pasaba, ninguno de los dos advirtió el pánico en la mirada de Martina.

***

—No es tan grave. Tal vez ni se dio cuenta —dije, más para calmarme a mí mismo que para tranquilizarla a ella.

Estábamos los dos en mi despacho, reunidos con la puerta cerrada. Afuera estaba Fernanda, que terminaba de pasar los apuntes que había tomado durante el juicio.

—A la vieja no se le escapa una. Te aseguro que en este momento está en el despacho dándole vueltas al asunto.

—Lo voy a hablar con ella. Puedo hacer una confesión, parcial, por supuesto: sí, el caso me interesó mucho, hice un par de búsquedas en internet y ahí me enteré de que la madre se había suicidado saltando a las vías del tren. Listo, nada grave.

—Claro, salvo que se proponga buscarlo y vea hasta qué punto hay que bucear para dar con la noticia. No me parece una buena idea.

—¿Y entonces?

—Y entonces nada. Confiá en que se termine olvidando y quedate en guardia por si te hace algún comentario. ¿Qué vas a hacer con la pena? ¿Te parece prudente ir por el mínimo?

Le dije que lo tenía que pensar y ella entendió que no quería seguir hablando del tema. Estuvimos unos segundos en silencio hasta que me dijo que tenía mucho para hacer y salió de mi despacho. Nuestra relación estaba pasando por un momento particular, una suerte de extrañeza, desde que le conté lo que había descubierto y cómo. Al principio se había escandalizado, pero al poco tiempo el interés por descubrir lo que había pasado fue más fuerte que el enojo y me pidió que se lo contara todo con detalles. Solo cuando terminé con la historia que me había relatado Rojas y le respondí hasta la última pregunta, se acordó de volver a sermonearme acerca de la gravedad de lo que había hecho.

Me sentí aliviado de estar un rato solo. Conecté el teléfono a los auriculares *bluetooth* que Dolores y Gabriel me habían regalado por mi cumpleaños y me puse a escuchar la colección de nocturnos de Chopin interpretados por María Joao Pires. El amor por la música clásica, a diferencia de los jueces con familias patricias que iban al Colón desde pequeños, me venía de la época de estudiante universitario. Mi casa siempre había sido ruidosa, con mis dos hermanas menores gritándose de una habitación a la otra. Entonces la única forma de estudiar era con música, pero la música con letras

también me mareaba un poco. Hasta que un día, buscando entre los CD de mi padre, encontré una colección de música clásica sin abrir que había comprado con el diario de los domingos. Mi padre jamás había escuchado música clásica, no había salido nunca del tango tradicional, pero era un obsesivo de las colecciones. Así la casa se llenó de colecciones Gredos de Tragedia griega, varias de Filosofía occidental, aviones y barcos para armar y, entre otras cosas, esos CD llenos de polvo, pero todavía protegidos por el nylon original.

Mientras sonaba el piano melancólico de Pires, me acomodé en el sillón e intenté ordenar mis ideas. Tenía que pensar en la sentencia, o en cómo reparar el desliz que había cometido delante de mis colegas, pero en lo único en lo que podía pensar era en el caso. ¿Cómo podía ser que Rojas no hubiese dicho una palabra de todo lo que me había contado? ¿Y ese pedido de disculpas? No pidió perdón por lo que hizo, sino por el dolor que les causó a los familiares al hacerlo. A la hija de Cruz, como era de prever, no le había conmovido demasiado. Debía haberlo sentido como insincero, como un intento de mejorar su situación. Ese era el dilema de los pedidos de disculpas en casos tan graves: no hacerlos es arriesgarse a no mostrar arrepentimiento, pero hacerlos puede parecer cinismo o conveniencia.

¿Y si había decidido no contar la historia a último momento, al ver a la hija de Cruz llorando en la sala de audiencias? Me di cuenta de que estaba adjudicándole a Rojas un altruismo difícil de justificar para una persona en su situación. El héroe acepta una condena injusta para ahorrarle un disgusto a la familia de la mujer que lo abusó. No, no era convincente. Rojas no era un santo o nada me permitía creer que lo fuera. Tenía que haber otra cosa.

Miré el reloj, eran las cinco de la tarde y probablemente el tribunal ya estuviera vacío, aunque ni Martina ni Fernanda me habían avisado que se iban. Abrí la computadora, pensando en comenzar a delinear la sentencia de Rojas, pero, después de unos minutos, la cerré y me puse a leer, una vez más, el documento que había escrito con los apuntes de mi investigación, viendo cómo el sentido de la historia cambiaba ahora que conocía por qué Rojas lo había hecho.

¿Todo lo que había salido mal en su vida era culpa de Cruz? No, claro que no. Nunca una vida se explica solo por un hecho puntual; para bien o para mal, toda vida es multicausal. Y, sin embargo, al momento de encontrar responsables, Cruz era una gran candidata. El abuso. El suicidio de la madre. La imposibilidad de reconciliarse con el padre. El abandono del hermano. Todo se podía remontar de manera más o menos directa a esa semana con Cruz. No era poco. Y sin embargo seguía sintiendo que me faltaba algo.

El sonido del teléfono me hizo saltar del asiento.

—Yo sé que está con la cabeza llena de cosas…

—Martina, perdón, no te quise echar hace un rato.

—Por favor, doctor, faltaba más. Le quería recordar que mañana al mediodía tenemos la audiencia de conocimiento de Bastianini.

—¿Bastianini?

—Abreviado en un caso de homicidio en el que se pactó una pena superior al máximo, la defensa había pedido hacer la audiencia virtual y usted convenció a sus colegas de que sea presencial, ¿lo recuerda?

—Claro, claro, ¿por qué no me tuteás? ¿Estás con alguien o estás enojada por algo?

—¿Por qué le interesa saber si estoy con alguien, doctor? ¿No le parece una pregunta inapropiada? Tengo algo más para compartirle, si tiene tiempo.

—¿Cuánto dura el enojo?

—¿Te acordás de que la cara del hermano te sonaba de algún lado?

—Me sigue sonando —le dije y, al decirlo, sentí un escalofrío.

—Bueno, no coincidieron en Salamanca.

—Ah, ¿no? —apenas la escuchaba. Tenía una idea de dónde podía haber visto al hermano, pero era algo ridículo, tenía que estar equivocado.

—No, lo estuve investigando bastante, en la medida en que mis recursos me lo permiten, y no encontré ningún punto en común con vos, con usted, digo.

—Menos mal —le respondí sin pensar. Apoyé el teléfono entre el hombro y la oreja, abrí la computadora y desbloqueé la clave—.

¿Martina?

Se lo iba a decir, pero preferí verificarlo primero.

—¿Te puedo llamar en cinco minutos?

***

—Es como el gorila invisible, ¿entendés? —le dije, a la mañana del día siguiente, mientras manejaba por la Ricchieri.

—¿El qué?

No me quedó claro si no me entendía o no me escuchaba, así que subí los vidrios del auto, para que el ruido de la ruta interfiriera menos, y se lo repetí.

—¿El experimento decís? ¿Ese en el que se cuentan los pases?

—El mismo. Ponés la atención en un foco y no ves lo que pasa alrededor.

—¿Dónde estás? ¿Escucho ruido de motor, estás viniendo para acá?

—No, no, estoy yendo a Ezeiza. Tengo que hablar con él de nuevo.

—Andrés, ya sé que lo sabés, pero dejame decírtelo igual, con todo el respeto a tu investidura: te estás yendo al carajo.

—Tenés razón, elegí el insulto que más te guste y va a estar justificado. No te lo dije para no comprometerte. ¿Sirve de algo que te prometa que es el final, que tengo esta conversación con él y se termina el tema?

—Hasta que te pongas a escribir la novela.

—En unos años, cuando el tema haya quedado en el olvido.

—Andrés, ¿vos te acordás de que sos juez? ¿Juez de la nación? Yo te acompañé hasta cierto punto en toda esta locura, así que tengo parte de la culpa, pero esto que estás haciendo es cruzar cualquier límite.

Me quedé callado, no sabía si ella iba a agregar algo más.

—¿Vos te das cuenta de que si las cosas son como vos creés que son vamos a tener un dilema ético gigante entre manos?

Le iba a decir que no, que no había ningún dilema ético porque no había forma de compartir con nadie nada de lo que sabíamos.

Pero estaba equivocado. No lo podíamos compartir ni yo ni ella, pero nada, ni siquiera el instinto de conservación, nos impedía hacer una llamada anónima al 911 y lograr que alguien mirase al gorila que saludaba mientras todos estábamos distraídos contando pases.

—Sí, tenés razón. Pero ahora no puedo pensar en eso. Cuando confirme lo que hasta ahora es una hipótesis, vemos qué hacemos con esa información, si es que hacemos algo. Ahora te corto porque necesito concentrarme en la ruta, no sea cosa que termine con un accidente de tránsito de camino a Ezeiza en horario laboral.

Podría haberle contado, tendría que haberle contado, acerca de la llamada de mi suegro. Pero eran demasiados temas dándome vueltas en la cabeza como para sumar uno más.

El principal peligro no era tanto la distracción, sino el sueño. Hubiera alcanzado con lo que descubrí durante el juicio para tener una noche de insomnio, pero esa no había sido la única sorpresa del día. Eran las ocho de la noche, Gabriel había ido a la casa de un amigo y Dolores y yo compartíamos una cena más silenciosa de lo habitual, cuando escuchamos el timbre del teléfono de línea sonando en el living. La única persona que llamaba por ese teléfono era el padre de Dolores, así que quedé bastante atontado cuando, después de atender, me dijo que era para mí.

—Doctor —dije al agarrar el auricular.

—¿Cómo le va? —la alegría con la que me saludó me puso la piel de gallina—. Mire, no le voy a dar demasiadas vueltas. Tenemos que hablar de un asunto.

—Lo escucho.

—Hay una información que llegó a mis oídos que le concierne a usted y, por anexión, a mi familia —la distinción entre mi persona y la de mi familia me sorprendió, no porque tuviera alguna ilusión de que él sintiera algún tipo de afecto hacia mí, sino porque, hasta ese día, siempre había cuidado las formas— y, como siempre me preocupo por los míos, me gustaría poder ayudarlo.

—No sé a qué se refiere —le mentí, no pensaba concederle nada.

—Sabe muy bien a qué me refiero. No se haga el distraído —la agresión iba *in crescendo*, se notaba que hacía rato venía con ganas de tener esta conversación.

—¿Y en qué consistiría su ayuda?

—Digamos que esa información está a punto de ser pública y yo tendría los medios para frenarla.

Otra vez los rumores. Suponía que recargados. Martina iba a pasar un mal momento, pero nada más. Después de todo, eran solo rumores, entre Martina y yo no había pasado nada.

—Lo que hago con mi vida, mal que le pese, no es asunto suyo.

—Esto excede, por mucho, su vida. Me asombra sobremanera su incapacidad de ver cómo sus acciones pueden afectar a la gente que lo rodea —hizo una pausa—. A mi nieto, por ejemplo.

Probablemente fue ese detalle, que usara a Gabriel para extorsionarme, lo que me enojó tanto y me hizo perder la cautela que siempre había tenido al hablar con él. Todavía me pregunto si las cosas podrían haber sido distintas si hubiese prestado más atención en vez de estar concentrado en liberar el enojo que venía acumulando durante años.

—No se preocupe que yo sé cuidar muy bien de mi familia. Y, para que le quede bien claro, el hecho de haberme ayudado a ser designado no le da ningún derecho sobre mi vida.

—De todos los errores que cometí en mi vida, y mire que fueron muchos y considerables —dijo, con una decepción impostada que casi me hace reír—, ayudar a que usted sea designado juez probablemente sea el mayor. Le doy una oportunidad más para pensarlo, solo por deferencia a mi hija y a mi nieto, ellos no se merecen sufrir por culpa de su inmadurez.

—Váyase a la puta madre que lo remil parió, doctor.

Lo dije sin pensarlo y sé que fue algo muy insensato de mi parte. A pesar de todo, creo que nunca el acto de hablar me produjo tanta satisfacción como al pronunciar esas diez palabras.

A la llamada le siguió la discusión con Dolores, que estaba en *shock* al descubrir que existían seres humanos capaces de faltarle el respeto a su padre y, encima, que estaba casada con uno de ellos. Discutimos durante horas, acerca de Martina, de su padre, de nosotros y Gabriel, en ese orden; y después de tanto discutir el único consenso que alcanzamos era que no tenía ningún sentido seguir construyendo un proyecto de vida en esos términos. Parecía

poco, pero que ella lo admitiera era algo novedoso, hasta ese momento siempre había sido hostil a mis insinuaciones de que el divorcio podía ser la mejor solución. Algo la había hecho cambiar de opinión. No dejo de preguntarme si ella estaba al tanto de todo. No tiene sentido pensar en si lo aprobó o si se opuso, porque tratándose del padre ella jamás hubiera tenido alguna posibilidad de oponerse. Pero, por los años compartidos, por lo menos me podría haber puesto sobre aviso de lo que se iba a venir.

No quise ir a la cama hasta asegurarme de que ella estuviera durmiendo, así que me acosté en el sillón del living a ver una película. Busqué *Caché* y la encontré en uno de los servicios de *streaming*. Cuando terminó, me quedé un rato mirando los créditos. Había pensado que no tenía sentido mirarla en búsqueda de claves escondidas, porque Gonzalo era lo suficientemente inteligente como para no irme regalando pistas acerca de lo que quería esconder. En parte tenía razón, porque la película no contaba nada similar a lo que yo creía que había sucedido. Era una capa más de engaño, algo que había improvisado en el momento para agregarle profundidad a su *confesión.* Y, sin embargo, pensaba después, acostado en la cama, si dejábamos de lado los detalles concretos de la trama, si me olvidaba del fondo y pensaba en la forma, estaba todo ahí, en esas dos horas de película.

Al día siguiente, cuando los edificios que componen la prisión de Ezeiza se empezaban a vislumbrar en la distancia y yo pensaba en la mejor forma de abordar a Rojas, me dije que la película de Haneke podía ser un buen punto de partida.

***

—¿Los jueces toman mate?

El mate por las mañanas me da una acidez terrible, pero tenía que aprovechar cualquier posibilidad de ganar proximidad, así que acepté. Por suerte ya estaba bastante lavado.

—Es extraño tenerlo acá enfrente, después de haberlo visto allá arriba en el estrado. ¿Por qué es todo tan formal? Le dicen señor presidente esto, señor presidente lo otro, ¿presidente de qué?

—Presidente del tribunal, me tocaba encabezar el tribunal en esa audiencia.

Quería sacar el tema lo antes posible, pero tampoco me podía apresurar.

—Es un tema el de las formas, estoy de acuerdo. Creo que la mejor explicación, la única que a mí me convence al menos, es que es tan importante lo que se está resolviendo en esa sala que es necesario que el acto tenga ciertos rituales; que sin cierto teatro, por decirlo así, sería más difícil darle a todo eso la importancia que se merece.

Se quedó en silencio, tal vez masticando hasta qué punto le parecía razonable la liturgia de los juicios. Me había dado cuenta desde el primer día de que Rojas disfrutaba de nuestras conversaciones, pero recién en ese momento empezaba a entender que yo también disfrutaba discutiendo con él. Todo eso volvía más difícil hacer lo que tenía que hacer, pero en ningún momento deslicé la posibilidad de actuar de otra manera.

Ahora que puedo pensar todo a la distancia, me cuesta entender cómo pude sacrificar tantas cosas al altar de la curiosidad. Creo que la intriga, a fin de cuentas, como cualquier generador de dopamina, es capaz de crear adicción. Hay gente que puede vivir con eso, disfrutar leyendo cuanta novela policial se le cruce por el camino y, en cualquier otro aspecto, ser un ser humano funcional. Pero hay otra categoría de seres humanos, en la que, sin dudas, estoy incluido, que se puede alimentar de ficción solo hasta cierto punto. Que de tanto cultivar el gusto por la intriga, por el caso no resuelto, termina generando resistencia a los estímulos habituales y necesita salir a buscar experiencias más extremas. Al final de cuentas, lo único que me diferenciaba de la gente que construía teorías conspiranoicas sobre el caso en internet era que yo tenía a mano los medios para investigar.

—Me encantó *Caché*, no me acordaba que era tan buena.

—¿La había visto al final?

—Creo que sí, algunas partes me resonaban, sobre todo los *flashbacks* y las filmaciones del frente de la casa.

—Obra maestra.

—Sí, es una película asombrosa. Más que nada por lo fácil que es perderte la mitad de lo que está sucediendo.

—Claro, es una película para ver prestando atención.

—Sí y no.

—¿Sí y no? No estoy seguro de seguirlo, señor presidente.

Dejé pasar el chiste. Era ahora o nunca

—De cierta manera ese es el tema de la película. Que no alcanza con prestar atención, que es igual de importante dirigir la atención al lugar correcto, que no siempre es el más evidente.

—Ah, la escena final. El encuentro en las escaleras. ¿Sabía que la mitad de la gente que ve la película no advierte lo que está pasando? En mis épocas de videoclub me divertía interrogando a la gente que alquilaba la película. Les preguntaba cuál era su teoría acerca de la identidad de la persona que le manda los videos, y si habían visto, pero de verdad, la escena del final. Y teorías había de todo tipo, desde que las cintas se las enviaba él mismo a que era el amante de la mujer o, esto es increíble, ¡el propio Hanecke!

—El análisis cinematográfico le puede hacer mucho daño al cine.

—No me lo voy a olvidar más, era un estudiante de cine. Me decía que la cuestión de la identidad no era relevante, que bien se podría decir que había sido el propio director, y yo, que no tenía demasiada paciencia para esa clase de gente, le decía *pero ¿cómo va a ser el director? ¿Qué clase de teoría es esa?* Y ahí el tipo salía con el conflicto argelino y los paralelismos entre lo que el personaje escondía y lo que había escondido, en la realidad, el gobierno francés, ¿conoce la historia?

—La busqué en internet después de terminar la película, es una historia terrible.

—Terrible, y está claro que hay un paralelismo, que la película no es solo sobre el caso puntual de ese tipo que recibe filmaciones que le remiten a algo que hizo en el pasado y que hubiera preferido olvidar, que su culpa individual es un reflejo de la culpa colectiva; pero eso no significa que se pueda dejar de lado la trama.

—Estoy completamente de acuerdo —le dije, preocupado por estar alejándome del tema y preguntándome si Rojas no lo estaba haciendo a propósito—, pero, dejando de lado al que estudiaba cine,

es comprensible que la gente no vea lo que pasa en la escena final. Estamos acostumbrados a prestar atención a lo que sucede en el centro de la escena, es parte de nuestra educación cinematográfica, lo relevante siempre ocupa un lugar importante en el cuadro. Entonces miramos ahí, esperando encontrar algo, y lo que deberíamos haber visto pasa de largo en la periferia.

Se quedó callado. Ya intuía a dónde apuntaba y estaba esperando que mostrase mis cartas.

—No fue la mejor película para recomendarme. Me la recomendó pensando en el fondo, pero se olvidó de la forma. Fue un desliz. A cualquiera le podría pasar.

Siguió callado. No iba a ceder en nada.

—Si le sirve de consuelo, lo descubrí antes. Su error, si me perdona por marcarlo, fue no declarar en el juicio. Desde el momento en el que no quiso repetir la historia que me había contado supe que algo no cerraba.

—No sé de qué está hablando.

Se había incorporado en el asiento y tenía la espalda recta, olvidando el mate, que todavía tenía en la mano. Era curioso verlo así, mucho más nervioso que durante el juicio.

—Lo sorprendente en realidad es que nadie se hubiese dado cuenta, porque es bastante evidente.

Nada.

—¿No me va a hablar más?

—Es que no entiendo qué es lo que me quiere decir.

—Usted espera a Cruz, durante horas, afuera del edificio.

—¿Va a jugar a ser fiscal? Pensé que el juicio había terminado.

Hice como si no lo hubiese escuchado.

—La sigue. Le habla. Podemos asumir que le insiste en que se detenga, en que lo escuche. Ella se mete en el subte, pensando que ahí va a estar segura. O no. O se mete en el subte porque siempre se toma el mismo subte. Probablemente era parte del plan que entrara ahí, siempre se tomaba la misma línea.

—¿Quiere que confiese de nuevo? ¿Serviría de algo?

—Usted la sigue, la atosiga un poco más, pero ahí recapacita, se da vuelta y se va. ¿Cómo puede ser que no haya prestado atención

a eso antes? Usted se va. ¿Por qué se va?

—Porque dudé, porque creí que no iba a poder empujarla.

—Pero si me dijo que la idea de empujarla fue intempestiva, que lo pensó solo al verla sonreír.

—Bueno —dijo, ya con franca hostilidad—, ya que usted parece tener todo tan claro, ¿por qué no me cuenta lo que cree que sucedió?

—Mi hipótesis, y es solo una hipótesis, es la siguiente. Usted bajó al subte, pero cuando se encontró en el andén se dio cuenta de que no iba a ser capaz de empujarla, que matar no era para usted y que lo que fuera que ella había hecho, después volvemos sobre el tema, ya había pasado hacía mucho tiempo. Entonces se dio la vuelta y subió las escaleras, pero ahí, justo fuera del ángulo de la cámara del subte, se encontró con alguien que le recordó todo el daño que esa mujer les había hecho y que le insistió en que la tenía que empujar. Ahí usted regresó, la volvió a increpar, ya decidido a seguir con lo planeado y, cuando el tren se acercó a la plataforma, la empujó.

—¿Y la sonrisa?

—Casualidad. La hubiese empujado de cualquier manera. Tal vez le facilitó el trabajo, tal vez no.

Se quedó callado, pensando en cómo seguir.

—Rojas, esto no es una novela policial. Le estoy preguntando esto porque lo quiero entender, porque para decidir si usted merece ocho años o veinticinco o cualquier cifra en el medio necesito entender por qué hizo lo que hizo. Y puede seguir negándolo o puede llamar al guardia y decirle que lo estoy importunando, pero preferiría que me escuche.

—Lo estoy escuchando.

—Se lo puede ver en la cámara, entre la multitud que lo rodea. Es un milagro, si es que esa es la palabra correcta, que no lo hayan identificado.

—Lo vi en el juicio —me respondió, y pude notar cómo sus hombros caían y su espalda se recostaba en la pared, pero no supe interpretar si se sentía derrotado o relajado, o las dos cosas—, pero es imposible que alguien lo identifique, la resolución no da para tanto.

—No, claro. Pero ¿qué pasaría si alguien pidiera el video del exterior de la entrada del subterráneo? ¿No lo veríamos hablando con usted, insistiendo para que volviera a entrar?

—Puede ser. Pero sería una lástima que alguien hiciera eso.

—Una lástima para su hermano, probablemente para usted. No sé si la familia de Cruz pensaría igual.

—Sería una lástima para todos. La familia ya está contenta con el culpable condenado, no necesitan volver a vivir todo de nuevo, volver a declarar, volver a mirar a los ojos al asesino de Cruz. Y una lástima para usted también, porque si se diera esa situación me vería obligado a compartir estos encuentros o los consejos que me dio para caerle mejor al tribunal.

—Gonzalo —le dije, atajando el golpe—, si usted me quisiera denunciar, ya lo habría hecho hace rato. Yo voy a negar que todos estos encuentros sucedieron y va a ser mi palabra contra la suya. Igual, dejemos ese camino, no vine acá a chantajearlo ni a amenazarlo.

—¿A qué vino, entonces?

—A entender, ya se lo dije. Quiero comprender qué es lo que sucedió para poder dimensionar la medida justa de su culpabilidad y la pena que se merece. ¿Su hermano también fue abusado por Cruz?

—Mi hermano fue el abusado por Cruz, no yo.

—Entonces, ¿entre usted y ella?

—Sucedió todo tal y como se lo conté, excepto por lo de la última noche, que fue similar a las demás. Lo del ahorcamiento, entre otras cosas, lo hizo con Pedro. En ese momento yo lo viví como una iniciación y sentía que era lo mejor que me había pasado en la vida. Me dolió cuando ella se fue, claro, pero entendí que lo hacía porque nuestra relación no podía seguir avanzando. Porque ella sabía que podía ser problemático y necesitaba ponerle un punto final. Jamás se me cruzó por la cabeza que pudiese haber sucedido algo con Pedro.

—¿Y el suicidio de su madre?

—En el momento no lo relacioné con Cruz. Pensé que finalmente había logrado lo que se venía proponiendo desde que mi padre la

abandonó. Tampoco entendí por qué mi hermano se iba del país y me abandonaba para irse con el hombre que nos había dejado solos. Pasamos toda nuestra vida adulta sin hablarnos, cada uno ofendido por motivos distintos, hasta que un día me escribió y me contó todo.

—Pero a él le fue bien allá, rearmó su vida en España, ¿por qué seguir obsesionado con Cruz?

—Nadie rearmó nada. Nuestras vidas explotaron cuando mi madre murió y los fragmentos todavía están desparramados por ahí. Pero él se llevó la peor parte. Estudió, sí, se recibió de abogado incluso, pero tiene la matrícula inhabilitada para ejercer. Lo condenaron por manejar alcoholizado. Tiene problemas de consumo, de todo tipo, drogas legales e ilegales. Jamás tuvo una relación adulta con nadie, nunca pudo reconstruir el vínculo con mi padre, ni crear uno con la rama española de la familia. Tuvo tres intentos de suicidio, dos con pastillas y una visita al borde del andén. Creo que ahí empezó a considerar volver a Argentina. Mi hermano se pasó la vida pensando en Cruz y en nuestra madre. Porque mamá se mató por culpa de Cruz, en eso no le mentí. Pero no fue por una crueldad dicha por teléfono, mi madre había sobrevivido al abandono de su marido y estaba superando una adicción al alcoholismo, podría haber lidiado muy bien con una amiga excéntrica que dice cosas desagradables.

—Se enteró de lo que había pasado con su hermano.

—Se enteró de lo que había pasado con los dos. Sospechó desde que llegó que algo había sucedido y, como sabía que yo no le iba a decir nada, se concentró en obtenerlo de Pedro. Mi hermano resistió bastante y lo podría haber logrado, si no fuera porque un día mi madre, que también podía ser bastante cruel, le dijo que estaba preocupada porque creía que su amiga tenía sida. Horrible, sí, pero así era ella. Consiguió lo que quería, le alcanzó ver el rostro de Pedro para confirmar lo que sospechaba. Ahí fue cuestión de presionarlo para que largase todo. Lo que había vivido y lo que había escuchado. No sé si se lo contó Cruz o si nos escuchó alguna noche, pero estaba al tanto de todo.

—Y para su madre fue demasiado.

—Si hubiera tenido un arma, o algo más de estabilidad mental, creo que la habría ido a buscar para matarla. Tal vez pensó en confrontarla, pero decidió que estaba demasiado cansada, demasiado llena de remordimientos, como para vivir ni siquiera unas horas más. Tal vez haya pensado que en gran medida ella era responsable del daño, por entregarse a la adicción y por dejarnos solos con esa mujer. La cuestión es que Pedro se lo contó por la noche y al día siguiente ella estaba muerta. El resto sucedió tal y cómo se lo conté.

Nos quedamos en silencio. Finalmente me cerraba todo, menos un detalle.

—Sigo sin entender por qué no dijiste nada de todo esto en el juicio. Podías haber omitido cualquier referencia a tu hermano.

—¿Y que la hija de esa mujer supiera que su madre abusó de mí? —intenté que no notara mi escepticismo, pero ese primer motivo no me convencía demasiado. Nadie es tan abnegado.

Después de una pausa que parecía definitiva, continuó:

—¿Y revivir el interés por el caso? ¿Otra vez el furor mediático y que todo el mundo se obsesionara con el tema? ¿Cuánto tiempo iba a pasar para que alguien descubriera el resto de la historia? Aparte así están bien las cosas; ojalá que entre ocho y veinticinco me toque lo más cercano a ocho, pero de cualquier manera está bien. Lo único que me importa es que mi hermano se quede afuera de todo esto, porque él no se lo merece. Ella abusó de él y yo dejé que sucediera y, para peor, pasé veinte años sin hablarle. Los dos nos merecemos lo que nos pasó, pero Pedro no, Pedro ya sufrió demasiado en esta vida.

En ese momento golpearon la puerta.

—Doctor —dijo el guardia—, perdón que lo interrumpa, pero tiene una llamada urgente de su tribunal.

***

Para que toda la situación fuera todavía más desesperante, el tránsito en la Ricchieri iba a paso de hombre. Llegar a Ezeiza había sido sencillo, el regreso era insoportablemente lento.

No quería ver el teléfono. Sabía que Martina debía de estar bastante nerviosa, pero en ese momento tenía que lidiar con mis propios nervios y pensar en cómo actuar de ahora en adelante.

Cuando atendí el teléfono, en la sala de abogados del CPF I, la voz de Martina era un susurro desesperado.

—Andrés, te estoy llamando al teléfono hace horas.

—Estaba en el médico —dije, sin saber por qué, como si ella no supiera dónde estaba—. ¿Qué pasó? ¿Nada que pueda esperar una hora hasta que regrese al tribunal?

—Bastianini, te acordás de Bastianini.

—Bastianini, claro, el muchacho que quería abreviar un homicidio, el que pidió la audiencia virtual —mientras le respondía recordé que teníamos audiencia ese mismo día, al mediodía. Pero recién eran las diez de la mañana y tenía, o creía tener, tiempo de sobra para llegar. No veía nada que ameritase esa reacción—. ¿Qué pasó con Bastianini?

—Está muerto, Andrés. Se suicidó en la celda.

—¿Acá en Ezeiza?

—No, no, Marcos Paz. Llamé para preguntar por qué no había venido en el traslado y me dijeron que lo encontraron colgado en la celda, que había improvisado una cuerda con su remera.

—Lo mataron —dije, sin pensarlo—, lo mataron porque no querían que declarase. Hay que sacar testimonios y mandar a investigar al abogado y…

—Andrés. Después. Ahora tenemos un problema más urgente. Tengo a la familia y a los amigos a los gritos en la mesa de entrada. Y tus colegas quieren saber dónde estás, porque vos sos el que preside la causa.

—Deciles que estoy yendo. Que tenía un turno médico y que estoy llegando tarde.

—Ya les dije algo así, que ayer me avisaste que ibas a llegar justo para la audiencia. Pero la familia está cada vez más nerviosa y tus colegas tampoco están muy tranquilos, así que necesito que estés acá lo antes posible.

Miré el reloj, no quería desbloquear el teléfono. Esa conversación había tenido lugar hacía más de una hora y yo todavía no lograba

abandonar la autopista.

Bastianini estaba muerto y muy probablemente yo había jugado algún rol en lo que le sucedió. Si hubiera dejado que hiciera la audiencia a distancia, o si no me hubiera enfrascado tanto en no homologar ese abreviado, tal vez el tipo hubiera seguido vivo. Preso, pero vivo. Ahora tenía que sentarme frente a la familia y darle algún tipo de explicación. Decirles que se iba a investigar todo a fondo, pero omitiendo que lo único que yo podía hacer era elevar un informe para que algún fiscal de instrucción investigase. Y omitiendo también que ese fiscal iba a tener cientos de casos, y que sus recursos iban a ser limitados. Omitiendo que la tasa de suicidios en prisión era el triple de la normal y que era probable que muchos de esos casos fueran homicidios disimulados y omitiendo, sobre todo, que eso último era algo extremadamente difícil, por no decir imposible, de probar.

Después de estar dos horas y media atrapado en la autopista llegué a Dellepiane y ahí el tránsito empezó a mejorar. Llamé al celular de Martina para avisarle que estaba cerca y para preguntar cómo seguía todo, pero no me contestó. La llamé a Fernanda y tampoco obtuve respuesta. Me imaginé que debían estar lidiando con la familia de Bastianini o con los jueces, así que les dejé un mensaje de WhatsApp diciéndoles que en veinte minutos esperaba estar ahí.

Intenté contactar a Martina un par de veces más, mientras avanzaba por 25 de Mayo, pero seguía sin contestarme. Ni siquiera había leído los mensajes. Fernanda tampoco daba señales de vida. Cuando estaba a punto de volver a guardar el teléfono, vi que me llegaba un mensaje de Dolores: *Yo no voy a seguir siendo parte de todo esto. Hacé con tu vida lo que quieras, tirá lo que construiste en veinte años a la basura si tan poco te importa, pero a Gabriel y a mí dejanos en paz. No tenemos por qué andar sufriendo y pasando esta vergüenza por tu culpa. ¿Alguna vez pensaste en cómo le podía afectar a él? Hoy nos vamos a lo de papá, pasá a llevarte tus cosas. Mañana no te quiero más en casa.*

Así que mi suegro había decidido jugar fuerte, pensé mientras cruzaba Boedo. Seguro que había inventado alguna historia llena de

detalles retorcidos, como represalia por mi insulto de ayer. Y a mí también, no pude dejar de reprocharme, quién me manda a putearlo. Ahora iba a hacer de todo para arruinarme la vida. ¿Hablaba en serio Dolores cuando decía que me fuera? Yo mismo había hablado del divorcio, era cierto, pero nada justificaba esa urgencia. Eso, como los mensajes, era algo que me descolocaba, me hacía sentir que me estaba perdiendo parte de la película. Otra vez *Caché,* pensé. Estoy mirando al centro del cuadro y me pierdo lo que pasa por detrás, en las profundidades del plano.

Lo que no me vi venir, una de las muchas sorpresas desagradables que me aguardaban ese día, fueron los mensajes de Gabriel: *Es verdad, papá?? Por qué lo hiciste?? No lo puedo creer.*

Intenté llamarlo, pero me cortó. La situación era más grave de lo que parecía. Le escribí que me llamara cuando pudiese, pero no leyó el mensaje. Tenía que hablar con él lo más rápido posible, antes de que el viejo tuviera tiempo de llenarle la cabeza con sus delirios.

***

Estacioné el auto frente al palacio de justicia, minutos antes de la una y media de la tarde. Nunca, en mi año como juez, había llegado tan tarde.

Tuve que esforzarme para pasar entre los abogados que avanzaban desesperados para dejar algún escrito antes de que cerrasen las puertas de las mesas de entradas. Mientras el ascensor empezaba a elevarse hacia el sexto piso, vi a un chico con una carpeta negra en la mano que avanzaba a toda velocidad y luego frenaba de golpe, aceptando que no iba a llegar a subirse y mirando las escaleras y el reloj, haciendo cálculos. Me puse a pensar en mis días como procurador de un estudio jurídico, trabajando *ad-honorem* y sufriendo el destrato de los abogados junior, que a su vez eran maltratados por los senior y así hasta llegar a los socios, que se maltrataban entre ellos. Me propuse hablar con mis colegas para repensar la rigidez de los horarios de presentación de escritos. No tenía ningún sentido no recibir papeles cuando todavía estábamos ahí, salvo por un rigorismo formal que pertenecía a otra época.

Todo eso lo pensé mientras subía esos seis pisos. Es decir, en unos cuarenta segundos, como mucho. Al salir del ascensor ya no tuve posibilidad de pensar en nada.

Lo primero que captó mi atención fue el silencio. Diría que era un silencio ominoso, pero probablemente estaba influenciado por el conocimiento de lo que iba a suceder unos minutos después. No existe algo así como un silencio ominoso, el silencio es silencio y nada más.

La mesa de entradas del tribunal, a la que me dirigía caminando cada vez más rápido, debía estar repleta de familiares de Bastianini, esperando mi llegada para pedir justicia, respuestas o lo que fuera que una familia pide en un momento así, pero no había nadie. Pasé de largo la puerta que daba a la mesa y entré por la puerta siguiente a la oficina central del tribunal.

Estaban todos reunidos ahí, frente al televisor que habían comprado antes de mi llegada para algún mundial. Estaban los relatores y los empleados administrativos; estaban Juan y Carolina, y me sorprendió que ya hubieran terminado con el trabajo de la mesa; estaba Carlos, el ordenanza del tribunal, con un paquete de expedientes atados con cordel en cada mano, y estaban mis dos colegas, delante de todo, con las frentes casi pegadas al televisor. Estaba Martina también, a la derecha del televisor, la única que no miraba la pantalla y, por eso, la única que me vio entrar.

Aunque en cierto sentido todos me estaban viendo. Solo que no me miraban a mí, parado en la puerta, sino que miraban una imagen mía, en la televisión, sentado en una celda y tomando mate junto a Gonzalo Rojas, un imputado al que recientemente habíamos juzgado y cuya sentencia todavía tenía que escribir. El mismo imputado al que yo creía que había que ponerle la pena más baja dentro de la escala, punto que le había hecho saber a mis colegas y del que hasta había intentado convencerlos. El *graph*, elocuente, decía *Hacete amigo del juez,* y por sobre las imágenes se escuchaba a una periodista indignada que hablaba de lo podrido que estaba el sistema de justicia. Contaba, llegué a escucharlo, que las fuentes hablaban de que el juez no solo se había hecho amigo del hombre al que tenía que juzgar, sino que hasta le había dado consejos sobre

cómo presentarse en el juicio ante el tribunal. No hablaban de Cruz ni de Pedro, al menos no todavía, pero era solo cuestión de tiempo hasta que ampliaran el foco de su atención.

Al día de hoy todavía no sé si nadie me vio entrar o si simplemente no querían mirarme. Se quedaron todos ahí, con la mirada fija en la pantalla y sin decir una palabra. Salvo Martina, que no me sacaba los ojos de encima. Y me alcanzó con mirarla otra vez, y ver cómo se esforzaba por contener las lágrimas, para entender que ella tampoco había salido bien parada, que de alguna manera ella también era noticia.

Antes de dar media vuelta y salir del tribunal ya había adivinado que mi suegro tenía algo que ver con lo que había sucedido. Entendí, demasiado tarde, que su llamada del día anterior no había tenido nada que ver con Martina, que de alguna forma se había enterado de lo que estaba haciendo con el caso Rojas y se había puesto a recopilar información para poder apretar un poco el lazo con el que siempre había querido tenerme atado.

Después, mucho tiempo después, me enteré de cómo había sido todo; de esa historia que ya todo el mundo conoce pero que, en la medida en que me afecta directamente y que me tiene como protagonista, me permito volver a contar.

***

Digo que soy protagonista, aunque sé que la mayor parte de la gente no coincidiría en darme ese rol, sino que se lo asignaría a un muchacho tímido, de veintipico, que daba sus primeros pasos en el mundo del derecho y que aun así se había animado a desenmascarar nada más y nada menos que a uno de sus jueces. Que se había sorprendido por primera vez un viernes por la tarde, al ver cómo ese juez le decía que se fuera a su casa cuando todavía quedaba una causa, ¡una causa mediática!, sin ingresar. Que había empezado a sospechar el lunes siguiente, cuando descubrió que el orden de ingreso de los expedientes estaba alterado y que esa causa, que le debía haber tocado presidir a la Dra. Tavares, había caído en manos de ese mismo juez. Que compartió sus reservas con

la secretaria del tribunal y ella no hizo nada para corregir el error. Que el juez en cuestión le pidió un juego de fotocopias del expediente cuando todavía no había fecha de juicio fijada. Que escuchó, por accidente, que el juez y la secretaria hablaban del caso, de aspectos que no tenían nada que ver con su función y, finalmente, que un día, buscando en el despacho de ese juez unos papeles que tenía que fotocopiar, encontró un texto impreso, escrito con estilo de novela, repleto de detalles del caso que no estaban en el expediente. Que leyéndolo entendió que el juez había estado llamando a testigos, haciéndose pasar por policía o periodista, y que en ese momento se dio cuenta de que estaba sucediendo algo extraño, probablemente ilegal, y puso la cuestión en conocimiento de uno de los jueces del tribunal.

Y ahí es donde la verdad se hace difusa. De acuerdo con la versión oficial, ese juez actuó como corresponde y puso el tema en conocimiento de las autoridades. Que la denuncia la haya hecho en el juzgado de uno de los mejores amigos de mi suegro fue pura casualidad. Que no hayan quedado constancias escritas de esa primera denuncia, también. Los papeles, lamentablemente, se perdieron.

La gente que conoce la historia, claro, no se pregunta cómo me dejaron seguir siendo juez durante otras dos semanas después de tomar conocimiento de una irregularidad tan grave. Cómo, incluso, me permitieron participar de la causa en la que tenía un interés que superaba por mucho lo que correspondía a mi labor. Si lo hicieran, supongo que les responderían que fue en mi propio beneficio, que se decidió seguir investigando porque era una cuestión de extrema gravedad, que el texto que encontraron podía haber sido una ficción y las llamadas, todas inventadas, así que nadie quería arriesgarse a hacer una imputación formal hasta estar del todo seguros. De modo que se limitaron a observarme y, cuando tomaron conocimiento de que me había entrevistado en privado con el imputado, decidieron poner una cámara y un micrófono en su celda para registrar lo que sucedía. Y tuvieron que pinchar mi celular, claro, para asegurarse de que mis irregularidades se limitaran a ese caso y no al resto de los que me tocaba juzgar. Todo, por supuesto, con la correspondiente

autorización judicial. Que las filmaciones y las llamadas, casi todas ellas con mi secretaria, luego se filtraran en los medios fue otra de esas cosas que, por desgracia, suceden muy a menudo.

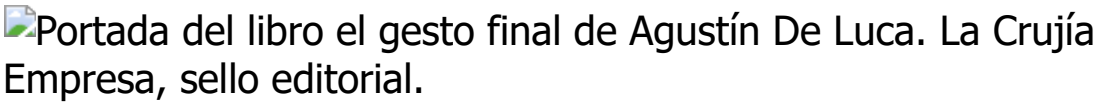
Mis colegas tuvieron que decretar la nulidad del juicio a Gonzalo Rojas por una afectación al principio de imparcialidad. Se apartaron de seguir entendiendo en la causa y remitieron el expediente a otro tribunal para que se celebrase un nuevo debate. Los jueces a los que les tocó intervenir fueron severos: Gonzalo Rojas fue condenado a la pena de dieciocho años de prisión por el homicidio de Lucía Cruz. La defensa intentó introducir la historia del abuso, pero el silencio del imputado, junto al escándalo que todavía perduraba, hizo que los jueces no les prestaran demasiada atención a esos supuestos atenuantes y los tomaran como hipótesis carentes de sustento probatorio. Su hermano fue investigado, pero el expediente nunca pasó la etapa de instrucción y terminó archivado por ausencia de evidencias de cargo. La gente, con el tiempo, se fue olvidando.

Mario Rojas, junto a su hijo y el resto de su familia, se mudaron a Buenos Aires para acompañar a Gonzalo durante el tiempo que le tocara pasar detenido. Si no me fallan los cálculos, todavía le quedan unos años para poder pedir la libertad condicional. Hablé con todos ellos en varias ocasiones y les hice leer uno de los primeros borradores de este texto, con la promesa de que solo lo daría a conocer cuando fuera judicialmente inocuo. La riqueza con la que pude construir el pasado hubiera sido imposible sin sus aportes.

Al día de hoy me pregunto, y creo que nunca voy a dejar de preguntarme, cómo hubiera actuado si las cosas no se hubiesen precipitado de esa manera. ¿Me habría guardado lo que descubrí? ¿O hubiera hecho la denuncia, aunque fuera de manera anónima? Según todo lo que siempre prediqué, como juez y como docente, tendría que haber hecho lo correcto, lo que fuera necesario para que Pedro fuera investigado y que recibiera la condena que se merecía por participar del homicidio de Lucía Cruz.

Y, sin embargo, algunos días pienso en que hubiera sido mejor callar. Pienso en que toda esa gente, los muertos y los vivos, ya habían sufrido suficiente, que las víctimas ya habían tenido una respuesta y que lo único que se podía alcanzar con la verdad, con

esa verdad que tanto me había costado conseguir, era multiplicar el sufrimiento. Que el olvido también podía ser una forma de justicia. Así que tal vez hubiera callado. O tal vez no. No lo sé.


Portada del libro el gesto final de Agustín De Luca. La Crujía Empresa, sello editorial.